

LAS SOMBRAS DE CALORIS



MYRIAM A. HIDALGO

Índice

Título

PRIMERA PARTE

YAXAAS: I, II, III

MELEK: I, II, III

NARETH: I, II, III

MUZ: I, II, III, IV

ADARA: I, II, III

SEGUNDA PARTE

YAXAAS: I, II, III, IV, V, VI, VII

MELEK: I, II, III

NARETH: I, II, III, IV

MUZ: I, II, III, IV, V

ADARA: I, II, III, IV

TERCERA PARTE

YAXAAS: I, II, III, IV

MELEK: I, II, III, IV, V

NARETH: I, II, III

MUZ: I, II, III

ADARA: I

CUARTA PARTE

YAXAAS: I, II

MELEK: I, II, III, IV

NARETH: I, II, III, IV

MUZ: I, II, III

ADARA: I, II

Dedicatoria

Contacto

Sobre la autora

Las sombras de Caloris

Myriam A. Hidalgo

Copyright © 2019 Myriam A. Hidalgo

Todos los derechos reservados.

PRIMERA PARTE

YAXAAS

I

El gran lobo se irguió sobre sus dos patas traseras y, extasiado, levantó la cabeza todo lo que pudo. Acababa de dar el primer paso, internándose en el territorio que estaba destinado a conquistar.

Después de siglos planeando aquel momento necesitaba contemplar su premio. Paseó sus ojos por lo que él iba a convertir en un campo de batalla y sonrió, satisfecho.

¡Lo había logrado! Había demostrado ser el nuevo rey que todos estaban esperando.

Aquel enorme ser estaba pletórico. Echando la vista atrás, pensó en los años de encierro y humillación a los que había sido sometido. Todo su esfuerzo para llegar a dónde hoy se encontraba había merecido la pena.

A sus espaldas, separado de él por un túnel de apenas un centenar de metros, aguardaba el ejército que había conseguido formar de la nada, sediento de venganza, esperando una señal suya para lanzarse a devorar aquel terreno desconocido.

Las perspectivas para la guerra que iba a comenzar eran inmejorables. Sus más odiados enemigos se encontraban encerrados como ratas en un cráter cubierto por una cúpula que se suponía que debía protegerles.

Yaxaas no pudo evitar una sonora carcajada. Aquellas miserables criaturas continuaban con sus patéticas vidas, sin alcanzar a sospechar siquiera la amenaza que les acechaba a sus puertas.

Además, a los pocos minutos de atravesar sus defensas la bestia había cosechado su primera victoria.

Parecía que una de esas famosas abominaciones, una mezcla repugnante entre materia y espíritu, de las preferidas del Enemigo, había tratado de impedir la entrada de su ejército tras los muros.

¿En qué estaba pensando esa Zorra? Enviaba a una anciana decrepita que no levantaba más de metro y medio del suelo a enfrentarse a él, el rey de los Ruhlar. No podía haberle hecho mayor desprecio.

Yaxaas había acabado con aquella patética criatura que intentaba cerrarle el paso de un sólo zarpazo.

Aun así, la sombra de la duda se instaló en su corazón. Las estrategias del

Enemigo eran, en ocasiones, tremendamente retorcidas.

El gran lobo meneó la cabeza, tratando de evitar que aquella nimiedad empañase su glorioso momento. Decidió darle otro enfoque más práctico a lo ocurrido.

¿Esos eran acaso los seres que tanto honor revestían? ¿Un simple golpe y desaparecían de su vista?

Yaxaas se forzó a reír ruidosamente. ¿A eso había quedado reducido el poder del Enemigo? Patético.

Contempló, satisfecho, el horizonte. Ante él se extendía un desierto inmenso en el que no advertía apenas vida. Sin embargo, podía sentir a lo lejos una inmensa montaña, rodeada de un vergel, rebosante de abominaciones. El espacio estaba tan colmado de ellas que podía percibir las como una vibración en el aire, sobrevolando todo el lugar.

Ese sería su objetivo.

Una excitación interior recorrió su ser como antaño. Todo él anhelaba impacientemente comenzar con su cacería.

Girándose hacia la compuerta que acababa de atravesar, arqueó la espalda y rugió con la fiereza de la que sólo él era capaz. El eco repitió su llamada a través del túnel, haciendo que el sonido de su rugido lo recorriese como un fantasma.

Tras unos segundos de silencio, un clamor lleno de gritos de guerra llegó a sus oídos desde el exterior. Era la respuesta que esperaba a su llamada. De este modo Yaxaas supo que sus huestes estaban en camino. La venganza había comenzado.

Contempló de nuevo el mundo que pretendía conquistar.

No pudo, sin embargo, recrearse excesivamente en el momento pues, ante él, algo sumamente interesante llamó su atención.

A escasos metros de la bestia, agarrada a un estúpido palo, se encontraba una de aquellas abominaciones que él tendría que aprender a dominar. Le había pasado inadvertida pues permanecía inmóvil como una roca. El gran lobo la observó con cuidado.

El ejemplar no alcanzaba siquiera los dos metros de altura y estaba escuálido. Un pelo pajizo, recogido torpemente, adornaba su cabeza. No había garras, ni dientes afilados, nada con lo que defenderse.

Carecía completamente de poder y, sin embargo, la despreciable criatura estaba rodeada de un halo de dignidad superior al resto de las abominaciones que Yaxaas había encontrado hasta el momento. Típico de Gudibna.

El líder de los Ruhlar sintió entonces un asco profundo.

La muchacha que se encontraba frente a él, mirándole con ojos desorbitados, aferrada a su vara, temblaba de tal modo que probablemente no fuese capaz de mantenerse en pie sin ella.

Yaxaas suspiró. Al menos era una buena manera de estudiar con más detenimiento a los repugnantes seres a los que se enfrentaba.

Avanzó con paso decidido hasta la pequeña abominación que tenía delante. Aunque parecía imposible, los ojos de la muchacha se abrieron aún más, manteniendo la mirada fija en la amenaza que se cernía sobre ella, sin ser capaz de mover ni un solo músculo para salvarse.

Vaya, pensó el lobo. Parecía que, a diferencia del resto de las abominaciones, aquella pequeña muchacha podía ver el plano espiritual. Si todos los humanos tenían esa facultad podría suponer un inconveniente, desde luego, pero ya pensaría en ello más adelante.

La bestia levantó perezosamente una zarpa y se dispuso a dejarla caer todo su peso sobre la chica. Esta, en un intento desesperado de que su cuerpo respondiera a las órdenes que le daba, elevó estúpidamente su palo y se encogió tras él.

Era tan patético.

La enorme garra del nuevo rey del mundo cayó pesadamente sobre la niña sin darle opción a hacer nada más.

Una espesa nube de polvo se elevó hacia el cielo formando un remolino alrededor de la enorme garra. Yaxaas sonrió, satisfecho de su fechoría. Siempre le había gustado provocar efectos en el mundo físico.

Sin embargo, la sonrisa se quedó congelada en sus inmensas fauces.

Para su sorpresa, cuando la polvareda se disipó pudo contemplar a la niña, aun temblando como una hoja, a través de su propia zarpa.

¡Maldición! Parecía que no iba a ser tan fácil como él había creído.

Ni el gran lobo ni ninguno de los Ruhlar podrían tocar a aquellas repugnantes criaturas. Ese había sido el castigo que les había impuesto esa déspota de Gudibna tras el cataclismo. Él y algunos de sus esbirros podían actuar en el mundo de los seres materiales, pero no les estaba permitido dañar directamente a nada que tuviera hálito de vida.

De las enormes fauces del lobo comenzaron a salir las más horribles blasfemias cargadas de ira. Sin embargo, un detalle en el que no había reparado hasta el momento interrumpió su discurso.

Hacía apenas unos segundos que había derribado a la anciana que le

plantó cara, meditó.

Se dirigió de un salto al lugar en el que había golpeado a su oponente. En unos segundos encontró lo que buscaba.

Casi desdibujado por completo, a una decena de metros de la entrada del túnel, alguien había trazado un enorme círculo. En su interior convivían extraños bosquejos con algunas runas antiguas que le resultaron familiares. Eran símbolos del Enemigo.

Yaxaas apretó las fauces con rabia. Ese sello, en el que se encontraba la anciana cuando la atacó, desdibujaba los límites entre el mundo físico y el espiritual en su interior, permitiendo que entraran en contacto.

Parecía que Gudibna no tenía tan poco poder como sus esbirros le habían hecho creer.

Los pasos de su ejército en el interior del túnel, cada vez más próximo, consiguieron enfriar un poco los pensamientos de la bestia.

Miró de nuevo a la enclenque muchacha y pensó que aquella podía ser una buena manera de ganar su primera batalla contra esa Zorra y afianzar el respeto que sus esbirros sentían por él. Poseería a uno de sus elegidos.

El enorme lobo fijó toda su atención en la niña atemorizada que tenía delante. Esta no se atrevía siquiera a levantar la cabeza. Parecía que ya había asumido que iba a morir. No sería difícil convencerla de que diese el paso ella misma.

La enclenque muchacha comenzó a encorvarse cada vez más, como si sintiese el peso físico que la mirada de Yaxaas ejercía sobre ella. A los pocos segundos sus piernas flaquearon y, tras resistirse brevemente, cayó de rodillas, soltando su vara.

La expresión de su rostro mostraba un inmenso sufrimiento, pero no hubo oposición alguna.

Con movimientos vacilantes, la muchacha introdujo una mano temblorosa entre los numerosos pliegues de su túnica y extrajo de ella, con cuidado, una pequeña hoz. Su filo reflejó la brillante luz del sol cuando la muchacha la elevó frente a ella con la hoja apuntando directamente a su vientre.

“Hazlo”, le ordenó Yaxaas.

Cumpliendo los deseos de la bestia los titubeantes brazos de la niña descendieron con rapidez, trazando en un arco perfecto.

II

Ya era suya.

Yaxaas se relamió con malévolos placer ante la expectativa de devorar su primera presa de aquella odiosa especie. Puede que el espíritu de la vieja se hubiese esfumado en sus narices, pero esta vez no estaba dispuesto a fallar.

Tenía los ojos fijos en la muchacha cuando, de repente, un sonido diferente a todo lo que el gran lobo había oído antes le hizo perder la concentración. Apartó la mirada de su presa por un momento y aguzó todos sus sentidos.

Sin duda algo se estaba acercando. Trató de vislumbrar en la lejanía qué podría ser.

Por la fuerza con la que dejaban sentir su presencia debían de tratarse de seres de un tamaño considerable que se movían a gran velocidad. Los poderosos sentidos de la bestia le informaron de que aún se encontraban a distancia y se dirigían directamente hacia ellos.

Una vez saciada su curiosidad Yaxaas volvió de nuevo a la cruel tarea que tenía entre manos. No tardaría mucho en poder ocuparse de las otras criaturas y devorar a la muchacha era mucho más apremiante.

El gran lobo regresó al punto donde, con un poco de suerte, las manos temblorosas de aquella chica ya habrían hecho su trabajo. Solo de aquel modo la bestia podría engullir a su presa.

Las abominaciones, envueltas por su asquerosa capa de materia, estaban fuera de su alcance, pero si la abandonaban, su espíritu emergía en un mundo incorpóreo, invisible a sus limitados ojos hasta aquel momento. En ese mundo Yaxaas era el Rey.

Mas, para sorpresa del gran lobo, al bajar la mirada y buscar entre el polvo los restos de su presa no encontró nada.

La bestia estaba desconcertada.

No sólo había desaparecido el espíritu de la niña, que podría haber huido aprovechando su distracción, sino que tampoco pudo hallar ningún rastro del cuerpo de la muchacha.

¿Qué había podido pasar?, pensó Yaxaas, furioso por haber perdido otra captura fácil. Sólo había levantado la vista de la muchacha un momento. La

abominación estaba totalmente bajo su control, era imposible que hubiese escapado.

Yaxaas giraba frenéticamente sobre sí mismo, olisqueando el aire, tratando de localizar cualquier rastro que le indicase dónde podría haber ido su presa.

Al fin sus sentidos captaron un débil rastro que no provenía del mundo físico. El gran lobo lo identificó enseguida: Olum, aliados del Enemigo.

La bestia frunció el ceño. Aquella noticia no le gustaba nada, pero no estaba dispuesto a amedrentarse.

La ruidosa marcha de la primera de sus legiones, que ya avanzaba a través de la abertura del túnel, alejó ligeramente la turbación de su rostro. No podía mostrarse débil ante sus esbirros.

Abhimaan y sus trescientos sesenta tercios -así se llamaban los soldados que él dirigía- avanzaban más o menos ordenadamente, contemplando con avidez la tierra que habían de conquistar.

Además, los misteriosos seres que le habían distraído continuaban aproximándose, envueltos en una densa polvareda. Yaxaas podía percibir ya tres enormes figuras que se iban definiendo en la lejanía.

El gran lobo sentía una ira irracional contra aquellos seres por haberle hecho perder una presa valiosa. Era cuestión de minutos que llegasen donde se encontraban él y sus huestes. Entonces la bestia tomaría su venganza.

Mientras tanto, el resto de sus tropas fueron entrando lentamente a través del túnel. Él, como jefe del ejército, sabía que las perspectivas iniciales para sus esbirros no eran muy alentadoras y no podía permitir deserciones.

Ante ellos se extendían kilómetros de yermo desierto. Fuera podían encontrar abominaciones en abundancia y él los había conducido hasta allí, así que debía demostrar que tenía un buen motivo para ello. Tendría que arengarles de algún modo para que recobrasen el ánimo.

Yaxaas esperó a que todas sus legiones se encontraron en el interior de la cúpula, formando con torpeza frente a él. Los observó atentamente durante unos segundos.

Parecían desconcertados, pero aún conservaban la euforia, fruto de la demostración de poder que su nuevo líder había hecho al abrirles las puertas a este nuevo mundo.

Las compuertas que separaban a los hijos predilectos del Enemigo del exterior habían permanecido cerradas desde antiguo y ningún Ruhlar había sido capaz de abrirse paso a través de ellas. El gran lobo les había otorgado el

placer de la venganza.

Antes de decidir nada la bestia reunió a los Siete. Quería tener una visión global del estado de sus tropas y sus capitanes eran los más indicados para dársela.

—Mis tercetos ansían entrar en batalla —confirmó Abhimaan, orgulloso.

—Los aturdidores esperan órdenes desde la retaguardia —anunció Kandhutan.

—Mis masacradores y yo siempre estamos listos —fanfarroneó Hêrsa.

—¿Los aterradores están bien dispuestos para la guerra? —Inquirió Yaxaas a su capitán.

Näid se limitó a responder con un leve gesto de asentimiento a la pregunta de su Señor.

—Perfecto —aceptó Yaxaas, complacido. —¿Ïrakä?

—Estamos deseando probar nuestras habilidades con la dominación en seres algo más... complejos —sentenció este.

Una cruel sonrisa se dibujó en los labios de reptil del Ruhlar.

—Sin embargo, —comenzó a sisear la sibilina voz de Yokubö, — no contamos con ninguna garantía de victoria. Lo que se extiende ante nosotros es una tierra baldía, vacía de abominaciones. ¿Cómo podemos estar seguros de no estar entrando de lleno en la trampa del Enemigo?

Yaxaas apretó las fauces con fuerza. Ese miserable traidor de Yokubö. No le convenía promover una rebelión precisamente ahora matando a uno de sus capitanes, pero la ira que sentía era demasiado fuerte.

Estaba a punto de agarrar a aquella sabandija por el cuello para descuartizarlo cuando una enorme criatura alada, negra como la noche, aterrizó junto al lugar en el que se estaba celebrando la reunión. De ella descendió uno de los esbirros de Askozdik.

Este hizo una profunda reverencia ante Yaxaas y se acercó a su capitán.

Después de una breve conversación privada entre ambos, el jefe de los voladores informó de la situación.

—Tras un corto vuelo de reconocimiento hemos obtenido un plano bastante aproximado del campo de batalla —explicó Askozdik. —Nos encontramos frente a unos doscientos kilómetros de desierto. Este terreno, aparentemente yermo, va dejando paso progresivamente a una zona cada vez más densamente poblada de abominaciones. Todo el relieve es, en esencia, llano. La única excepción está constituida por la elevación central, visible en el horizonte.

El gran lobo asintió. Tras unos segundos de meditación expuso su plan.

—Realizaremos una conquista por etapas —Sentenció Yaxaas. —Nos resultará más sencillo enfrentarnos a este enemigo desconocido si atacamos de este modo. Pero debemos actuar con rapidez.

—Hay algo más. —Añadió Askozdik, que había esperado su turno para no interrumpir a su Señor. —Tres entes se dirigen a gran velocidad hacia nosotros. No sabemos si el Enemigo es consciente de nuestra entrada o si su presencia aquí se trata de una simple coincidencia.

—Apostad una avanzadilla en el camino. Esperaremos su llegada. —Espetó el gran lobo. —Ordenad a las tropas que descansen mientras tanto.

El grupo de los Siete, reunido alrededor de su líder, continuó discutiendo las posibles estrategias a seguir durante algún tiempo.

Yaxaas no podía sacarse de la cabeza la desaparición de la pequeña abominación. Se había esfumado en sus narices, cuando estaba seguro de que su espíritu ya le pertenecía. El rastro de Olum que había detectado no hacía más que acrecentar sus dudas.

Sin embargo, aun tratándose de una toma de contacto con sus preciados enemigos, el líder de los Ruhlar nada dijo a los suyos de esta primera derrota.

Poco bueno podía desprenderse de ella y no quería desanimar a sus tropas, sino excitar su odio hasta que prendiese como fuego en su interior. De este modo sólo él podría saciar sus ansias de venganza.

Tras la reunión, el gran lobo se aproximó a sus tropas y alzó sus dos enormes zarpas, indicándoles que formaran. Una vez estuvieron colocados comenzó a rugir su discurso con fuerte voz.

—Han pasado tan sólo una decena de años desde nuestro nuevo despertar. En ese tiempo hemos realizado grandes logros y planeado otros aún superiores. Le enseñaremos a esa Zorra quienes somos.

Sus esbirros se alzaron en vítores, pero la bestia los hizo callar con una señal de su zarpa. No había hecho más que empezar.

—A pesar de tenerlo todo en contra una vez elegí un camino: No serviré a esa Dictadora. He seguido esta máxima hasta las últimas consecuencias y lo seguiré haciendo hasta que consiga la victoria final.

Yaxaas hizo una breve pausa y paseó su mirada sobre sus huestes, deteniéndose en el bastardo de Yokubö y sus esbirros.

—Algunos pensasteis que estaba muerto, otros deseasteis que así fuera. Hoy os aseguro que estoy vivo y que me alzaré finalmente con la victoria sobre esa Zorra. Solo lucho por una cosa: dirigir a los míos hasta que consigan

la venganza que merecen. No importa lo grave que os pueda parecer la situación en estos momentos, en territorio enemigo, sin ningún apoyo. ¡Yo os prometo que recuperaremos lo que es nuestro!

Sus huestes le jalearon, pero el gran lobo continuó:

—Somos seres superiores a cualquier abominación. Hemos sobrevivido en la miseria y sobreviviremos ahora. No será esa Zorra injusta la que gane esta lucha, sino los Ruhlar ¿Vamos a dejar de presentar batalla ahora? ¿Acaso vamos a rendirnos?

Un coro de negativas se alzó en el desierto.

—Ahora somos más fuertes. Sólo podemos hacer una cosa. ¡Luchar! Y lo haremos hasta las últimas consecuencias.

La bestia recorrió el batallón de traidores más cercano y los fulminó con la mirada.

—Siempre habrá necios que piensen que nuestro ejército es débil y que si nos escondemos como ratas podremos escapar de la furia del Enemigo. Tienen miedo de luchar por lo que es suyo. ¡Nos corresponde por derecho! ¿Desde cuándo un depredador no devora a una presa indefensa sólo porque esta no se muestre agresiva?

El líder del ejército se detuvo junto a un tembloroso traidor. Sólo tuvo que soltar un bufido para conseguir que el pusilánime ser se escondiese entre sus compañeros.

Yaxaas continuó su discurso, asqueado. En caso de necesidad ordenaría al resto de sus huestes que devorasen a aquellos indeseables.

—Miraos. Vuestras fuerzas de resistencia han crecido tanto desde que os encontré, revolcándoos en el lodo y comiendo polvo, que no se pueden comparar ya con las de ninguna época anterior. Mantened esta fuerza nueva que os he otorgado, es la garantía de la victoria a la que voy a conducirlos.

Todas sus huestes, exaltadas, prorrumpieron en vítores. El gran lobo dejó que se empaparan de la excitación creciente antes de añadir.

—Pero no debemos olvidar un hecho importante. Esa Zorra comenzó desde mi despertar perversos planes para la descomposición velada de nuestro ejército. Os hago ahora un llamamiento, a los siete capitanes y a cada uno de los Ruhlar, a armaros con un férreo espíritu de rebeldía hasta que, como ya ocurrió una vez, podamos acabar con todas y cada una de esas abominaciones cuya mera existencia constituye un insulto a nuestra dignidad.

Sus esbirros bullían, su vibración podía sentirse en el ambiente.

— ¡Al final triunfaremos! —Bramó Yaxaas.

El clamor de un ejército enardecido se elevó hasta llenar la cúpula.

III

Yaxaas alzó los brazos, exaltando aún más los ánimos de sus huestes. Parecía que esos estúpidos le iban a ayudar a conquistar su reino sin pedirle más que promesas de grandeza.

El gran lobo no pudo evitar proferir una sonora carcajada, mostrando sus impresionantes colmillos.

Una fría mano sobre su hombro le indicó que se le requería para algún asunto. La bestia se la sacudió de encima con un movimiento brusco ¿Es que no podían dejarle disfrutar ni un sólo momento? Esperaba que se tratase de una situación realmente urgente o alguien sufriría represalias.

Al girarse, con su expresión más torva dibujada en el rostro, se encontró con el mismísimo Askozdik. Debía de tratarse de un tema importante.

—Buen discurso, mi Señor —comenzó el capitán.

—Ve al grano, Askozdik —le espetó su líder con sequedad. No le había gustado que le cortasen en un momento como aquel y quería zanjar el asunto cuanto antes.

—El escuadrón que ordenó mandar en avanzadilla ha identificado los objetivos que se dirigen hacia aquí.

—¿Y bien?

—Se trata de tres grandes estructuras inertes que se aproximan directamente hacia nuestra ubicación a gran velocidad. A pesar de estar constituidos por completo de materia creemos que estos cascarones portan en su interior varias abominaciones superiores. Podrían tratarse de los primeros ejemplares de nuestro enemigo con los que tomaremos contacto. Según mis informadores su intención parece ser la de atravesar el túnel que usted ha abierto.

Yaxaas estaba desconcertado. ¿Acaso pretendían pasar de largo?

—¿Crees que puede tratarse de una estratagema del Enemigo? — Preguntó.

Askozdik meditó su respuesta durante algunos segundos. Finalmente respondió.

—Lo dudo. No es su estilo. De hecho, tengo dudas de que esos seres sospechen siquiera de nuestra presencia aquí.

—Conviene entonces ser discretos —musitó Yaxaas para sí. —Ordena a todos los esbirros que se abstengan de entrar en contacto con esas criaturas. Mantendremos una actitud expectante hasta conocer sus planes.

—Como desee, mi Señor.

Askozdik desapareció de la presencia del gran lobo. Algunos minutos después, todos y cada uno de los esbirros del improvisado campamento había sido informado de las órdenes de su líder.

La bestia se apostó junto a la grieta por la que avanzaban, imparables, las tres máquinas. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca las contempló con admiración.

Eran robustas y letales.

Parecía que aquellas abominaciones no eran tan pacíficas como él había imaginado en un principio. Pudo percibir a cada uno de los espíritus en el interior de aquellos amasijos de hierro.

De repente, una idea se abrió paso en la mente de Yaxaas. Con un gesto hizo llamar a Askozdik.

—Que uno de los tuyos, alguien de confianza, siga al primer vehículo. No quiero que escape ninguno de ellos —susurró, sin apartar la mirada de sus nuevos enemigos.

—Así se hará —contestó la voz de Askozdik a sus espaldas.

El gran lobo contempló, satisfecho, como uno de sus más eficaces esbirros interceptaba el primero de los vehículos. Con él allí no tendría que preocuparse más de aquellos trastos. Podía confiar en que la venganza que prometió tomarse se llevaría a cabo.

Todas y cada una de aquellas abominaciones serían eliminadas.

MELEK

I

El muchacho se puso de pie con esfuerzo, tratando de mantener el equilibrio. No era sencillo, pues se encontraba en el interior de una de las tres inmensas naves que componían la misión “Nuevo Mundo”.

El objetivo de la expedición era demostrar la existencia de vida en el Exterior, no solo fuera de la urbe de Caloris, sino de la inmensa cúpula que la rodeaba. Las tres pesadas moles de metal se desplazaban sobre un sistema de tracción de oruga que provocaba un traqueteo considerable en el interior al pasar por el más mínimo desnivel.

Ahí se encontraba él, huyendo de la cruel dictadura del Sistema, gobernante de la ciudad y que ya le había sentenciado a muerte. Entre bamboleo Melek decidió no pensar en eso ahora. Cerró los ojos y trató de respirar hondo y centrarse en el futuro inmediato.

En menos de un par de horas él y todos los componentes de la misión se convertirían en los primeros hidrógyros en aventurarse en un mundo desconocido y, si su líder tenía razón, poblado de criaturas.

A él, como joven ingeniero del grupo, sólo debía preocuparle el mantenimiento de los vehículos y de las armaduras de explorador que portaban cada uno de los tripulantes para protegerse del medio externo.

Cuando por fin se encontró mejor y las náuseas remitieron se atrevió a abrir los ojos. Al hacerlo pudo ver la preocupación en el rostro de sus dos compañeros.

Mierda, pensó.

El muchacho había sido una incorporación de última hora a la importante misión que pretendía llevar a cabo la Organización Neoprodotes. El resto de los participantes habían sido instruidos durante meses en el manejo del equipo, objetivos principales y secundarios, supervivencia en el Exterior y prevención de riesgos.

Él, además de ser el miembro más joven de la tripulación, había tenido que asimilar toda aquella información en menos de una semana.

Melek se había esforzado al máximo para demostrar al resto de la dotación que su presencia no iba a constituir un lastre para ellos. Y ahí se encontraba ahora, gateando hacia el asiento al que no había sido capaz de

acoplarse con éxito.

El joven ingeniero vio el significativo cruce de miradas entre sus camaradas, que reflejaba a todas luces sus pensamientos y se sintió tremendamente humillado. ¿Por qué no podía parecerse un poco más a su hermana? Ella hubiese sabido qué hacer. ¡Había llegado a ser un soldado de élite! ¿Es que ella se había quedado con todos los genes buenos?

El muchacho suspiró, apesadumbrado, odiándose a sí mismo. Una voz, emitida directamente al casco de su armadura, le sobresaltó.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí, sí —se apresuró a contestar.

—Para que el acople se complete tienes que confirmarlo en la pantalla situada en el reposabrazos —le aconsejó el médico del equipo.

—Gracias —respondió Melek una vez que fue capaz de fijar su traje al asiento.

El morador Dokita era un hombre afable que se preocupaba por el bienestar de sus compañeros. El joven ingeniero tendría que agradecerle su ayuda en innumerables ocasiones durante el transcurso de la misión.

Una tercera voz irrumpió en la escafandra del muchacho.

—¿Han terminado, señoritas? Aquí tenemos problemas.

Aquel tono preocupado pertenecía al piloto de la nave, el morador Phi. Para darle aún más peso a sus palabras varios disparos impactaron con el blindaje de la imponente nave terrestre que dirigía.

Melek agachó la cabeza instintivamente. Aún se encontraban escapando de la inmensa urbe de Caloris y las imágenes de todo un batallón de centinelas entrando a la fuerza en su centro de operaciones y abriendo fuego contra ellos seguían muy vivas en su memoria.

En cuanto el responsable de la misión dio la voz de alarma cada uno de los integrantes se preparó lo más rápido que pudo para salir a toda prisa de la nave industrial. Lo último que vio el joven ingeniero antes de que la compuerta de su vehículo se cerrase fue una veintena de centinelas, las fuerzas especiales del Sistema, irrumpiendo en el hangar.

Para terminar de complicar las cosas, justo antes de introducirse en el túnel que les sacaría de la ciudad, habían sufrido un tremendo impacto completamente a oscuras.

—¿Sabemos ya con qué nos han golpeado? —Preguntó el morador Dokita.

—Sí —le respondió con sequedad el piloto.

—¿Y bien? ¿Son malas noticias?

—No para nosotros, desde luego —contestó, misterioso, el morador Phi. Tras un breve silencio, interrumpido sólo por el sonido de los cada vez más lejanos disparos, añadió. —Fuimos alcanzados por uno de los nuestros. Lo que zarandó la nave fue el sistema de acople de emergencia de una de nuestras armaduras.

Los ojos del médico se abrieron tanto que el muchacho pensó que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Llevamos a uno de nuestros compañeros ensamblado al exterior de la nave?

—Eso he dicho.

—¡Nos están disparando! ¡Su armadura no aguantará! —Le gritó el buen hombre, exasperado. —¿Por qué iba nadie a hacer una locura semejante?

—Era eso o enfrentarse a SORA —le espetó el piloto. Parecía molestarle la actitud tan emocional de su camarada.

Para Melek no era necesario añadir nada más. Él comprendía perfectamente al desdichado que se encontraba fuera, anclado a un vehículo que era el blanco de todos los disparos.

Sin tiempo para entrar en la nave su colega, se habría visto obligado a elegir entre desaparecer en las cloacas del Sistema o tratar de huir de forma temeraria.

Un mutismo pesado se instaló en el interior de la NS-III. Todos sabían que era imposible tratar de introducir a su compañero en la nave mientras esta estuviese en movimiento. Lo mejor que podían hacer para ayudar a su socio era escapar.

El silencio que había inundado la nave era solo interrumpido por el terrible sonido de los disparos, que cada vez eran menos frecuentes. Fue entonces cuando el joven ingeniero se dio cuenta de que en el exterior había una oscuridad espesa.

Era lógico, si se paraba a pensarlo.

En aquellos momentos él, sus dos compañeros, las otras dos naves que componían el equipo de exploración, el desdichado polizón que llevaban y, quizá, un puñado de centinelas se encontraban bajo el Dique.

Ese había sido el límite natural del mundo durante casi toda la vida del muchacho. Generación tras generación de hidrógyros habían vivido encerrados como ratas, atrapados en la gran urbe de Caloris, rodeados por montañas a las que tenían prohibido acercarse so pena de muerte.

Para todos los habitantes de aquella jaula a los que el líder aún no

hubiese podido abrirles la mente, la cadena montañosa conocida por todos como “el Dique” constituía el fin del mundo habitable. Según la creencia popular tras ella se extendía un desierto infinito.

La razón que SORA esgrimía ante sus aletargados moradores para la prohibición de acercarse a las montañas era, por supuesto, su propia seguridad. Un mal invisible amenazaba con destruir a cualquier incauto que osase traspasar los límites establecidos por Sistema.

Durante su adolescencia Melek había soñado miles de veces con escalar el Dique en alguno de sus puntos más bajos y contemplar el Desierto Exterior con sus propios ojos.

Nunca lo hizo, pues le aterrorizaba que tan sólo con pensar en acercarse siquiera a la falda de la montaña SORA se enterase e hiciese de él escarnio público. Todo por su bien y por su seguridad, claro. El joven ingeniero meneó la cabeza. Le parecía increíble que él hubiese podido llegar a pensar de aquel modo.

Nada de eso importaba ahora. Allí estaba, cruzando el último límite de un modo tan inesperado como precipitado. En ocasiones, nuestros sueños más profundos se cumplen de una manera que jamás habíamos imaginado, pensó el muchacho.

El mero hecho de hacerse consciente de las toneladas de roca sólida que pendían sobre su cabeza hizo que a Melek se le encogiese el estómago.

Trató de pensar en otra cosa. Lo último que necesitaba en aquel momento era llenar el casco de su armadura de vómito. Sus camaradas tenían problemas suficientes como para tener que cuidar de un bebé que no resiste ni siquiera un viaje un poco movido.

El joven ingeniero intentó concentrarse en su compañero, el morador Phi. El experimentado piloto hacía avanzar la nave a gran velocidad por el túnel guiado únicamente por el aparataje de la máquina. Centenares de luces parpadeaban en multitud de paneles, indicándole en todo momento la posición exacta de la nave.

El muchacho detectó en una pequeña pantalla lo que parecía ser un radar. Sin embargo, el monitor más consultado por el piloto era uno en el que solo aparecía una lista interminable de números que avanzaban a gran velocidad.

Por supuesto, las tres NS contaban con poderosos fanales para iluminar su camino, pero no los encendían, pues les era del todo innecesario. El túnel que atravesaban había sido preparado para la circulación de naves semejantes a aquellas, por lo que los datos obtenidos mediante ecolocalización eran más

que suficientes para dirigir los vehículos.

Melek reparó entonces en que el sonido de los disparos había cesado.

Aquello sólo podía significar dos cosas. O habían dejado atrás a sus perseguidores o estos habían decidido no malgastar más munición disparando a la impenetrable oscuridad. Sea como fuere, el valiente morador que se encontraba en el exterior de la nave tendría al fin un poco de paz. Si es que seguía con vida.

—Prepárense, señoritas —la voz del piloto alejó al muchacho de sus sombríos pensamientos. —Ya casi hemos llegado.

El muchacho se inclinó hacia delante, tratando de vislumbrar algún cambio por la estrecha ventana situada frente al morador Phi. La oscuridad más absoluta continuaba inundándolo todo.

Melek forzó la vista y focalizó todos sus sentidos sobre aquella pequeña abertura. De repente, una luz potentísima atravesó el cristal, eclipsando la tenue iluminación artificial de la nave. El muchacho se vio obligado a apartar la mirada.

Si no hubiera sido por el filtro solar que poseía la visera de su casco hubiese tardado unos minutos en poder volver a ver con claridad.

Las lágrimas brotaron de los ojos del joven ingeniero, en parte por el súbito cambio de luminosidad, en parte por la emoción que le embargaba al pensar en lo que suponía para él aquel momento exacto.

Lo había conseguido. Había atravesado el Dique.

Era libre.

II

Melek trató de atisbar algo que pudiese revelarle el nuevo mundo en el que se introducía, pero la potente luz que entraba por el ventanuco era demasiado intensa.

Pudo percibir, sin embargo, cómo el piloto de la nave se esforzaba por mantener la estabilidad del vehículo tras el cambio de terreno.

Parecía que el firme del túnel había sido conservado del inclemente paso del tiempo por sus dos compuertas herméticamente cerradas.

Una vez que se encontraron en el exterior, el terreno era transitable, pero estaba plagado de pequeños obstáculos, baches y cambios de pendiente que exigieron al avezado conductor disminuir la velocidad si no quería sufrir un aparatoso accidente.

El constante traqueteo comenzó a revolver de nuevo el estómago del muchacho. Este apoyó su cabeza en el respaldo del asiento, renunciando de este modo a contemplar el paisaje, pero consiguiendo que el contenido de su estómago se quedase donde estaba.

Tras unos minutos de silencio, el morador Phi pareció hacerse con el control del vehículo y pudo relajarse al fin. Con sus perseguidores fuera del mapa que aparecía parpadeando en una de sus pantallas y la estabilidad de la nave recuperada, el piloto respiró aliviado.

—Bien, caballeros, creo que nos hemos ganado disfrutar de las vistas — dijo satisfecho.

Manipuló durante un momento el imponente panel de mandos que tenía frente a él y añadió:

—Ahí lo tenéis. El Desierto Exterior. ¿Qué os parece?

Ante los ojos del joven ingeniero, emitiéndose directamente en la visera de su casco, apareció una nítida imagen tomada por las cámaras delanteras de la nave.

Se encontraban circulando por una ancha carretera arcaica que giraban abruptamente a uno y otro lado. Frente a ellos se encontraban sus dos naves compañeras en formación y, al fondo, podía vislumbrar un nuevo límite natural.

En esta ocasión se trataba más de un muro que de una montaña. Melek lo

contempló, maravillado. Aún en la lejanía su altura resultaba imponente.

A ambos lados del camino que transitaban se alzaban unas abruptas paredes de roca, de unos veinte metros de alto.

—¡Es tal y como dijo el líder! —Exclamó el morador Dokita. — Avanzamos por una de las ramificaciones de la “Araña”.

El muchacho pudo confirmar, admirado, que tenía razón. Según las palabras que Mopho les había revelado, de la gran urbe partían unas profundas grietas que dividían el Desierto Exterior en doce porciones.

Su origen era natural, lo que explicaba su sinuosidad, pero habían sido usadas en otro tiempo por los Prodotes, la antigua civilización, como vías para el transporte.

Melek observó, emocionado, cómo sobre los bordes de la grieta asomaba abundante vegetación. Sus intuiciones eran ciertas, ahí fuera había todo un vergel.

La misión que les ocupaba en aquel momento les llevaría mucho más lejos de lo que el joven ingeniero imaginaba. Sin embargo, al contemplar aquellos arbustos que colgaban hacia el interior de la vía se sintió tremendamente aliviado. Cada uno de los seres vivos que podía contemplar desde el fondo del sendero le gritaba que existía un sitio al que regresar, un lugar en el que SORA no tenía poder.

Melek dejó que su mirada se perdiese en el cielo. Este se extendía, inconmensurable, hasta donde alcanzaba la vista. Le sobrecogía pensar que se trataba del mismo cielo violáceo que le había acompañado durante todos y cada uno de los días de su vida como esclavo del Sistema. Ahora se sentía tan distinto, tan libre y pleno.

Sin embargo, no pudo disfrutar durante mucho tiempo su pequeño éxtasis de libertad. Un sonido seco y metálico le arrebató el momento bruscamente, devolviéndole a la realidad.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó, aún aturdido.

—¿A ti qué te parece? —Espetó el piloto, mientras comenzaba a manipular su panel de mando.

Tan pronto como terminó de hacerlo, la vista proyectada en los cascos de los exploradores cambió. Ante los ojos de los tres hombres apareció la visión que ofrecían las cámaras traseras de la nave.

A lo lejos aún podía observarse la oscura boca del túnel del que habían escapado. Ahora el paisaje, el mismo que había admirado Melek unos instantes antes, huía de ellos, quedándose atrás a toda velocidad.

Sin embargo, lo que captó la atención de los tres tripulantes no fue el paisaje, el cambio de perspectiva, o la considerable distancia que ya habían recorrido.

Lo que reclamaba poderosamente toda su atención era el inmenso vehículo pesado desde el que un nutrido grupo de centinelas no cesaba de dispararles.

—No es tan fácil librarse del Sistema —maldijo el conductor.

Debido al blindaje de la nave aquello no suponía un problema para ninguno de los pasajeros, al menos no para aquellos que se encontraban en el interior, pero si aquella mole de enormes ruedas les daba alcance se verían en serios problemas.

—Eso significa que nuestro compañero sigue vivo —exclamó, optimista, el morador Dokita.

—O que tratan de distraernos mientras preparan su ofensiva —replicó el piloto, sombrío.

Su opinión debía ser tomada en cuenta. El morador Phi era el único de los tres que había recibido formación militar.

El muchacho, por su parte, observaba atentamente la escena captada por las cámaras como si se tratase de una película, tratando de encontrar cualquier detalle que pudiese arrojar algo de luz sobre el tema.

Ahí estaba. Mientras sus compañeros discutían sobre las intenciones de sus perseguidores, el techo del furgón blindado comenzó a abrirse. De él emergió un enorme tubo de metal.

—Eh... Compañeros...—comenzó a decir el joven ingeniero.

Los otros dos exploradores se giraron hacia él, molestos por haber sido interrumpidos. Como única respuesta el joven se llevó un dedo a la visera de su casco.

—Oh, mierda —exclamó el morador Phi cuando entendió lo que quería decir.

—¿Qué es eso? —Inquirió, nervioso, el doctor.

—Es un cañón de Gauss —respondió Melek, contento de poder ser útil al fin, a pesar de lo que su respuesta implicaba.

—Es nuestra peor pesadilla —le corrigió el piloto, preocupado, tratando por todos los medios de aumentar la velocidad de la nave sin perder estabilidad. —Esa mierda es capaz de atravesar cualquier blindaje. Dispara plasma. ¡Plasma!

El joven ingeniero volvió a centrar la mirada en la pantalla. El cañón de

artillería pesada había terminado su ascenso y parecía ya firmemente fijado al vehículo. Era sólo cuestión de tiempo que preparase una carga y ellos quedasen reducidos a cenizas.

—Puede que fallen —aventuró el médico del equipo, tratando de mantener su actitud positiva.

Melek y el piloto intercambiaron una significativa mirada. Creían que les habían enviado un médico, no un animador. La posibilidad de que un grupo de centinelas experimentados errasen el tiro contra un blanco encajonado entre dos muros de piedra era sencillamente ridícula.

Un nudo se instaló en la garganta del muchacho. Había imaginado su muerte en multitud de ocasiones y en ninguna de ellas todo acababa de un modo tan estúpido.

El joven ingeniero no podía apartar los ojos de la pantalla que ahora era la visera de su casco. Estaba como hipnotizado. Si iba a morir así, quería captar hasta el más mínimo detalle.

De repente, entre las decenas de disparos que el enemigo efectuaba sobre su nave, a Melek le pareció distinguir algo.

No estaba seguro, pero había creído ver el brillo que desprendía una carga láser impactando contra el blindaje del vehículo enemigo. Por supuesto, no le hizo ni un solo rasguño.

—Es inútil —informó el muchacho al conductor. —Nuestra munición no es rival para su coraza.

—¿Qué dices? —Replicó bruscamente el piloto, que ya tenía bastantes problemas como para aguantar las tonterías de un mocosito. —Yo no he disparado. Esta nave ni siquiera tiene instalado elementos ofensivos en la parte posterior.

El joven ingeniero frunció el ceño y volvió a escudriñar la imagen que se proyectaba en su casco. En el techo del vehículo enemigo el interior del cañón de Gauss comenzó a teñirse de un brillo azulado. Eso eran malas noticias, se estaban preparando para disparar, pero no era eso lo que buscaba.

Melek fijó los ojos en la parte inferior del furgón.

Ahí estaba de nuevo. Sí, sin duda lo había visto. Ese brillo era inconfundible.

—Estamos disparando —insistió el joven, testarudo.

—Te digo que es imposible —respondió, molesto, el piloto. —Mira, chico, ahora no tengo tiempo para esto.

—Tiene razón —musitó el morador Dokita. —Yo también lo he visto.

De pronto Melek lo entendió.

—¡Está vivo! —Exclamó con alegría. —¡Está vivo y dispara contra nuestros enemigos!

—¡Así se hace! —rio el médico al entender lo que estaba pasando.

Una sensación de júbilo inundó a los dos moradores durante algunos segundos.

—¿Queréis callaros? Da igual lo que haga ahí fuera. ¿No lo veis? —Les interrumpió, lacónico, el piloto. —Como bien ha dicho el muchacho una pistola láser no es rival para su blindaje. Si no conseguimos alejarnos de ese cañón estamos todos muertos.

El joven ingeniero y el morador Dokita detuvieron de inmediato su espontánea celebración. Sabían que su compañero tenía razón.

Un pesado silencio se instauró en el interior de la nave. Melek volvió a sumirse en la observación de la escena. El traqueteo de la nave había aumentado al salir al exterior, obligándoles a reducir su velocidad por el riesgo de volcado. En aquel momento se encontraban tan solo a unas decenas de metros de sus perseguidores, aunque la distancia que mantenían ambos vehículos era constante.

Según pudo comprobar el muchacho, el brillo azul intenso había crecido, amenazante, en el interior del cañón.

Los centinelas habían dejado de usar sus armas ligeras, introduciéndose por completo en el furgón policial. Su compañero, acoplado a la parte trasera de la nave, no había vuelto a efectuar ningún disparo.

Era cuestión de segundos que todos saltasen por los aires.

De pronto, en la esquina inferior derecha de la imagen el joven ingeniero vislumbró un pequeño objeto oscuro.

—¿Qué es eso? —Le susurró al doctor.

Melek escudriñó la escena.

—Parece... parece la cobertura del hombro de una de nuestras armaduras —contestó este en un murmullo.

—Sigo pudiendo oíros, las comunicaciones son por radio —suspiró el piloto.

—Creo que nuestro polizón está intentando ganar algo de estabilidad apoyándose en los salientes de la nave. Quizá quiera efectuar un último disparo —añadió el joven ingeniero aún en susurros, haciendo caso omiso al conductor.

Un silencio expectante inundó la nave. Era tan espeso que Melek podía

oír los latidos de los corazones de sus compañeros.

Sin poder evitarlo, el muchacho se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. El brillo en el cañón era de un azul indescriptible, como sólo puede ser el de los ojos de la muerte.

Entonces ocurrió.

Como a cámara lenta, el joven ingeniero vio partir una carga láser en dirección a sus enemigos. Al igual que en las otras dos ocasiones, impactó contra el furgón, pero en esta ocasión el efecto fue muy distinto.

El tiro iba dirigido a una de las ruedas delanteras del vehículo, la cual explotó, desestabilizando por completo aquella mole de metal. El centinela que lo dirigía se vio obligado a maniobrar desesperadamente para no volcar, pero justo en ese momento, el cañón de Gauss instalado en el techo efectuó su impresionante disparo.

El furgón salió proyectado hacia atrás debido al retroceso, dando vueltas de campana, hasta quedar volcado sobre uno de sus laterales. Varios restos de roca fundida lo acompañaban en su caída. Provenían de un imponente agujero que humeaba en uno de los muros laterales.

Melek y sus compañeros prorrumpieron en gritos de júbilo.

¡Estaban vivos! ¡Contra todo pronóstico estaban vivos!

III

A través de las imágenes proyectadas en las viseras de sus cascos vieron alejarse la furgoneta en llamas hasta convertirse tan solo en un destello rojizo.

Solo entonces el ambiente en la nave se tornó algo más distendido. Los tripulantes tardaron algún tiempo en romper el silencio, pues la tensión a la que acababan de ser sometidos había sido enorme.

—Me pregunto cuál de nuestros compañeros ha realizado semejante hazaña —meditó el morador Dokita en voz alta. —¿No podemos hablar con él?

—Imposible —contestó el piloto. —El protocolo dicta que por motivos de seguridad las comunicaciones con el exterior del vehículo estarán inhibidas hasta que atravesemos el segundo muro. Cada una de las naves NS se encuentra ahora mismo totalmente aislada.

—Yo voto por el Capitán Lesole —comentó Melek. No conocía demasiado a ninguno de los miembros del equipo, pero la dura expresión del militar le infundía un aura de heroicidad para el muchacho.

—No creo que fuese él —replicó el médico, meneando la cabeza. —Mientras esperaba a que la compuerta de nuestra nave se abriese pude ver cómo entraba en la NS-I.

—¿Los expertos en supervivencia, quizá? —Aventuró de nuevo el joven ingeniero.

—¿Jägare y Osindile? —Preguntó el piloto, levantando una ceja. —Esos dos idiotas son capaces de hacer fuego con piedras y orientarse en una cueva, pero no tienen ni idea de tecnología. En sus manos, una pistola láser es más peligrosa que todo un destacamento de centinelas.

El conductor de la nave meditó durante algunos segundos antes de añadir:

—Si tuviese que decantarme por alguno de los exploradores del equipo elegiría al morador Ulka. Ese gigante es tan tonto como parece, pero ha recibido formación militar.

—Supongo que pronto lo sabremos —comentó el morador Dokita, señalando con el dedo hacía adelante.

Por la pequeña abertura que servía de ventana frente al piloto, ocupando la totalidad del campo de visión, se encontraba el verdadero muro Exterior.

En comparación con él sus dos naves hermanas parecían pequeños insectos que avanzaban arrastrándose por el suelo.

Así, al menos, se sentía el joven ingeniero. Una vez que atravesaran aquel último límite nadie sabía lo que podían encontrar.

Quizá la tierra estaba constituida por polvo y rocas, quizá el aire era irrespirable, el agua inexistente, y lo único que les esperaba ahí fuera era una muerte segura.

Melek entrecerró los ojos, tratando de distraerse pensando en otra cosa. Escudriñó el horizonte con la mirada en busca de algo.

Sí, allí estaba.

En la parte inferior de la imponente pared de roca, justo frente a ellos, apareció una pequeña mancha oscura. Era solo cuestión de tiempo que aquel borrón se fuese definiendo, convirtiéndose poco a poco en la pesada puerta metálica, la que constituiría su vía de escape.

Para su sorpresa, el piloto le informó de que no sería necesario detenerse ni realizar ninguna labor de ingeniería pues, según Mopho, la entrada del túnel se encontraba completamente abierta.

—¿Creéis que puede tratarse de una trampa? —Preguntó el médico del equipo con aire preocupado.

—No seas idiota. ¿Una trampa de quién? —Le espetó el piloto, cortante. —Somos los primeros hidrógyros en llegar hasta aquí en siglos. Los últimos habitantes que la cruzaron la dejarían así por alguna razón.

A pesar de la fuerte respuesta del morador Phi, una semilla de duda consiguió abrirse paso hasta el corazón del Melek. El muchacho se había vuelto extremadamente cauteloso desde que había ingresado en la organización terrorista. Había incluso rozado la paranoia en ciertas ocasiones.

Para él, SORA era un ente todopoderoso al que difícilmente se le podía ocultar algo. El joven ingeniero a duras penas podía ignorar un golpe de suerte de aquella envergadura.

Todos sus sentidos se pusieron en alerta. Quizá por aquel motivo fue el primero en percibir el sutil cambio que se dio en el interior de la nave.

—Hace frío —se quejó Melek.

—Yo no noto nada —comentó el morador Dokita, girándose hacia él. —¿Te encuentras bien? No te preocupes, muchacho, la tensión que hemos vivido hasta ahora es difícil de soportar. Puedo darte un calmante.

—Estoy bien —respondió el joven ingeniero, algo molesto por la fama de enfermizo que había adquirido. —Solo digo que hace más frío que antes.

—Tiene razón —confirmó el piloto, con el ceño fruncido. —La temperatura ha descendido varios grados en el exterior de la nave. Quizá una vez atravesado el túnel tengamos que acostumbrarnos a estar a temperaturas bajo cero. No os preocupéis. Tanto las armaduras de explorador como las propias NS están preparadas para prevenir y evitar la hipotermia. Será incómodo, pero no supondrá un problema.

Melek trató de distraerse de este nuevo inconveniente mirando la proyección de su escafandra, que había vuelto hace rato a emitir la imagen obtenida de las cámaras delanteras.

Si hubiese podido se habría frotado los ojos con fuerza. Quizá fuese la tensión del momento, el cansancio o el poder que SORA ejercía sobre su mente, pero por un momento le pareció ver algo.

Tendría que esperar a encontrarse en el Exterior, cuando las tres naves estableciesen comunicación entre ellas para comprobar si lo que había visto era real. Sólo entonces podría pedir explicaciones a la nave afectada.

El muchacho se recostó en su asiento y trató de mantenerse positivo. A fin de cuentas, se trataba de una tontería.

Durante un instante, tan sólo una milésima de segundo, le había parecido ver cómo un destello azulado se introducía en la primera NS. La imagen permaneció grabada en su retina el tiempo suficiente para que él pudiese percibirla.

El muchacho suspiró. Quizá lo había imaginado. Al oírle resoplar, el morador Dokita le dirigió una mirada clínica.

El joven ingeniero se hundió aún más en su asiento. El día estaba siendo tremendamente duro y lo último que necesitaba era que sus dos compañeros tuviesen que preocuparse por él.

Tan solo unos minutos después las tres naves se introducían en el oscuro túnel que les conduciría al Exterior.

NARETH

I

Lo primero que sintió la joven *magjistare* una vez que comenzó a volver en sí fue frío. La sensación se había adentrado en su cuerpo paulatinamente, desde el interior, hasta alcanzar cada una de sus extremidades.

Aunque la muchacha aún no era muy consciente de su propio cuerpo sintió el impulso de encogerse como un ovillo para tratar de mantener el calor, pero sus músculos no la obedecieron.

Si no entró en pánico en aquel mismo momento fue porque su mente aún se encontraba demasiado aletargada. Sus recuerdos y pensamientos se veían obligados a avanzar penosamente entre un mar de densa niebla.

De pronto, una voz familiar se abrió paso entre la espesura que lo rodeaba todo.

“Abre los ojos.”

Nareth no sabía de dónde provenía aquel sonido lejano.

“Abre los ojos.”

En esta ocasión fue mucho más nítido. Casi podía reconocer aquel timbre tan familiar. Se trataba de una voz firme, que le hablaba con autoridad. Era... sí, era una mujer.

“Abre los ojos.”

Su oculta interlocutora le hablaba en un tono cada vez más apremiante, pero la muchacha seguía enredada en la neblina de sus recuerdos. De pronto un nombre se abrió paso desde lo más profundo de su mente hasta llegar a sus labios: “Maara.”

“ABRE LOS OJOS.” Gritó con alarmante brusquedad su mentora.

Nareth obedeció finalmente la orden.

La luz, escasa pero aún lo suficientemente intensa en comparación con la oscuridad de la que venía, le hizo parpadear rápidamente.

Trató de enfocar. Poco a poco, los luminosos borrones que giraban frente a ella se fueron definiendo. Cada uno de ellos se fue convirtiendo en familiares figuras de madera y paja. La muchacha reconoció en seguida el conjunto que formaba.

Era el techo de su habitación, donde cohabitaba con la anciana *magjistare* desde hacía al menos diez años. La niña había pasado muchas noches

mirándolo, sin poder dormir.

La muchacha estaba tumbada en su lecho, tapada con algunas mantas y vestida con su hábito marrón, como todas las noches. Una *magjistare* ha de estar siempre preparada, pues no sabía el día ni la hora en que se requerirían sus servicios.

Un repiqueteo llamó de pronto su atención.

Tuvo que conminar fuertemente a su cuerpo para que le obedeciese. A Nareth le gustaría poder decir que era la primera vez que le ocurría, pero estaría mintiendo. Ese traidor le jugaba una mala pasada tras otra con su imprevisible torpeza.

Tardó unos segundos, pero al final consiguió mover lentamente el cuello en la dirección del sonido.

Por fin encontró lo que buscaba. Estaba lloviendo y las gotas cellisqueantes golpeaban el fino cristal de su ventana con insistencia. La muchacha suspiró, aliviada. El insistente reclamo de su mentora a que despertara la había dejado intranquila.

La muchacha continuó con la mirada perdida en el repiqueteo exterior y trató de relajarse. Sus dientes castañeaban por el frío. Fuera, la noche estaba imbuida en una oscuridad penetrante, solo rota por algunos rayos de luna que escapaban, furtivos, entre las espesas nubes.

La niña estaba a punto de quedarse dormida de nuevo cuando por fin lo vio.

No sabría definir con exactitud lo que estaba pasando. Frente a su ventana se distinguía débilmente una silueta. Se trataba de una sombra antropomorfa que permanecía inmóvil, mirándola fijamente.

Nareth entrecerró los ojos, aterrada, tratando desesperadamente de identificar a aquel extraño. Su perfil le resultaba vagamente familiar.

Aquella figura le evocaba la misma sensación que la que había tenido al llegar a determinadas zonas del bosque, tras haber deambulado, perdida: una secreta y oscura certeza de haber estado allí antes.

Su contorno, tan familiar y conocido, permanecía allí fuera sin moverse lo más mínimo, amparado por la negrura de la noche.

La muchacha no podía distinguir ninguno de los rasgos de aquella criatura, pero tenía la certeza de dos cosas.

La primera era que, a pesar de su apariencia humana, aquella sombra no pertenecía a ninguna persona, pues nadie podía permanecer de pie frente a su cuarto, que se encontraba en un segundo piso, sin apoyarse en algún asidero.

La segunda era que, fuese lo que fuese aquello, no le quitaba la vista de encima.

La simple contemplación de la silueta difuminada en la oscuridad del entorno aterrorizaba a la niña. Trató desesperadamente de levantarse, pero parecía que su cuerpo no entendía la gravedad de la situación.

Por más que el alma de la muchacha gritara con todas sus fuerzas, pugnando por incorporarse de su lecho, sus músculos, ateridos de frío y entumecidos, se negaban a obedecer las órdenes que su cerebro le enviaba.

Por suerte para Nareth, su cabeza continuaba dirigida hacia el ventanal, por lo que en ningún momento perdía de vista a aquella sombra que la intimidaba.

Con un esfuerzo sobrehumano, similar al que había precisado para mover los músculos de su cuello, consiguió estirar uno a uno, los dedos de su mano derecha.

Esta acción resultó increíblemente dolorosa. Parecía que su cuerpo estuviese engarrotado, como si la muchacha llevase siglos en la misma posición.

La niña inspiró profundamente y fue soltando el aire por la boca con lentitud. Mientras fuese consiguiendo una suma de aquellas pequeñas victorias todo iría bien.

Al cabo de algunos minutos conseguiría mover los brazos, luego las piernas y, poco a poco, lograría salir del lecho en el que se veía recluida. Solo era cuestión de tiempo.

Nareth trató de librar una nueva batalla levantando su brazo derecho, pero nada más comenzar el movimiento su mente la detuvo en seco.

En cuanto percibió la intención de la muchacha el ser que la observaba ladeó bruscamente la cabeza, como si su cuello se hubiese roto. Tras ello volvió a quedarse inmóvil.

Nareth esperó, aterrorizada, vigilando cada posible movimiento de la criatura. No hubo nada más.

Sin embargo, este simple gesto bastó para horrorizar a la niña.

Desesperada, se quedó sin aliento al contemplar como frente a ella, la fina ventana que la había separado hasta ahora de su siniestro vigilante comenzaba a abrirse lenta pero inexorablemente, acompañada por el sonido de las bisagras oxidadas.

Con la fuerza que solo da la desesperación Nareth trató de movilizar, no solo su brazo, sino su cuerpo entero.

Sintió cómo su espalda se despegaba lentamente de la áspera manta de lana de oveja sobre la que estaba tendida. Por desgracia, cuando había logrado incorporarse en cierto modo, cayó de nuevo, fruto de su debilidad.

La muchacha, desesperada, miró hacia la ventana, que estaba ahora abierta casi por completo.

Aquel ser inhumano continuaba observándola. La posición antinatural de su cuello provocaba que la niña se estremeciese, horrorizada. Estaba perdida.

Cuando la ventana se hubo abierto por completo aquel oscuro ser comenzó a avanzar hacia el interior de la habitación con movimientos torpes. Los finos cristales se llenaron de escarcha a su paso.

Lágrimas de horror e impotencia acudieron a los ojos de la niña mientras su garganta se negaba a gritar siquiera. Iba a morir de una manera que no era capaz de imaginar y debía resignarse a ser una mera espectadora de la macabra escena.

Sumida en la desesperación solo una palabra se dibujó en su mente. En esta ocasión sus labios se dignaron a reproducirla. Envuelto en una nube de vaho un susurro se oyó en la habitación.

“Madre.”

Un fogonazo iluminó repentinamente la estancia. Aquella repugnante criatura retrocedió, herida y Nareth sintió que el gran peso que le impedía moverse desaparecía. Sus ataduras estaban rotas. ¡Era libre de escapar!

La muchacha saltó del lecho que segundos antes la había retenido. Antes de irse cogió su vara de Rükha, que estaba en su lugar habitual, apoyada en la pared junto a la cama, y corrió escaleras abajo, dejando atrás a su horrible enemigo.

Mas no pudo disfrutar de su pequeño triunfo en el nombre de Gudibna pues lo que había visto al iluminarse su pequeño cuarto la había turbado enormemente.

La apariencia de aquella oscura criatura era mucho peor de lo que jamás hubiese podido soñar.

La niña conservaría la imagen grabada en su retina hasta el día de su muerte. Su recuerdo continuaba provocándole un escalofrío que recorría toda su espalda.

Aquel ser inhumano mantenía una apariencia que la niña conocía muy bien. La criatura que había visto en su cuarto era el señor Alonit, al que conocía desde su infancia. Al menos se parecía en parte a él.

Lo que la muchacha había visto era una cáscara vacía, como si el aldeano

careciese de huesos y una fuerza misteriosa lo mantuviese erguido. Pero lo peor de todo eran los ojos.

Donde debería haber estado la mirada triste y tierna del señor Alonit solo había dos cuencas huecas, oscuras como la boca de un lobo.

La niña salió del cuarto a trompicones y cerró la puerta tras ella. Bajó las chirriantes escaleras de madera a tal velocidad que apenas rozó los escalones con los pies. Aun así, el recuerdo de aquel horrible espectro la perseguía.

Cuando llegó al piso inferior se dispuso a salir a la carrera de la casa que había sido su hogar. Ahora se le antojaba fría y siniestra.

Puso su mano en el rudimentario pomo de la puerta y se dispuso a abrirla de par en par cuando sintió que, a sus espaldas, en la cocina de la pequeña cabaña, había algo.

Nareth se quedó sin aliento y, sin saber muy bien porqué, se giró lentamente. Cuando asomó la cabeza al interior de la estancia suspiró aliviada.

Frente al fuego del hogar, removiendo tranquilamente un gran caldero, se encontraba su mentora.

“¡Maara!”, pensó aliviada la muchacha. “Ella sabrá que hacer”.

La niña echó una última mirada furtiva a las escaleras y, tras comprobar que ningún ser indeseable descendía por ellas, se acercó con sigilo a la *magjistare*. Una vez que estuvo a su lado Nareth comenzó a narrarle a su mentora lo ocurrido.

La parálisis de su cuerpo, el embotamiento de su mente, la presencia de aquella horrible criatura, la ventana de su cuarto abriéndose, permitiendo la entrada de aquel enemigo sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo, todo le fue expuesto en cuestión de segundos a la anciana.

Esta continuaba removiendo con lentitud sin levantar el rostro, oculto por el enorme ala de su sombrero. La muchacha la miraba, desconcertada, esperando una respuesta.

De pronto percibió horrorizada que los contornos de su mentora comenzaban a difuminarse.

No tuvo tiempo de sorprenderse pues un golpe, seguido del chirriar de unas bisagras, llenó el silencio que había dejado la *magjistare*.

La niña dirigió instintivamente su mirada hacia la escalera. Allí estaba aquella oscura criatura, la sombra del señor Alonit, descendiendo escalón a escalón, arrastrándose penosamente.

Nareth se volvió con ojos implorantes hacia Maara. Esta por fin había levantado la mirada del caldero. Su rostro, de límites cada vez más

difuminados, irradiaba una cálida luz, pero mantenía una expresión preocupada.

—¿Qué debo hacer? —Preguntó, desesperada, la muchacha.

—¡Huye, niña!

Los últimos destellos de la anciana desaparecieron con aquellas palabras. Su pupila se abalanzó sobre ella, tratando de apresar a su mentora, más lo único que asió fue el ajado vestido negro, que quedó prendido en sus manos.

En un ataque de ira la muchacha lo arrojó con impotencia al fuego. El viejo hábito de Maara se consumió entre las llamas con rapidez, dejando en la aprendiz de *magjistare* una profunda desazón.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero Nareth se las limpió con furia. No tenía tiempo para aquello.

Giró sobre sí misma y corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta, pero ya era tarde. Los asquerosos restos del Señor Alonit habían conseguido llegar hasta allí tambaleándose.

La muchacha retrocedió atemorizada, tratando de pensar con frialdad.

Aquel zombi dio dos inestables pasos hacia ella. El asco que la niña sentía por la criatura le impedía reaccionar. Lentamente, pegó su espalda a la pared y contempló, horrorizada, cómo aquel ser de rostro familiar se acercaba paso a paso hacia ella.

La aterrada niña no sabía qué hacer.

El siniestro atacante se interponía en el camino a la única vía de escape y ella se encontraba indefensa. Inmediatamente después de que este pensamiento atravesara como un rayo su mente, la muchacha sintió un extraño calambre en la mano derecha.

Nareth bajó, sorprendida, la mirada. Su bastón de *magjistare* vibraba dentro de su puño, impaciente por actuar. Las runas grisáceas talladas en la madera de Rükha emitían intensos reflejos a la luz de la chimenea.

La muchacha aún recordaba el día en que Maara se lo había dado, convirtiéndola así en su aprendiz.

Si la anciana hubiese estado allí hubiera pronunciado alguna misteriosa palabra en el lenguaje de Gudibna, protegiéndolas a ambas de aquella criatura del mal. Pero su maestra había desaparecido, dejándola sola ante el peligro.

Entre tanto, el engendro había recorrido la mayor parte del espacio que los separaba y avanzaba con pasos inestables, aunque apremiantes, hacia la indefensa muchacha. Al acercarse a la tenue luz que emanaba de la chimenea la niña pudo ver con mayor claridad su rostro.

¡Estaba vacío! ¡Todo él estaba vacío! No eran solo las cuencas de sus ojos, sino todo él. El Señor Alonit había sido desocupado de su propio cuerpo, quedando de él solo un pelele de piel que pugnaba por mantener su forma. Aquella era la razón de sus movimientos descoordinados, de su avance titubeante, de la antinatural posición del cuello, que seguía manteniendo.

Aquel joven no era ya dueño ni siquiera de sí mismo. Ya no era el Señor Alonit.

¿Quién o qué podía haberle hecho eso?

Fue entonces cuando la oleada de sentimientos que solía arrastrar a la muchacha tomó el control de la situación. Gracias a Gudibna la ira pudo finalmente con el miedo.

Nareth levantó su vara, cerró los ojos, y la dirigió al ser que se abalanzaba contra ella.

En el último momento, como si tuviese vida propia, el bastón obligó a la muchacha a subir ambos brazos y asestarle un tremendo golpe a su adversario en la cabeza.

La horrible criatura se desplomó en el suelo, inmóvil. El cuero cabelludo de lo que una vez fue su amigo estaba hundido, pero no había sangre que brotara de la herida.

La niña miró con incredulidad la vara que reposaba inocentemente en sus manos. Habría preferido que de las runas surgiese un fuego que devorara a su adversario, o un destello de luz que lo hiciese desaparecer, pero debía admitir que, si bien aquella no había sido la solución más elegante, había resultado tremendamente efectiva.

Frente a ella, el zombi comenzó a realizar espasmódicos movimientos, tratando de levantarse.

Sin perder ni un segundo Nareth armó su vara con un pequeño farol que Maara siempre dejaba preparado por si tenían que salir tras el atardecer, encendió la gruesa vela que aguardaba en su interior, y partió hacia la oscuridad de la noche.

II

Debía llegar a la aldea, advertir a todo el mundo de lo que estaba pasando y pedir cobijo.

Armada con la tenue luz del farol la muchacha avanzaba por los sinuosos senderos de la montaña.

Podía mantener un paso ligero y firme, pues conocía cada uno de aquellos caminos como la palma de su mano. Cada roca, cada nudosa raíz que había emergido a la superficie, cada rama baja de los árboles estaba donde ella sabía que estarían.

La muchacha avanzaba segura de su camino. Mas, de pronto, la niña vio algo que hizo que se le erizase el vello de la nuca.

No se detuvo, no tenía tiempo que perder, pero mentalmente elevó una plegaria a la Madre, rogando estar equivocada. En la tierra húmeda del camino por el que transitaba le había parecido ver unas pesadas huellas que le resultaban familiares.

“Lobos.”

Aquellas marcas, unidas al episodio de su siniestro atacante, constituían un muy mal augurio para su raza.

Nareth había estado creyendo desde algún tiempo que la humanidad estaba viviendo una época de cambios. Si su teoría, en base a los últimos acontecimientos, era cierta, lo que tenía delante era algo mucho más grande que eso: estaba presenciando un cambio de época.

El periodo de paz en el que habían vivido estaba acabando. El mal había despertado de nuevo.

Casi sin aliento, la muchacha divisó los tejados de las primeras casas de la aldea. Lentamente recorrió en silencio las escasas calles que le separaban de la plaza central.

Una espesa niebla lo rodeaba todo, envolviéndolo en una fantasmagórica luminosidad proveniente de los plateados rayos de la luna llena.

No tardó, sin embargo, en encontrar a uno de los aldeanos. Por su figura parecía tratarse de una anciana solitaria. Caminaba lentamente, encorvada, aterida probablemente por el frío del invierno.

El corazón de Nareth se llenó de esperanza.

—¡Oiga! —Llamó.

La mujer se detuvo en seco, pero no se giró para ver quién la interpelaba.

—¿Oiga? —Aventuró de nuevo la muchacha.

La anciana permaneció inmóvil, en el mismo lugar en el que se había detenido, como si esperase algo.

La niña continuó avanzando hacia ella, farol en mano, dispuesta a contarle a aquella buena mujer todo lo que necesitase saber para ganarse su confianza. Al fin y al cabo, ella era la aprendiz de la *magjistare*. Todo el mundo en aquel pueblucho la conocía.

La muchacha se acercó con cautela, tratando de no espantar a la única persona que podía ayudarla. Lentamente puso una mano en su hombro, mientras decía en tono conciliador.

—Soy yo. Nareth. Nareth Nim.

En cuanto pronunció su nombre, la anciana ladeó la cabeza con brusquedad y giró sobre sí misma. A la luz del farolillo la muchacha pudo ver dos enormes cuencas vacías que llenaban el rostro de la anciana.

La niña retrocedió con una mezcla de terror y asco mientras la mujer avanzaba lenta hacía ella con decisión.

Nareth comenzó a huir a la carrera. Aquella espesa niebla impedía que viese nada que se encontrase a dos metros de sus narices.

Quizá por este motivo, quizá por la premura de su carrera, la muchacha tropezó con un muro sólido. Su farolillo salió volando, haciéndose mil pedazos en el suelo en su caída.

La niña estaba desconcertada, quizá aturdida. Conocía a la perfección cada calle y cada casa de aquella pequeña aldea y sabía que allí no debía haber nada. ¿Contra qué había chocado?

Levantó los ojos para averiguarlo y contempló con desconfianza el enorme torso de leñador de un hombre.

Su rostro le quedaba oculto, pero Nareth tuvo una oscura certeza de lo que encontraría si lo miraba.

Trató de retroceder todo lo silenciosamente que pudo, pero al percibir su movimiento, el hombretón ladeó de aquel horrible modo la cabeza y comenzó a perseguirla.

Todo disimulo quedaba abolido. La muchacha salió corriendo de la plaza.

A cada paso que daba emergían de la espesa niebla más y más zombis que avanzaban con movimientos inestables y erráticos hacia la aprendiz de *magjistare*. Todos y cada uno de ellos mantenían aquella repulsiva posición de

la cabeza y la miraban con sus ojos vacíos.

La asustada muchacha fue esquivándolos uno a uno. No tardó en dejar atrás a la carrera las estrechas callejuelas de la aldea.

Una vez hubo abandonado el poblado aquellas horribles criaturas dejaron de aparecer de la nada. Aun así, la niña no aminoró la velocidad de su marcha pues si esos seres se parecían al que había encontrado en su cabaña, tratarían de perseguirla lenta pero obstinadamente hasta poder apresarla con sus frías manos.

Envuelta por la oscuridad de la noche Nareth huyó al bosque.

III

Mientras recorría atropelladamente los senderos serpenteantes que la conducirían al único lugar que ella consideraba seguro, las lágrimas volvieron a inundar los ojos de la muchacha, consiguiendo complicar en mayor medida el ya de por sí difícil ascenso.

Aquellos engendros que trataban de apresarla, con vete tú a saber qué intenciones, no eran para Nareth rostros anónimos.

Pudo reconocer a la señora Ibu, quien había cuidado de ella en numerosas ocasiones tras la muerte de su madre, al señor Schrouk, su antiguo jefe y a un sinfín de rostros que en otro tiempo había considerado amigos.

La muchacha no quería pensar en ello, pero juraría que uno de los poderosos brazos que había tratado de asirla por los ropajes pertenecía al robusto señor Fräketar, su padre.

Cada uno de aquellos rostros habían desfilado ante los asustados ojos de la aprendiz de *magjistare*, desfigurados, hundidos, con las cuencas vacías, moviéndose como marionetas al son de una música que ella no era capaz de oír.

¿Cómo había podido pasar algo así? ¿Quién podría vaciar a un ser humano hasta dejarlo como una cascara deshabitada, moviéndose a merced de la corriente?

La respuesta apareció fugazmente ante sus ojos.

La muchacha deseó no haberlo visto, mas el signo se repetía una y otra vez a lo largo del sendero. En los árboles, a ambos lados del camino, la corteza había sido brutalmente levantada por unas formidables zarpas.

Los arañazos, que eran profundos y alargados, delataban claramente a los dueños del territorio.

Su corazón ya no albergaba la más mínima duda: los lobos habían vuelto y campaban a sus anchas por el lugar.

El corazón de la muchacha comenzó a acelerarse. La sangre le zumbaba en los oídos y podía sentir como cada latido retumbaba en su pecho.

Prefería enfrentarse desarmada a mil zombis antes que tener que vérselas cara a cara con un sólo lobo.

Nareth apresuró el paso. Quería llegar cuanto antes a la cima de la

montaña. En ella se encontraba Uulzalt, la roca conocida también como la cima del mundo, considerada por la tradición como un lugar sagrado. La muchacha tenía la secreta esperanza de que aquel santuario constituiría un lugar seguro.

Por fin, tras un recodo del camino, la joven *magjistare* divisó el cordón que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Entre su gente era costumbre llevar allí a los difuntos en un rito que recibía el nombre de “encumbramiento”, devolviendo así sus restos mortales a la Madre.

Aquel cordón, lleno de pañuelos blancos, rojos y negros anudados sobre él, fijaba el límite a partir del cual los muertos descansaban. Nadie osaba traspasarlo y precisamente por eso se había convertido en uno de los lugares preferidos de la muchacha.

Por encima de todo aquello, se encontraba el destino de la aprendiz de *magjistare*.

Uulzalt era un inmenso saliente rocoso donde a Nareth le gustaba subir a meditar. Desde allí se podía ver todo el mundo. Abarcaba la espesura creciente de los bosques a medida que descendían la montaña hasta el Desierto Exterior, con sus imponentes muros, pasando por las grietas que dividían el terrero en doce enormes porciones.

El simple hecho de cruzar la cuerda tranquilizó el atormentado espíritu de la muchacha.

Pudo observar con satisfacción que a partir de aquel punto no aparecían más marcas de zarpas en los árboles. Allí sólo estaban ella, los muertos y la Madre.

Se permitió aminorar el paso entonces, disfrutando del primer momento de calma de la noche. Paseó por el casi invisible sendero ascendente ignorando los cadáveres que aquí y allá reposaban.

Armada con su pequeña vara avanzaba lentamente hasta su refugio.

El silencio de la noche no estaba roto por el ulular de ninguna ave nocturna, ni siquiera por el viento. Este hecho comenzó a inquietar enormemente a la muchacha, quien aguzó el oído, cerró los ojos y trató de escuchar con atención.

Nada. Las hojas de los árboles yacían inmóviles. Todo parecía esperar, inerte.

Por fin fue capaz de percibir algo. Era muy tenue al principio, pero poco a poco fue aumentando de intensidad. Algo similar a una leve brisa o una pequeña corriente de aire llamó su atención.

Los ojos de la muchacha se abrieron de repente cuando supo de qué se trataba. Lo que estaba escuchando era una lenta y pesada respiración justo a su espalda.

La aprendiz de *magjistare* se volvió enseguida, elevando su vara en posición defensiva.

Detrás de ella no había ningún animal, como había esperado. Sólo una enorme piedra que emergía de la tierra. Grabadas directamente sobre su superficie había dos profundas marcas de garras. El tremendo zarpazo medía más de un metro de largo y había penetrado varios centímetros en la roca.

Nareth retrocedió espantada, dejando caer la vara en su huida. La muchacha maldijo su estupidez, volvió sobre sus pasos para recoger su bastón y corrió hacia su destino.

En cuanto inició su carrera pudo sentir de nuevo aquella inquietante respiración a su espalda. Debía darse prisa. Tenía que llegar a la cima como fuese.

La muchacha corría con todas sus fuerzas, escapando de aquel misterioso depredador que se resistía a mostrarse. La aprendiz de *magjistare* podía oír sus pesados pasos. Sentía cada vez más cerca su presencia, pero al girarse no encontraba más que el vacío en la oscuridad de la noche.

La niña no sabía cuánto tiempo podría mantener aquel ritmo. Le dolía el pecho, la boca le sabía a sangre y los músculos de las piernas comenzaban a fallarle. Era consciente de que perdía terreno con cada segundo que pasaba.

Justo cuando creía que no podía más apareció ante sus ojos su ansiada meta. Allí estaba, la entrada a la gruta que daba a la cima del mundo.

Un aliento helado le llegaba a la nuca. Parecía que el depredador también estaba muy cerca de su objetivo.

“Sólo unos metros más”, imploró la muchacha a su cuerpo.

Casi a rastras consiguió penetrar en la cueva protectora. Su perseguidor se había quedado a la entrada, rondando como una bestia rugiente.

Nareth se dejó caer, pletórica. Lo había conseguido.

Trató de recuperar el aliento mientras avanzaba, paso a paso, hacia el interior de la gruta, que se abría al cielo nocturno en el glorioso saliente que gobernaba toda la región.

La muchacha quería llegar hasta allí para elevar una plegaria de agradecimiento a la Madre por haberle permitido permanecer con vida. Quería, además, alejarse tanto como pudiese de la entrada de la cueva, dónde permanecía aún la bestia.

La niña supo cuándo se encontraba en el exterior por el azote del viento frío en su cara. A tientas, pues la visibilidad era escasa, avanzó hasta el extremo del saliente de roca.

Una vez allí, elevó ambos brazos al cielo, en señal de agradecimiento. Las nubes se apartaron entonces, dejando ver una magnífica luna llena, que lo bañó todo con su plateada luminosidad.

Nareth inspiró profundamente. Necesitaba ese momento de calma después de todo lo que había pasado. Gracias a Gudibna ahora estaba a salvo.

Cuando terminó su plegaria, bajó los brazos y dio media vuelta, dispuesta a introducirse en la cueva para tratar de descansar un poco, pues estaba exhausta.

Sin embargo, algo hizo que se detuviese en seco.

A sus pies, talladas en la mismísima Uulzalt, su lugar sagrado, descansaban dos enormes marcas de zarpas.

Un sonido gutural, similar a una profunda carcajada, alcanzó a la joven *magjistare* como una flecha.

Directamente en su cabeza una voz seductora comenzó a hablarle.

“Ríndete. No puedes hacer nada. Todo esto es mío. Yo soy tu dios ahora.”

Nareth no podía responder. Su espíritu se deshacía en pedazos frente a aquel enemigo.

“La Madre os ha abandonado. Todos los tuyos son míos. Tú eres mía.”

Unos enormes ojos de fuego azul se dejaron ver en la oscuridad de la cueva.

La muchacha negó lentamente con la cabeza.

“¿No quieres ser de los míos?” Continuó aquella sibilina voz. “Soy un buen pagador. Observa.”

Sin que la joven *magjistare* supiese cómo, aquel ser hizo que su cuerpo diese la vuelta, girando hacia el borde de la roca, desde donde podía ver todos los reinos de su porción.

“Todo esto me pertenece. Puedo darte lo que quieras. Piensa en lo que podrías hacer con eso. Tú no eres como ellos, no tienes porqué sucumbir. Pon tu poder a mi servicio y juntos haremos grandes cosas.”

Nareth notó cómo la duda nacía en su corazón. Quizá esta fuese la manera de cambiar el mundo, luchando contra la injusticia.

“Sólo te pediré una cosa a cambio.” Los ojos del enorme lobo centellearon. “Póstrate ante mí.”

—No —consiguió murmurar Nareth.

“¡Póstrate ante mí!” Estalló la voz en su cabeza. Ya no era meliflua, sino hiriente y llena de odio.

—¡No! —Gritó la muchacha, volviendo en sí. Las lágrimas corrieron por su rostro. No podía hacer otra cosa ante un adversario como aquel.

“Entonces serás sacrificada.”

Lo último que vio la joven *magjistare* antes de que sus ojos se cerraran fue un enorme lobo que emergía de oscuridad con los ojos inyectados en sangre y las fauces abiertas, dispuesto a despedazarla.

MUZ

I

El hombretón aparcó su coche en la plaza de garaje que les correspondía, cogió la bolsa de deporte en la que transportaba sus cosas y descendió del vehículo.

Cuando tomó cierta distancia con el garaje pudo ver que había aparcado el coche demasiado cerca de una de las paredes. Dudó durante algunos segundos si debía cambiarlo, pero al final decidió dejarlo estar.

Aunque a Adara no le gustaba que estacionase de ese modo entendería que venía de un eterno turno de noche. Ella más que nadie sabría lo cansado que estaba. Además, su pareja tenía cosas más importantes de las que preocuparse con el resurgimiento de ese grupo terrorista.

Subió las escaleras que llevaban a su hogar y rebuscó en la enorme bolsa las llaves de la entrada. Cuando las encontró, se dispuso a abrir la puerta reforzada, pero se le escurrieron entre los dedos y se estamparon contra el suelo estrepitosamente.

El agente suspiró y se agachó para recogerlas.

Muz regresaba a casa tras una durísima guardia de 24 horas en la que no había tenido ni un minuto de descanso.

El día había comenzado con la búsqueda de un menor desaparecido que había tenido a medio cuartel merodeando toda la mañana por los barrios circundantes sin ningún éxito.

Al atardecer, tras tomar una cena ligera, había comenzado el turno de emergencias. Varios altercados domésticos y alguna que otra pelea callejera habían acabado con varios detenidos en los calabozos, esperando para ser reeducados por el Sistema.

Ya a las cuatro de la mañana, cuando las cosas parecían calmarse un poco, un accidente entre dos vehículos de transporte de recursos humanos se había cobrado cinco víctimas mortales y varias decenas de heridos.

A aquellas alturas el pobre hombre sólo tenía fuerzas para pensar en una cosa: dormir.

Tras una pequeña lucha con la cerradura consiguió arrastrarse hasta el salón de su casa. Todas las luces estaban apagadas.

Andando como un zombi se arrastró hasta su habitación, arrojó el petate a

una esquina del cuarto, se quitó la ropa y se metió en la cama. Dejó, satisfecho, que la neblina del sueño envolviese su mente con un dulce abrazo.

Sólo entonces se dio cuenta de que la cama estaba fría y las sábanas perfectamente estiradas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Adara se había ido?

Él joven agente había entendido que hoy su compañera tenía el día libre. Había pensado llevarla a dar un paseo e invitarla a quizá a cenar fuera después.

Últimamente pasaban muy poco tiempo juntos.

Recordó entonces que Adara le había contado que estaba preocupada por su hermano y que había hecho algo poco honesto por él. ¿En qué lío se habría metido Melek? El muchacho podría ser aún joven e ingenuo, pero sólo era cuestión de tiempo que se convirtiese en un buen morador.

Muz se encogió de hombros. No le cabía la menor duda de que la centinela encontraría una solución tarde o temprano a lo que fuese que estaba pasando. No conocía a nadie más obstinado y cabezota que ella en toda la urbe de Caloris.

Precisamente por eso la quería.

El recuerdo del ceño fruncido de la mujer cuando trataba de concentrarse, sus hermosos ojos castaños, aquella expresión triunfal cuando conseguía resolver algún caso, provocaron que una sonrisa sincera acudiese al rostro de aquel hombre agotado.

En breves momentos el sueño le mecería en sus brazos. Antes de dejarse llevar definitivamente por él decidió que debía recordar algo. Cuando despertase debía hacerle saber a la mujer de su vida que la amaba. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se lo dijo.

No importaba. Se lo diría mañana.

El sueño al fin ganó la batalla y el centinela cayó rendido. Antes de que pudiese darse cuenta quedó sumergido en un profundo sopor durante casi diez horas.

Cuando abrió los ojos de nuevo la tenue luz del crepúsculo se colaba por la ventana de la habitación. Teñía las paredes del cuarto un tono anaranjado.

Con la cabeza aún embotada por el sueño, el agente Muz Khone se arrastró hasta la ducha. Diez minutos y algunos litros de agua después salió del baño transformado por fin en una persona en pleno uso de sus facultades.

Mientras se pasaba una toalla por la cabeza se percató por primera vez de los ruidos que provenían de su cocina.

Sonrió.

Adara por fin estaba en casa. Se puso una muda todo lo silenciosamente que pudo y se dispuso a sorprenderla. Era un pequeño juego que la pareja había ido perfeccionando a lo largo de sus años de relación.

Ambos pertenecían al cuerpo de centinelas y, como tales, debían estar siempre alerta ante posibles emergencias o ataques enemigos. Con este pretexto habían tomado la costumbre de asaltarse el uno al otro en los momentos más inesperados.

Ya estuviesen cocinando, durmiendo, o en la intimidad del excusado, en cualquier ocasión podía caerles encima su compañero para tratar de reducirle.

El agente Khone sabía que debía ser extremadamente sigiloso y rápido si quería pillarla desprevenida. Adara era veloz, ágil y escurridiza como una lagartija.

El hombretón consiguió llegar hasta la puerta de la cocina sin que el ajeteo que su compañera estaba montando en el interior se redujese lo más mínimo. No obstante, debía tener cuidado. No era la primera vez que la agente Zacaride le tendía una emboscada.

Muy despacio, introdujo su mano derecha por la puerta y apuntó el dispositivo que llevaba en la muñeca, su Banda Sectorial de Identificación, hasta que obtuvo lo que buscaba: reflejada en la oscura pantalla podía vislumbrarse la figura de una mujer, de espaldas a la entrada.

El centinela sonrió. Pocas veces se le presentaba una ocasión tan buena como aquella.

Contuvo la respiración y de un sólo salto se abalanzó sobre su pareja, que no tuvo tiempo de girarse siquiera. En un abrir y cerrar de ojos el musculoso hombre redujo a su sorprendida víctima en el suelo, sujetándola fuertemente desde la espalda.

—Ya eres mía —le susurró al oído, victorioso.

Un grito ensordecedor llenó toda la casa. Sólo entonces se dio cuenta el centinela de su error. Al instante soltó su presa y retrocedió, casi igual de asustado que su víctima.

Una mujer de unos cincuenta años le miraba con los ojos como platos. Al ver al hombretón que la había atacado en ropa interior el grito volvió a producirse.

El centinela, avergonzado como no lo había estado en su vida, retrocedió y trató de pedir disculpas mientras se introducía en su habitación.

Una vez el vocerío finalizó y él se había puesto algo de ropa salió a hablar con su asistenta. Trató de explicarle como pudo a la buena mujer lo que

había pasado.

La moradora Klé llevaba ya varios años al cuidado de su hogar. Eso, unido al trato amable que el hombre le había dado desde el principio fueron las dos cosas que libraron al agente de una denuncia por acoso sexual ante la brigada de anti-vicio.

Tras disculparse de nuevo con la asustada mujer, Muz le dio el resto del día libre.

El hombretón estaba totalmente abochornado.

No había sido su intención, pero era plenamente consciente de lo que su ataque sorpresa podía haber dado a entender. Sin embargo, justo antes de que su asistenta saliese apresuradamente por la puerta recordó algo.

—Disculpe. Disculpe, moradora Klé.

La mujer se giró en la salida, pero se cuidó de atravesar en umbral de la puerta antes de detenerse.

—¿Sí? —Inquirió esta, desconfiada.

—¿Sabe dónde ha podido ir la agente Zacaride?

—No la he visto en todo el día —aseguró la buena mujer, aliviada de que se tratase de algo tan trivial. —¿Puedo irme ya?

—Claro, claro —murmuró Muz.

La asistenta llegaba a media mañana, lo que unido a la frialdad de las sábanas indicaba que Adara no había pasado por casa desde el día anterior por la noche, a pesar de tener el turno libre.

El joven agente trató de establecer una cronología con lo que sabía. Estaba empezando a preocuparse.

II

Tras varias llamadas infructuosas a la BSI de Adara el centinela decidió vestirse y salir a buscarla.

Muz recordaba que el otro día, cuando estuvieron hablando en el porche, Adara le contó que estaba bastante preocupada por su hermano. Al parecer Melek se había metido en problemas muy serios.

Al principio, el hombretón había pensado lo normal, que se habría ausentado del trabajo, que se habría aficionado a alguna de las numerosas drogas de diseño que salían como setas en el mundo de la noche hidrógyro o que se habría metido en algún lío de faldas. Por lo que pudo comprobar se trataba de algo mucho más grave.

Por si acaso aquello fuese una pista del paradero de su amada, Muz se vistió y salió de su casa, dispuesto a hacer una visita al pequeño apartamento del muchacho. Su instinto le decía que aquella conversación sobre el joven tenía mucho que ver con la desaparición de Adara.

Al joven agente no le gustaba jactarse de ello, pero lo cierto era que poseía un sexto sentido para aquellas cosas. Quizá por eso sufrió una enorme decepción cuando se encontró frente al portal del edificio. Por más que llamó al timbre no consiguió arrancar más respuesta que un silencio desesperante. Aun así, decidió no darse por vencido. Muz tenía sus métodos.

Probó suerte con un número al azar. Después un par de tonos la voz soñolienta de un hombre contestó:

—¿Sí?

—Mantenimiento de sistemas —probó el centinela.

Tras unos segundos que a Muz se le hicieron eternos la puerta se abrió. Si bien era cierto que podía haber usado su placa para entrar en el edificio, no quería meterse en problemas disciplinarios por abusar de su autoridad, así que había optado por la treta de hacerse pasar por un ingeniero de bajo rango.

Una vez dentro no tuvo problema alguno en llegar hasta el piso de Melek.

Se acercó a la puerta y llamó con insistencia. Al no recibir respuesta aguzó el oído. Tras unos minutos de escucha pudo afirmar sin temor a equivocarse que allí dentro no había nadie. Gracias al entrenamiento que había recibido también pudo percibir que aquel muchacho atolondrado se había

dejado la ventana del apartamento abierta. Cuando regresase encontraría la casa más fría que un témpano.

Realizó un par de movimientos en su BSI.

—Llamar al morador Zacaride, Melek —ordenó al dispositivo.

—El morador al que llama no se encuentra disponible en estos momentos —le respondió una voz enlatada.

Muz suspiró, cansado de aquella broma de mal gusto. El joven ingeniero rara vez contestaba a las llamadas.

Estaba a punto de irse, decepcionado con el resultado de su investigación, cuando se fijó en un pequeño detalle. La puerta del apartamento de Melek no concordaba con el resto del edificio. Si bien las zonas comunes estaban limpias y cuidadas toda la construcción acuciaba el efecto implacable del paso del tiempo. Sin embargo, la entrada al piso del muchacho era completamente nueva.

Muz observó con detenimiento la puerta durante algunos segundos. Aparte de la novedad, no encontró en ella ninguna otra anomalía.

El centinela se encogió de hombros.

Por lo que le había comentado Adara, su hermano se había vuelto bastante paranoico desde el incidente en cuanto a seguridad se refería. Si además estaba involucrado en asuntos turbios, a Muz no le extrañaba que Melek hubiese tomado algunas medidas de protección extra.

Sin darle más importancia de la necesaria a las reformas que el muchacho había hecho, el joven agente salió del edificio, pensando cuál podría ser su siguiente paso. Sentía que en su torpe búsqueda iba quemando un cartucho tras otro. Cada vez tenía más miedo de que su última pista le llevase a un callejón sin salida.

Si Adara no estaba en casa, ni con su hermano, sólo le quedaba un sitio donde buscar.

III

Allí estaban la mayoría de los compañeros de Adara, en chándal, entrenando en el inmenso gimnasio del cuartel. Si aquella hubiese sido una situación normal Muz jamás se hubiese atrevido a interrumpirles. Aquel era el cuerpo de centinelas de élite de Caloris. Los agentes del rango del agente Khone no solían siquiera hablar con ellos, pero empezaba a preocuparse y no podía permitirse el lujo de tener remilgos. El tiempo corría en su contra y no había tiempo para protocolos.

Tampoco podía ser muy inquisitivo en sus preguntas, o resultaría sospechoso. Su plan consistía en tratar de sacar la información justa para saber que Adara se encontraba bien. Si conseguía aquello se daría por satisfecho.

Se acercó al miembro más joven del pelotón, un chico de apenas veinte años, creyendo que el hecho de que le sacase casi diez años quizá le infundiese respeto a pesar de que él era un agente de menor rango.

—Perdone, compañero —le interrumpió Muz cuando este acabó de realizar una serie.

El joven no pareció oírle.

—Perdone —insistió el hombretón, tocándole el brazo.

El agente del cuerpo de élite se giró con brusquedad y le dirigió una mirada despectiva. Se llevó su botella de agua a los labios y volvió a sus pesas sin dignarse a contestarle.

A Muz le subió la sangre a las mejillas. Respiró hondo. Tenía que contener la ira y tragarse el orgullo. El cuerpo al que pertenecía aquel niño era la joya de la corona del ejército de SORA. Él no era nadie para faltar al respeto a uno de sus miembros por más edad que tuviese. Mordiéndose la lengua, se dio la vuelta y se alejó de aquel déspota, humillado.

Sin saber muy bien si insistir o retirarse con el rabo entre las piernas, el agente Khone vagabundó por el recinto hasta que escuchó una conversación que le llenó de esperanza. Por lo que había podido oír una de las participantes en la charla era la agente Prija.

Adara le había hablado de aquella soldado en centenares de ocasiones. Al parecer detrás de su rostro dulce y su apariencia inocente se ocultaba una

auténtica máquina de matar. Lo que a Muz le importaba de verdad en aquellos momentos era que su pareja la consideraba una buena compañera.

Se acercó al pequeño grupo de mujeres que hacían series de musculación juntas y aventuró:

—¿Agente Prija?

Cinco sorprendidas caras se giraron hacia él. Muz se ruborizó, incómodo. Por suerte para él la agente en cuestión salió en su ayuda.

—¿Sí? —Preguntó una chica rubia de rostro angelical.

—Disculpe —comenzó a decir, aliviado. —Soy el agente Khone, la pareja de la agente Zacaride. ¿Podría hablar con usted un momento?

La joven siguió a Muz a un lugar algo apartado.

—¿Y bien? —Dijo la chica, sonriendo. —¿Cómo le va a Sombra?

El centinela recibió aquella pregunta como un golpe. La pobre centinela no tenía ni idea de dónde podía encontrarse Adara. Sin embargo, el testarudo agente decidió no rendirse. Si aquella chica no sabía dónde se encontraba su compañera, quizá pudiese ayudarle a reconstruir sus pasos.

—La verdad es que no lo sé, —decidió sincerarse Muz. —Creía que hoy no tenía el turno libre, pero no consigo contactar con ella ni encontrarla por ningún lado.

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Sé que tenías una buena relación profesional —continuó el joven agente. —Y había pensado que quizá tú supieses algo sobre su paradero.

La joven permaneció en silencio durante algunos segundos. Muz lo entendía. Probablemente tuviese que elegir con sumo cuidado sus palabras para no violar su contrato de confidencialidad.

—Ayer nos informaron de que la agente Zacaride había sido ascendida a un puesto de mando y no pertenecería más a nuestro pelotón. No es de extrañar, su labor como Capitana es excepcional.

Muz meditó toda aquella información durante algunos segundos.

—Quizá haya ido a celebrarlo con sus nuevos compañeros —añadió la agente Prija en tono conciliador.

—Gracias, muchas gracias —musitó Muz. —Me has ayudado mucho.

La joven centinela le dedicó una sonrisa cortés y volvió con su grupo de entrenamiento.

El hombretón se dirigió a su vehículo, sin saber muy bien qué pensar. Si Adara hubiera recibido una noticia de aquel calibre se lo hubiera dicho ¿no?

La verdad es que su relación se había resentido bastante de un tiempo a

esta parte. Hacía meses que no salían a cenar, que no pasaban la noche hablando, como antes. La carrera de Adara había despegado como un cohete mientras él se había quedado atascado en el nivel más bajo de la cadena de mando. Quizá su compañía ya no era suficiente para ella. Quizá había encontrado a alguien más acorde a su nivel.

Muz meneó la cabeza. No, Adara no era así. Tenía que haberle pasado algo.

El hecho o la ilusión del amor que se tenían ardía en su pecho, impidiéndole detenerse. Iba a encontrarla costase lo que costase.

IV

—La agente especial del cuerpo de élite Zacaride acaba de dejar las instalaciones militares para embarcarse en una misión. —Le informó una funcionaria levantando los ojos, satisfecha, de su pantalla.

Muz había tardado más de veinte minutos en obtener aquella información. Eso sin contar la cola que había tenido que esperar hasta llegar a aquel mostrador.

—¿Qué tipo de misión? —Preguntó, impaciente.

La impávida administrativa le devolvió una mirada vacía y acuosa. Los grandes ojos de la mujer recordaron a Muz a los de las vacas que había visto en su infancia, antes de que el ganado fuera recluido en los grandes recintos destinados a la producción de alimento.

—Un momento, por favor.

Sin esperar una respuesta por parte del agente, la empleada volvió a sumirse en su interminable tecleo en busca de una respuesta satisfactoria.

El centinela se pasó una mano por la cara. La inquietud por saber dónde se encontraba en aquel momento su pareja y por qué se había ido sin dejarle siquiera una nota de voz en su BSI le estaba devorando.

Tras otros cinco interminables minutos de lo que Muz supuso que era una exhaustiva búsqueda, la funcionaria volvió al mundo real y fijó su mirada en el agente.

—En este momento la información que requiere no está disponible —expuso con voz monocorde. —Si quiere puede presentar una solicitud formal y en el plazo de treinta días naturales recibirá en su BSI un informe detallado de su consulta.

El centinela tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no golpear a la insulsa mujer en la cara con el teclado. ¡Un mes! ¿Para qué le servía a él un informe de la localización de su compañera dentro de un mes?

Suspiró.

—No, gracias.

—Muy bien. Que tenga un buen día —contestó la administrativo antes de volver a centrarse de nuevo en su trabajo. Parecía que la azulada luz que desprendía la pantalla la absorbía por completo.

Muz salió a la calle y se subió a su vehículo. Ir al Centro de Información del Sistema había sido una pérdida de tiempo.

SORA se encargaba de que nadie hiciera demasiadas preguntas con métodos tan sutiles como aquel. De este modo conseguía la percepción de que casi toda la información que poseía estaba al alcance de cualquier morador que la requiriese.

Como Muz había podido comprobar, esto distaba mucho de ser cierto. Si el Sistema quería ocultar algo, lo haría. El agente lo había visto miles de veces.

Arrancó su vehículo eléctrico y avanzó en silencio por las atestadas calles de Caloris.

Consultó la hora en su BSI. Estaba circulando en hora punta en pleno centro de la ciudad. La mayoría de los comercios y fábricas habían cerrado ya sus puertas y miles de moradores se encaminaban en aquellos momentos a sus hogares.

El lugar al que se dirigía el centinela, sin embargo, siempre permanecía abierto.

Si SORA no le entregaba la información que necesitaba quizá él, como miembro del Sistema, podría obtenerla de algún otro modo.

Tras media hora de atasco Muz aparcó su vehículo en la puerta del cuartel de centinelas en el que trabajaba. Mientras entraba en las instalaciones pasó la mirada por las distintas mesas, revisando uno a uno los rostros de sus ocupantes. Esperaba tener suerte.

Todos los agentes que acababan de comenzar el turno de noche eran conocidos para él pues eran sus compañeros, pero en esta ocasión Muz necesitaba algo más que compañerismo. Precisaba de la ayuda comprensiva de un amigo.

Por fin encontró lo que buscaba.

Reconocería las anchas espaldas y el cabello rubio y muy corto del agente Mik entre un millón de moradores. Él y Muz fueron compañeros de pelotón en la academia de centinelas y habían llevado varios casos juntos hasta que este fue destinado a un puesto administrativo.

Ambos eran hombres honrados cuya prioridad había sido siempre el cumplimiento de su deber y el trabajo por mejorar la sociedad en la que vivían. Ahora era precisamente esa integridad que caracterizaba a su amigo la que preocupaba al centinela.

—¿Qué tal el servicio? —Preguntó Muz, dando a su compañero una

cariñosa palmada en el hombro.

El agente se giró, sonriente, al reconocer la voz de su camarada.

—Bastante tranquilo, la verdad —contestó. —¿Qué haces aquí en tu día libre? ¿No deberías estar con tu mujer?

—Precisamente por eso he venido —dijo Muz, aprovechando la pregunta de su compañero para entrar en materia. No tenía tiempo que perder.

—¿Ha pasado algo? —Preguntó este, asustado.

—Esta mañana, cuando volví a casa después de la guardia, Adara no estaba en la cama. Hoy tampoco ha aparecido en todo el día. No es propio de ella desaparecer así, sin dejar ningún rastro.

La seriedad del rostro del agente Khone no dejaba lugar a dudas de su preocupación.

—¿Has ido al Centro de Información?

—En un mes recibiré un informe de la localización actual de Adara siempre que acredite adecuadamente mi grado de parentesco —bufó el hombretón, asqueado.

El agente Mik asintió con la cabeza, comprensivo.

—He pensado que quizá tú... —aventuró Muz —¿Tú podrías consultar sus últimos movimientos?

Una sombra de temor se apoderó del rostro de su rubicundo compañero.

—Tratar de acceder esos datos sin el debido permiso es un delito grave —contestó, bajando la voz. —Si me pillan...

—Lo sé, lo sé —le cortó el agente de paisano. —Por eso te lo pido como un favor personal.

Su amigo titubeó.

—Por favor. Estoy desesperado —añadió Muz, al borde de las lágrimas.

Su compañero suspiró.

—Veré lo que puedo hacer —concedió al final. —Vete a casa, descansa, come un poco. Te llamaré en cuanto tenga algo.

Muz obedeció. Tras agradecer ampliamente a su compañero la ayuda partió hacia su apartamento.

Las siguientes horas fueron eternas para el robusto centinela. Merodeaba por su salón como un león encerrado. El tiempo se desgranaba lentamente, minuto a minuto, sin que el comunicador de su BSI emitiese el más mínimo sonido.

Muz trataba de alejar de su mente los horribles escenarios que acudían a ella una y otra vez. Terribles accidentes de tráfico, misiones que acababan de

forma trágica, venganzas de antiguos criminales, incluso exposición a riesgos biológicos que exigiesen cuarentena.

El hombre consultaba continuamente la sección de sucesos del canal de noticias 24horas de Caloris, más tuvo que desistir, pues veía al amor de su vida en cada uno de los horribles sucesos que aparecían.

Estaba a punto de alcanzar el límite de su cordura cuando la vibración que tanto ansiaba sacudió su muñeca.

—Agente Khone —respondió en seguida.

—Soy Mik —informó una voz desde el otro lado de la línea. Tengo malas noticias.

Muz contuvo el aliento.

—¿Y bien? —Consiguió pronunciar con dificultad.

—Toda la información relativa a la agente Zacaride ha sido eliminada del dominio público. Si queda algo estará reservado a grados muy superiores al mío.

El desesperado agente se dejó caer en la silla.

—Lo siento, amigo. De verdad.

—Gracias Mik —se obligó a responder el centinela antes de colgar.

La situación no pintaba nada bien para su compañera. Tenía que averiguar qué le había pasado.

Contempló desde su ventana la ajetreada estampa nocturna de Caloris. La gente iba y venía de un lado para otro mientras la mente del centinela no podía apartarse ni un segundo de Adara. La ausencia de la mujer le desgarraba las entrañas.

“¿Dónde estás?” Gritó en silencio a la noche.

No obtuvo respuesta.

ADARA

I

Para la centinela del cuerpo de élite Zacaride las siguientes horas transcurrieron con extremada lentitud.

Se encontraba unida a la parte trasera de una enorme nave terrestre que avanzaba a una velocidad considerable y la arrastraba más lejos de su hogar de lo que jamás había estado.

La agente estaba de un humor de perros, como era comprensible. Trató de distraerse repasando mentalmente la serie de catastróficas desdichas que la había llevado hasta aquel momento.

En primer lugar, la operación que capitaneaba y que tenía como objetivo dar un buen golpe de efecto a un grupo terrorista cada vez más peligroso había sido un tremendo fracaso.

Ella misma había planificado con su perfeccionismo habitual cada uno de los detalles de aquella operación. Todo estaba previsto. Sin embargo, los Neoprodotes, así se hacía llamar la organización criminal, había conseguido de algún modo infiltrarse en sus sistemas de información.

Los terroristas conocían de antemano los pormenores de la redada que el comando de Adara iba a realizar durante uno de sus actos propagandísticos y aprovecharon la ocasión para tender a los centinelas una terrible emboscada.

Las consecuencias de esta brecha en su sistema informático fueron atroces. Todos sus compañeros, agentes sobradamente preparados, fueron asesinados durante la operación.

Los atacantes habían conseguido hackear la red de comunicación policial, dejando a los centinelas aislados. Tras eso cerraron todas las salidas del recinto industrial. Estaban atrapados como si fuesen ratas.

Si bien el equipamiento de los terroristas era más bien rudimentario, estos aprovecharon su superioridad numérica para destrozar con saña a sus adversarios. La Agente Zacaride, como líder de la operación, había tratado de salvaguardar la integridad de sus compañeros, pero todo intento fue en vano.

A pesar de que ella había causado numerosas bajas en las líneas enemigas aún podía sentir el amargo sabor de la derrota en su boca con solo recordarlo.

Adara suspiró.

Pese a todo lo que pudiese parecer, aún no había llegado la peor parte de

la historia. La fatídica noche no había hecho más que comenzar.

Mientras perseguía con ira hasta el último de aquellos criminales, dispuesta a eliminar a todos los que pudiera, ¿a quién descubre militando entre las filas de esas bestias? ¡A Melek! ¡Su propio hermano!

No era solo el hecho de que se encontrase en medio de una reyerta semejante, desoyendo todo lo que ella le había enseñado. Lo que más molestaba a la centinela era el bando que el muchacho había elegido.

SORA estaba allí para proteger a los ciudadanos. El Sistema había asegurado una vida próspera a todo aquel que estuviese dispuesto a trabajar por ella, asignando un empleo a cada morador según sus cualidades. Había eliminado la corrupción que llevó a la guerra civil a sus padres hacia apenas treinta años y había traído la prosperidad económica gracias a la alta eficiencia de sus políticas.

Sólo SORA había conseguido hacer a todos los hidrógyros iguales ante la justicia, propugnando el principio que otorgaba a cada delito una pena ineludible. Cada morador tenía, además, acceso a la mejor educación y atención sanitaria posible en el momento actual.

Las organizaciones como la asociación terrorista NP siempre habían existido. Unos cuantos cabecillas utilizaban a un grupo más o menos grande de incautos para perseguir sus propios fines por medio de este tipo de sociedades.

Estaban formadas casi en su totalidad por moradores débiles que pugnaban por los derechos de los más desfavorecidos. Estos despojos de la sociedad no eran para Adara más que parásitos que no aportaban nada al Sistema y requerían un alto gasto de recursos para mantenerse.

Las organizaciones activistas se nutrían de jóvenes idealistas y ciudadanos que habían apuntado sus expectativas mucho más alto de lo que estaban dispuestos a sacrificarse para conseguirlas.

Adara meneó la cabeza dentro de su casco mientras soltaba un pequeño bufido de desaprobación. ¿Cómo había podido caer su propio hermano tan bajo?

Pero este fue sólo el comienzo de sus problemas. Tras descubrir a Melek en el escenario de un delito tan grave como el ocurrido aquella noche la centinela tomó una decisión que lo cambiaría todo.

Por primera vez en su vida la agente Zacaride trató de engañar al Sistema.

Aprovechando el caos que los rodeaba sacó al muchacho del recinto industrial, haciéndolo pasar por un terrorista arrestado que ella misma

estuviese custodiando. Después de eso lo llevó a su apartamento y le dejó solo. Ya ajustarían cuentas cuando las cosas se calmasen un poco.

Durante las siguientes jornadas el resto de los implicados en el ataque terrorista que fueron encontrados con vida fueron juzgados y ejecutados públicamente. Adara tuvo que esperar varios días hasta que las cosas se calmaron un poco para poder establecer contacto con su hermano. Para cuando lo intentó ya era tarde.

El morador Melek Zacaride no respondía ningún tipo de comunicación dirigida a su BSI.

Cuando la centinela acudió a su piso para tratar de hablar con él solo halló la puerta principal derribada brutalmente y unas cintas de las fuerzas del orden que indicaban que el paso al interior del inmueble estaba prohibido.

Desesperada por lo que le hubiera podido pasar a su hermano, la agente utilizó los medios de los que disponía gracias a su posición para tratar de localizarle.

Trató de rastrear la BSI del muchacho, pero fue en vano. Esta había sido abandonada en algún lugar. Adara había querido pensar que el chico se había deshecho de ella para impedir que sus perseguidores, fueran quienes fuesen, localizasen tan fácilmente su ubicación.

Tras hacer indagaciones más profundas, la agente no tuvo más remedio que aferrarse a la única pista que poseía. Utilizando sus claves accedió al listado de llamadas de su hermano y rastreó el último número marcado.

Cuando encontró a su propietario le hizo una visita. Se trataba de un sujeto indeseable que pertenecía a la organización criminal y hacía las veces de tutor de su hermano.

El hombre no parecía muy dispuesto a colaborar, pero después de un breve pero intenso intercambio de palabras y unos minutos de tortura le dijo a Adara todo lo que necesitaba saber.

El tiempo apremiaba. Según la información que le había proporcionado aquel ser despreciable, su hermano estaba a punto de embarcarse en una misión suicida fuera de los límites de Caloris.

La prioridad de la centinela en aquellos momentos era impedirselo antes de que fuera demasiado tarde. Después se ocuparían de las implicaciones que tendría todo aquello para SORA.

Adara llegó justo a tiempo a la nave industrial donde la organización terrorista lo tenía todo preparado para la salida al Exterior.

Cuando irrumpió en el recinto, la agente quedó impresionada al ver las

instalaciones que aquellos delincuentes habían conseguido armar en las narices del Sistema. Pero lo que más llamó su atención eran las tres enormes naves de transporte terrestre, ya listas para su partida, a menos que ella hiciese algo para impedirlo.

La joven agente habría conseguido detener a su hermano de no ser por la inoportuna irrupción en escena de una veintena de centinelas. La mujer jamás sabría si aquello formaba parte de una operación especial orquestada por el cuerpo de investigación a raíz del incidente del polígono industrial o si fue ella misma quien los había conducido hasta aquel lugar clave.

Lo que ocurrió a partir de aquel momento fueron una serie de acontecimientos precipitados.

Las tres naves estaban listas para despegar y las compuertas del túnel que los llevaría al Exterior se encontraban completamente abiertas. Los agentes del orden prorrumpieron en el recinto al grito de alto y abrieron fuego de inmediato contra los tres vehículos. El blindaje de aquellas moles de metal hizo tremendamente inefectiva su actuación.

Mientras tanto, ella había conseguido hacerse con una de las armaduras individuales que utilizarían los terroristas una vez se encontrasen en el Exterior y, sin saber muy bien cómo, se había acoplado a la última de las naves antes de que esta partiese.

Ahí se encontraba en aquel momento, huyendo con un grupo de delincuentes en una misión suicida, disparando contra sus propios compañeros, abandonando al amor de su vida sin despedirse siquiera.

El traqueteo constante de la nave hacía que la agente se zarandease en el interior de su armadura. Suspiró, cada vez más enfadada.

Cuando encontrase a su hermano iba a decirle un par de cosas.

II

Mientras tanto, en el interior de la última nave NS, Melek y sus compañeros estarían charlando tranquilamente, felicitándose por el éxito de su huida. Era probable que ni siquiera supiesen que ella les había salvado la vida disparando contra sus propios compañeros.

Un cambio brusco en la luminosidad del ambiente hizo que la centinela se olvidase por un momento de sus cavilaciones. Se encontraban bajo la inmensa sombra del muro Exterior.

Tras varios intentos, que fueron necesarios por su desconocimiento del funcionamiento de la armadura y por el constante zarandeo al que estaba sometida, la agente consiguió finalmente ver la hora.

Con ese dato y su orientación dedujo aproximadamente su posición. Si continuaban a la misma velocidad en unos minutos llegarían a la base de la inmensa pared de roca.

A la agente le pareció increíble que, con unos 800 metros de altura, aquel gigante permaneciese en el más absoluto desconocimiento para el hidrógyro medio.

A Adara aquella idea de pronto le pareció ridícula. Toda su vida había pensado que el Dique, la pequeña cordillera que rodeaba Caloris, era el límite del mundo habitable. Tras él sólo se encontraba el desierto Exterior, que se extendía hasta el infinito. ¿Cuánto más se les habría ocultado?

Tras unos quince minutos la agente aguzó sus sentidos. Según sus cálculos las naves deberían haber comenzado ya a reducir su velocidad. ¿O es que pensaban atravesar aquel inmenso muro estampándose contra él?

Una sonrisa involuntaria se dibujó en los labios de la centinela.

Sólo tuvo que esperar unos segundos para encontrar la respuesta que buscaba. De repente la oscuridad se hizo en torno a ella, envolviendo la nave como un manto. Otro túnel.

¡Vaya!

Adara estaba segura de que no podía haber sido excavado por los Neoprodotes. Ningún hidrógyro antes había llegado hasta allí. Además, el tiempo necesario para realizar una empresa de tal magnitud escapaba a la corta vida del grupo terrorista.

El cambio de situación no fue muy del agrado de la agente. A las incomodidades anteriormente mencionadas había que sumarle la pérdida casi absoluta de referencias. Lo único certero para la centinela era que la nave seguía avanzando.

No estaba segura, pero le pareció que el plano por el que discurrían se inclinaba. Sí, con el tiempo la pendiente se hizo más pronunciada. Estaban ascendiendo.

Otro cambio, este mucho más interesante tuvo lugar tras unos minutos de traqueteo en la más absoluta oscuridad. Un sonido áspero y continuo comenzó de repente a dejarse sentir en el interior de su casco. Era una señal de radio.

—Noviembre-Sierra-I a NS-II y III. ¿Me reciben?

Sólo el ruido vacío respondió a su llamada. Tras varios intentos de modulación finalmente el sonido se aclaró bastante.

—Noviembre-Sierra-I a NS-II y III. ¿Me reciben? —Repitió la voz.

—Aquí NS-II. Le recibimos alto y claro, capitán —contestó al fin una voz femenina.

—NS-III ¿Me recibe? —El hombre comenzaba a impacientarse.

—Aquí NS-III. Alto y claro. Cambio.

—II y III: al habla el capitán Lesole. Inicio protocolo de comunicación por radio. Llegada aproximada a la superficie: 15 minutos. Comienzo de la operación “Nuevo Mundo”. Debido al incidente en la salida de la base me dispongo a hacer un recuento de los efectivos humanos de la misión. Los moradores Ulka y Elmu se encuentran conmigo. ¿Moradores Jägare y Osindile? Cambio.

—Nave II completa —respondió la voz de UNA mujer. —Sanos y salvos. Cambio.

—¿Moradores Phi, Dokita y ...? —el capitán pareció dudar. —¿Cómo se llamaba el nuevo?

—Zacaride, Señor —se oyó murmurar a lo lejos al biólogo del equipo, con quien Melek había intercambiado algunas palabras durante la preparación inmediata de la operación.

—Y Zacaride. Cambio.

—NS-III completa —respondió al instante el piloto. Adara creyó distinguir un deje de inseguridad en su voz. —Creo que...

—Bien. 0 bajas —le interrumpió el capitán, satisfecho. —Utilizaremos el tiempo restante hasta la llegada a la superficie para evaluar los daños en las naves después de la redada. NS-I todos los sistemas OK. El blindaje ha

aguantado la munición estándar como estaba previsto. Cambio.

—NS-II todo OK —contestó escuetamente la mujer. Tras unos segundos añadió. —Desde nuestra nave hemos visto una especie de rayo que hacía impacto en la NS-I al entrar en el túnel. Sugiero reviséis los sistemas eléctricos. Cambio.

—Aquí NS-I, Negativo. No hemos hallado referencias de tal alcance. Cambio.

—Copiamos imágenes del impacto. Cambio —repuso la mujer, algo molesta porque se pusiese en duda su credibilidad.

Sin previo aviso, en la escafandra de la agente Zacaride comenzó a reproducirse un vídeo de unos tres segundos en los que podía apreciarse cómo la primera nave se iluminaba repentinamente con un brillo azulado que se desvanecía sin dejar rastro.

Tras la contemplación de aquel archivo se reanudaron las comunicaciones.

—Aquí NS-I. Procedemos a comprobación de sistemas. Solicito estado de la NS-III.

—Todos los sistemas OK.

Antes de que el capitán volviese a cortarle, el morador Phi añadió:

—Importante: llevamos pasajero acoplado en la nave. Desconocemos identidad, así como su estado y el de su armadura individual.

Un silencio profundo, sólo roto por la niebla radiofónica, se instaló entre las naves durante algunos minutos.

Adara suspiró, aliviada. Al menos aquellos tarados eran conscientes de su presencia.

—Aquí el capitán Lesole. Identifíquese.

La centinela contuvo la respiración. No sabía muy bien cómo actuar. Presentarse como un miembro de las fuerzas del orden del Sistema probablemente no ayudase. Pero ¿qué iba a decir?

No podía hacerse pasar por el morador Isku, coordinador de la misión, que se había quedado en tierra en un último intento por asegurar la apertura de las vías de huida.

El pobre hombre habría muerto en el tiroteo con un poco de suerte. Si SORA lo tenía en su poder para sacarle información les contaría todo lo que quisiesen. El departamento de reeducación era increíblemente persuasivo.

—Identifíquese de inmediato —ordenó el capitán con voz severa.

Adara seleccionó la opción que abría su micrófono y cogió aire.

—Aquí Adara Zacaride.

Esperaba, con su escueta respuesta, establecer claramente el parentesco con Melek y tener la oportunidad de llegar hasta él en la primera parada.

—Último aviso, morador desconocido —espetó con ira el capitán, poco acostumbrado a que se desobedeciesen sus órdenes. —Si no se identifica me veré obligado a tomar medidas drásticas.

La centinela estaba desconcertada. ¿Qué quería aquel excompañero? ¿Su número de BSI?

—Parece que la comunicación por radio de nuestro misterioso pasajero ha sido dañada en el tiroteo —terció una voz conciliadora. —Es probable que ni siquiera esté oyendo lo que decimos.

La centinela suspiró. Su destino estaba en manos de sus involuntarios secuestradores.

III

Al igual que el resto de los miembros de la misión Adara sabía que su futuro inmediato dependía en gran medida de la discusión que tendría lugar a continuación.

Estaba segura de que si pudiese hacer saber a su hermano quien era este intercedería en su favor. Para desgracia de la centinela no tenía modo alguno de intervenir en el debate.

—¿Alguien tiene la menor idea de quién puede ser? —Preguntó el capitán.

La seriedad de su voz y el descuido del lenguaje militar dejaban ver su preocupación. Un largo silencio siguió a su pregunta.

—Aquí NS-III. ¿Puede que se trate del coordinador de la misión? —Aventuró el morador Dokita tras unos segundos.

—Aquí NS-II. Negativo. El morador Isku fue abatido en la redada. Captamos sus últimos momentos durante la comprobación de las cámaras exteriores.

—Ya veo —meditó el capitán. —Por lo que a mí respecta un intruso sin identificar pone en peligro el correcto desarrollo de la operación. La organización ha arriesgado mucho para que esta misión sea posible. Sería inadmisibles permitir que fuese boicoteada.

Adara contuvo el aliento. Aun existía una pequeña posibilidad de que no la abandonasen a su suerte.

A pesar de que se había intentado dar una estructura militar al grupo de terroristas, la mayoría de sus miembros no estaban familiarizados con la jerarquía ni con la cadena de mandos.

Sólo el líder de la misión y el morador Phi habían pertenecido a los cuerpos del orden y, aunque todos habían sido formados durante la preparación de la operación, su disciplina dejaba mucho que desear.

—Capitán... Aquí NS-III de nuevo. Es mi deber informarle de que nuestro polizón ha salvado la misión —afirmó con aplomo el morador Phi, empujado por la insistencia de los tripulantes de su nave.

—Aclare eso, soldado —exigió el militar, que en otro tiempo había ostentado un rango superior al piloto.

—Durante nuestra huida fuimos perseguidos por un vehículo del cuerpo de centinelas. Nuestras naves están mejor preparadas para la circulación en el exterior que las suyas, por lo que, poco a poco, pudimos ir ganando terreno y era sólo cuestión de tiempo que nos perdesen la pista.

El morador Phi hizo una pausa para asegurarse de que la comunicación se mantenía activa.

—Continúe —le correspondió la primera nave.

—A pesar del constante tiroteo, el blindaje de las Non Servium nos protegía en todo momento del molesto fuego a discreción. Pero el enemigo tenía aún un as en la manga. En el techo del vehículo militar armaron un cañón de Gauss.

El capitán permaneció en silencio. Todos eran conscientes de lo que un arma así podía haber hecho con sus naves. No existía un blindaje capaz de resistir un disparo de plasma a velocidades ultrasónicas.

—Desde la cámara trasera de la NS-III presenciábamos los preparativos que firmaban nuestra sentencia de muerte. De pronto, un brillo que partía de nuestra nave nos llamó la atención. ¡Alguien les estaba disparando!

El piloto envió las imágenes, que se reprodujeron en las escafandras de todo el equipo.

—Fue entonces cuando percibimos por primera vez al misterioso pasajero. Pero los impactos de su pistola láser poco podían hacer contra el blindaje del vehículo militar. O eso pensábamos nosotros. Pronto nos dimos cuenta de que lo que realmente estaba tratando de hacer era impactar en uno de los neumáticos, desestabilizando así todo el vehículo e impidiendo la persecución.

Justo en aquel momento las imágenes de su gran disparo se estaban proyectando en el casco de la centinela. Adara no pudo evitar que una sonrisa de orgullo se dibujase en su rostro ante la inmensa destrucción causada por su tiro certero.

Sin embargo, no pudo disfrutar de aquella satisfacción durante mucho tiempo. Una sola palabra del capitán de la misión dio al traste con todas sus esperanzas.

—¿Y? —Espetó. —Por lo que sabemos tenemos un polizón que no pertenece al equipo de la misión, ducho en el manejo de armas, que probablemente habrá recibido formación militar ¿Y queréis que haga la vista gorda?

—Disparó contra los centinelas, Señor —añadió, dubitativo, el piloto de

la NS-III.

—Tanto usted como yo sabemos que los servicios de inteligencia están por encima del bien y del mal. Si su misión era infiltrarse no habrá dudado en abrir fuego contra sus propios compañeros. Por eso estamos aquí, para hacer justicia contra esos lameculos del Sistema.

El mutismo se apoderó entonces de las tres naves. Mientras el capitán pronunciaba esas últimas palabras una luz intensa les había envuelto. Todos quedaron asombrados, contemplando en silencio el paisaje que les rodeaba.

Adara quedó impresionada por la amplitud de aquel nuevo mundo que se abría ante ella.

No existían límites. El paisaje se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La palabra horizonte fue dotada de nuevo significado para todos los tripulantes en aquel momento.

El cielo se abría inmenso sobre su cabeza. Ante la centinela, cada vez más completo debido a la distancia, podía contemplar lo que hasta ahora había sido todo su universo.

Tras las tres naves se abría paso una inmensa cúpula que se alzaba hasta dónde alcanzaba la vista. Sólo con el paso del tiempo y la distancia pudo contemplarla en su totalidad.

Tanto la visión de aquella jaula de cristal que había contenido todo su mundo como la asfixiante inmensidad del Exterior hicieron que la agente se sintiera muy pequeña.

Los problemas y preocupaciones de su vida pasada se le antojaron ridículamente insignificantes en comparación con el puesto que ocupaba en el universo. SORA, el cuerpo de centinelas, el grupo terrorista, la propia Caloris, carecían de peso real en aquella nueva escala, antojándosele a Adara despreciables como el polvo en la balanza.

Los tripulantes de las tres naves debían encontrarse en un estado parecido, pues durante varios minutos ninguna comunicación interrumpió aquel silencio contemplativo.

En aquel instante el disco solar tocaba el horizonte, tiñendo el cielo violáceo de intensos tonos de naranja. La tierra rojiza que les circundaba en todas las direcciones no hacía más que resaltar el efecto de aquella luz, cada vez más débil.

Poco a poco, centímetro a centímetro, el nuevo horizonte fue engullendo al astro rey hasta devorarlo por completo.

Una luminosidad espectral bañó suavemente el ambiente durante algunos

minutos más. Con una suavidad admirable, aquella luz fue degradándose lentamente hasta desaparecer, dejando a los exploradores sumidos en una profunda oscuridad.

Las tres naves encendieron entonces sus faros de travesía. La NS-I prendió, además, un inmenso fanal que le proporcionaba una visión delantera de varios centenares de metros.

Así pertrechados y una vez roto el efecto que el impresionante paisaje había causado en la tripulación, con un sonido seco, se reanudaron las comunicaciones.

—Morador Phi, desacople al pasajero no identificado —ordenó el capitán.

Adara sintió cómo la sangre se le helaba en las venas.

—Pero Señor, acaba de anochecer y nos encontramos en un ambiente hostil. ¡Es un ser humano! —Intercedió, escandalizado, el morador Dokita.

—Cállese —rugió el militar. —Si es tan buen tirador como dicen no tendrá problemas en volver por su propio pie a la cúpula. Cuenta con la ayuda de la armadura individual que ha robado.

La voz del líder de la misión dejaba entrever que disfrutaba de algún modo con la idea de abandonar aquel desconocido.

—NS-III, desacople al pasajero no identificado —reiteró.

La centinela, desesperada, trató de asirse a algún saliente de la nave, pero le era muy complicado, dada su posición. Ningún cambio se produjo por el momento. Una voz ya conocida restalló en el interior de su escafandra.

—¡Morador Phi, es una orden!

En aquel mismo instante la agente sintió como su armadura era liberada de la fuerte atracción que la había mantenido unida a la nave.

Había conseguido sujetarse con una sola mano a un asidero metálico, pero la alta velocidad del vehículo y su traqueteo hicieron que se fuese escurriendo poco a poco.

Proyectadas en las pantallas de las tres naves, las imágenes de las cámaras traseras de la NS-III mostraron el desesperado intento de aquel desconocido por no ser abandonado.

Con una sensación de desazón los miembros de la misión “Nuevo Mundo” contemplaron impotentes como un bache acababa con la débil sujeción del desgraciado pasajero.

En tan sólo un segundo vieron cómo aquel morador que les había salvado la vida caía al suelo y era engullido por la negrura de la noche.

SEGUNDA PARTE

YAXAAS

I

Las primeras legiones de su ejército habían llegado ya a las afueras de Obodo, último asentamiento humano de la porción Umilta.

El enorme lobo, elevado de nuevo al rango de líder de todos los Ruhlar, estaba reunido con sus siete capitanes en las profundidades del desierto que circundaba la aldea. Tras el desastroso resultado cosechado eones atrás en su lucha contra la Diosa, Yaxaas había decidido aprender de sus errores. Esta vez sería mucho más cuidadoso.

Tanto él como los Siete creían que esa Zorra ni siquiera sospechaba que el poder del Mal había despertado. Yaxaas había formado el modesto ejército que dirigían de manera rápida y silenciosa, sin ningún alarde de poder ni de grandeza.

Al contrario. El gran lobo había seleccionado muy bien tanto el número como las cualidades de sus presas para que su ausencia repentina no fuera llamativa en exceso.

—¿Qué haremos, pues? —Siseó Yökubo. —¿Quedarnos aquí hasta morirnos de hambre?

La bestia le miró con odio. Deseaba con todas sus fuerzas machacar a aquella serpiente sibilina, pero no debía apresurarse. Quería que el castigo fuese ejemplar.

—Debemos actuar con cautela —aseguró Abhimaan, suscribiendo las palabras que había pronunciado anteriormente su amo. —Sería una locura arrojarnos ciegamente a la batalla contra un enemigo del que apenas sabemos nada. ¿Qué propones tú, Yökubo?

—Al menos acercarnos y acechar a esas abominaciones entre las sombras —se defendió la ruin criatura.

—¿Así te será más sencillo cambiarte de bando cuando llegue el momento? —Le replicó Askozdik con sequedad.

Algunas risas salidas de las deformadas gargantas de los Siete consiguieron hacer callar al traicionero Ruhlar con forma de reptil.

Yökubo era especialista en sembrar violencia allí donde se encontrase, pero también de huir de ella en cuanto se sentía amenazado.

Yaxaas, complacido por la reacción del resto de sus capitanes, retomó el

liderazgo de la conversación.

—Bien —comenzó. —Como sabréis, hace ya varias jornadas que llegamos a las afueras del primer asentamiento de estos seres tan “especiales”. No sabemos a qué nos enfrentamos realmente. Esa Zorra les ha otorgado una dignidad y poder superiores al resto de las abominaciones para restregarnos nuestro fracaso por la cara.

La bestia repasó con su mirada a los Siete. Todos parecían ser conscientes de la gravedad de dar un paso en falso.

—Tranquilos, no nos enfrentaremos a lo desconocido —aseguró.

Una mezcla de sorpresa y alivio se dibujó en los horribles rostros de sus camaradas. El gran lobo había omitido su primer encuentro con la anciana, cuyo espíritu fue reclamado por la Diosa, y con la niña, que se esfumó en sus narices sin que él pudiese hacer nada para evitarlo. Estaba dispuesto a tomar las medidas que fuesen necesarias para mantener la confianza de los suyos.

—Askozdik tiene a sus mejores esbirros apostados en las inmediaciones del poblado. El objetivo es tratar de descubrir qué hace tan notables a estos seres.

Una mueca de asco se dibujó inconscientemente en sus fauces cuando pronunció esta última frase. Mientras tanto, uno de los espías a los que Yaxaas había ordenado montar guardia irrumpió silenciosamente en la gruta en la que se estaba llevando a cabo la reunión. Su rostro estaba agitado. Parecía traer un mensaje importante.

—Habla —le ordenó Yaxaas.

—Uno de ellos se está adentrando en el desierto. Creemos que se trata de un cachorro —dijo atropelladamente el esbirro.

—¿Qué habéis hecho con él? —Inquirió Yökubo, retrocediendo como la sabandija cobarde que era.

—Nos hemos limitado a dejarle paso. Se nos ordenó no interferir —se justificó el espía, temiendo posibles represalias.

El gran lobo meditó por un momento cuál sería su siguiente paso. Tras unos instantes ordenó:

—Atraedlo hacia aquí.

Algunos de sus capitanes parecieron sorprendidos. No esperaban trabar contacto con el enemigo tan pronto. Yaxaas decidió explicarse:

—Es una oportunidad que no podemos dejar escapar. Un cachorro humano puede darnos mucha información sin suponer apenas un riesgo. Estudiaremos su comportamiento y probaremos en él nuestra estrategia.

Viendo aún la duda en el rostro de los suyos agregó:

—¿Qué puede hacer un niño contra todo un ejército?

Mientras esta conversación tenía lugar, un muchacho de unos ocho años avanzaba pateando una piedra, hacia las profundidades del desierto. En un pequeño zurrón llevaba algunas provisiones para el viaje.

Se dirigía hacia el conjunto de cuevas que se encontraba a pocos kilómetros de la ciudad. Le gustaba ir allí cuando quería estar sólo.

Su intención no era permanecer en aquel laberinto de cavernas durante demasiado tiempo, sólo el suficiente para que su madre dejase de buscarle. De este modo podría empezar una nueva vida en otro lugar sin temor a que su pasado le persiguiese.

El nombre del niño era Kalay.

Desde que su padre muriese en un accidente de caza, su joven madre había hecho todo lo posible por sacarle adelante. Jamás había desdeñado un trabajo por duro que fuese.

Sin embargo, la fortuna no había acompañado a la buena mujer. En ocasiones pasaban largas semanas desde la consecución de un empleo y el siguiente.

Fue entonces cuando apareció su “salvador”.

El señor Butcher era uno de los carniceros de la ciudad. No era especialmente rico, pero sí lo suficiente como para mantener a la joven madre y a su hijo. Al muchacho aquel hombre, que le doblaba la edad a su madre, le recordaba a los cerdos a los que este daba muerte sin piedad ninguna.

Durante algún tiempo la buena mujer rechazó las constantes insinuaciones del obeso matarife, pero el ansiado trabajo siguió sin llegar durante meses.

El muchacho sospechaba que aquella escasez tan poco habitual bien tenía que ver con las malas artes del carnicero.

Fue entonces cuando comenzaron las proposiciones serias de matrimonio. El asqueroso carnicero le prometía a la joven prosperidad económica y estatus social. Sería tratada como una reina y su hijo como un príncipe.

Pese a su corta edad al muchacho no se le escapaba como aquel cerdo devoraba a su madre con los ojos mientras con los labios le juraba respeto.

En cuanto la joven otorgó su consentimiento, impulsada por la necesidad, comenzaron los preparativos de la boda. En menos de un mes la esperpéntica pareja estuvo casada y el señor Butcher pudo dejar de mentir. Tanto Kalay como su madre eran tratados como perros.

Por eso huía.

Sabía que, si su madre aguantaba las vejaciones, las palizas, y lo que sea que ocurría cuando la encerraba en su alcoba, era por él.

El muchacho no estaba muy seguro de cómo se ganaría la vida a partir de ahora, pero ya pensaría en algo. No aguantaría el ver rodar de nuevo las lágrimas por el rostro de su madre.

Claro que sufriría cuando supiese que había desaparecido. Con suerte, saldría en su búsqueda y ya no tendría que volver nunca a la casa de aquel desgraciado.

Imbuido en los recuerdos, con el dulce rostro de su madre ocupando todos sus pensamientos, el niño no percibió la decena de ojos que le observaban ocultos entre las piedras.

II

Nunca en sus cortos años de vida se había sentido Kalay Butcher tan sólo. No encontró ni un alma que le saliese al paso en su deambular por el desierto. Para aumentar la sensación de melancolía, a su espalda, el gran disco solar se fue sumergiendo en el Muro Exterior.

Yaxaas y un reducido grupo de sus mejores esbirros vigilaban cada uno de los pasos del muchacho.

El objetivo del selecto escuadrón era realizar una primera toma de contacto con el enemigo. A primera vista su presa no parecía muy amenazante, pero la experiencia le había enseñado al gran lobo que esa zorra siempre guardaba un as en la manga.

Él, como líder supremo, dirigía toda la operación.

El niño avanzaba a buen paso a través de las sendas invisibles del desierto. Al parecer conocía aquel árido paraje como la palma de su mano. Sería mejor que empezaran a actuar sobre él cuanto antes.

Con un leve gesto de la zarpa, Yaxaas indicó a Kandhutan que comenzase la operación. Bajo sus órdenes un par de aturdidores salieron de entre la maleza y comenzaron a seguir al desprevenido muchacho más de cerca.

Justo cuando los dos engendros le rodearon, Kalay se detuvo en seco.

Vaya, vaya. Yaxaas estaba realmente impresionado.

Parecía que estos repugnantes seres duales no eran tan ajenos a otros planos de realidad como el resto de las abominaciones. Ya había tenido ocasión de comprobarlo con la vieja y la niña, pero aquellos dos ejemplares parecían siervos de la Diosa. En cambio, este cachorro parecía un miembro de la especie de lo más común.

¿Habría dotado la Diosa a cada uno de aquellos seres de cierto grado de visión?

El gran lobo levantó su zarpa derecha, indicando a todo el mundo que aguardasen, inmóviles. El muchacho echó una rápida mirada a sus espaldas y decidió continuar. Los dos aturdidores le siguieron con sigilo.

No pasó mucho tiempo hasta que la oscuridad comenzó a envolver el paraje con su manto nocturno. Entonces Kalay se detuvo y comenzó a rebuscar en su pesado zurrón. Sacó de él un pequeño farolillo y se dispuso a continuar.

—¿Qué hay en esa dirección? —Le susurró Yaxaas a Askozdik.

—Una formación rocosa de gran extensión. Está llena de cavernas horadadas en la piedra —respondió el Ruhlur, que había sobrevolado la zona.

—Quizá piense pasar la noche allí.

—No si podemos impedirlo —comentó muy serio el gran lobo sin apartar la mirada del muchacho.

III

Tras encender su pequeña fuente de luz Kalay siguió avanzando, rodeado por la oscuridad creciente de la noche.

En medio de aquel erial no existían caminos ni sendas, pero aquello no parecía preocuparle. Siempre se había orientado bien.

No era la primera vez que acudía aquellas cuevas que había descubierto por casualidad y de las que se creía el único conocedor. Nunca había realizado el recorrido a oscuras, pero confiaba en su instinto.

No contaba con la presencia de sus dos invisibles acompañantes.

Si hubiera podido ver el aspecto de aquellas, criaturas el niño habría muerto aterrorizado.

Los aturdidores eran unos engendros vagamente antropomorfos de piel negra y viscosa, cuyas fauces, que ocupaban toda la extensión de la cara, se abrían en seis labios. Cuando gritaban, un sonido indescriptible, amplificado por la posición de sus seis mandíbulas, llenaba el ambiente, haciendo que sus enemigos se retorciesen de dolor.

Para las criaturas que habitaban el plano de realidad de Kalay, sus ensordecedoras voces no existían. Yaxaas había podido comprobar, sin embargo, que no eran del todo inocuas para las abominaciones.

Sin que un sujeto hecho de materia pudiese notarlo, las vibraciones de los esbirros de Kandhutan afectaban gravemente a su capacidad de percibir ciertas realidades y nublaban su mente de tal modo que les era imposible pensar con claridad.

Los dos engendros seguían de cerca al muchacho humano, esperando la señal de su Señor. Cuando estuvo seguro de que el niño no sospechaba nada, Yaxaas dio la orden.

Los dos aturdidores sabían muy bien lo que tenían que hacer.

Avanzaron sigilosamente sobre sus patas traseras, aproximándose a su víctima uno por cada lado. Una vez lo hubieron rodeado, abrieron sus nauseabundas fauces y comenzaron su desgarrador canto.

El sonido que emitían sus gargantas al vibrar era semejante a un agudo aullido, mezclado con el cascabel cimbreado de una serpiente, unido a la gravedad de una voz que brotase de las profundidades de la tierra.

Poco a poco fueron aumentando el volumen de sus gritos, de modo que el grupo de Ruhlar que les perseguía a distancia tuvo que taparse las orejas.

El esfuerzo, sin embargo, mereció la pena. Los decididos pasos del Kalay se tornaron poco a poco en titubeantes. El desconcertado muchacho no hacía otra cosa que mirar las estrellas, por las que había aprendido a guiarse, sin obtener resultado alguno.

Finalmente, el niño tuvo que detener del todo su avance y comenzar a realizar círculos cada vez más amplios en busca de algún punto de referencia que le sirviese. Si el cielo le fallaba, confiaba que las piedras le hablasen.

En anteriores incursiones el muchacho había tomado la precaución de levantar pequeños mojones de roca para poder guiarse en caso de no recordar claramente el camino.

Durante el día su localización era fácil, pero a la exigua luz del farolillo que apenas alumbraba un par de metros alrededor del niño, la misión se tornó imposible.

El desorientado muchacho dirigió sus vacilantes pasos en la negrura de la noche hacia una extraña formación rocosa.

Se trataba de un valle de un centenar de metros de diámetro en el que se levantaban enormes pilares de piedra, de unos dos o tres metros de altura.

El peculiar paisaje debió ser en otra época una gran colina formada por distintos materiales, a los que el implacable paso del tiempo había ido dando forma hasta convertirlo en un laberinto formado por inmensas columnas de piedra.

IV

Fue entonces, tras este cambio brusco de ambiente, cuando Yaxaas decidió movilizar al siguiente escuadrón de su ejército en pruebas. Había llegado la hora de que Hêrsa y los suyos demostrasen su poder.

Este tipo de Ruhlar eran los únicos además de Yaxaas capaces de interactuar, aunque fuera levemente, con el mundo material. Su capacidad de hacerlo dependía en gran parte del número de esbirros generados por Hêrsa y, aunque esta vez eran bastante escasos, eso no les impediría llevar a cabo su estrategia.

Tres masacradores, llamados así por las hazañas conseguidas en antiguas guerras, cuando ostentaban un poder abominable, salieron de la oscuridad.

Con una coordinación exquisita relevaron del puesto a los dos aturdidores, que silenciaron sus gritos para alivio de todo el escuadrón.

El gran lobo dedicó unos minutos a observar a su presa antes de dar la orden. El niño parecía desconcertado y perdido, girando continuamente sobre sí mismo, tratando de aguzar sus sentidos.

Todo ello favorecía enormemente el objetivo de la bestia, quien sabía exactamente hacia dónde quería dirigirse.

Los ojos de los engendros de Hêrsa se volvían periódicamente hacia su Señor, esperando órdenes. Sin más vacilaciones Yaxaas les indicó lo que tenían que hacer.

Los tres masacradores, en perfecta formación, comenzaron sus maniobras.

Avanzaron su posición varios metros por delante de su presa y escalaron cada uno una de las enormes agujas rocosas. Estas estructuras naturales eran débiles en sus cimas, contando en numerosas ocasiones con piedras sueltas que podrían fácilmente desprenderse.

V

El pobre Kalay, mientras tanto, estaba comenzando a temer haberse perdido. Había jugado en aquellos parajes infinidad de veces durante su infancia y conocía al punto cada sendero que conducía hasta las cuevas. ¿Sería la oscuridad de la noche lo que le había llevado hasta el bosque de agujas?

Sin embargo, el ver aquellos árboles de piedra, lejos de desanimarle, le llenó de esperanza. Sabía que, siempre que se mantuviese en el lindero norte del extraño lugar, daría con un sendero que le llevaría directamente a las cavernas.

Deseaba enormemente alcanzar su destino, pues un sopor pesado se había instalado en su cabeza, impidiéndole pensar con claridad.

Por este motivo el muchacho comprobaba su ruta una y otra vez, girando sobre sí mismo continuamente. Iba concentrado en este y otros pensamientos cuando, sin previo aviso, una roca del tamaño de su cabeza se precipitó ruidosamente delante de él.

El niño retrocedió un par de pasos, asustado, y contempló inmóvil cómo aquel pedrusco rodaba perezosamente hasta detenerse a sus pies.

“Ha faltado poco”, pensó aliviado.

Alzó su pequeño farol hacia la cumbre de la aguja, pero su cima quedaba oculta en la penumbra. Tras unos segundos de inspección de la piedra, el muchacho decidió continuar su viaje.

Sin embargo, poco tiempo después el accidente volvió a repetirse. En esta ocasión una roca algo más pequeña que la anterior había aterrizado a un escaso medio metro de donde se encontraba. El niño retrocedió, asustado. Tenía que salir del bosque de piedra cuanto antes.

Apretó el paso, guiado por su farolillo, mas su torpe paseo nocturno por el desierto se tornó, de pronto, en una peligrosa carrera de obstáculos.

Kalay tuvo que aguzar el oído pues, en cualquier momento y sin razón aparente, enormes piedras caían a su alrededor, cada vez más cerca de él.

Una de ellas consiguió al fin alcanzarlo. Un dolor sordo en el hombro derecho hizo caer al muchacho de rodillas.

El crujir de más piedras cercanas le obligó a levantarse y seguir avanzando. Aturdido como estaba por el dolor no era capaz de percibir que

todas aquellas rocas guiaban sus pasos invariablemente hacia el sur.

VI

Herido, aturdido y empujado por las circunstancias, Kalay se adentró cada vez más en el bosque de piedra.

No sabía hacia dónde le dirigían sus pasos, pero detenerse no era una opción. Acechado por decenas de rocas que caían sobre él, su única posibilidad de salir de allí con vida era continuar avanzando.

Yaxaas, sin embargo, sabía muy bien hacia dónde estaba llevando al muchacho.

Podría haber acabado con la vida de aquel patético ser solo con hacerles un gesto a los masacradores, pero el gran lobo tenía otros planes para el niño.

Había dado órdenes a sus tres esbirros de no dañar mortalmente al humano. Su misión consistía, simplemente, en guiarlo hacia la trampa que su líder le había preparado.

Tras media hora de angustiada carrera contra sus invisibles atacantes, el pequeño aventurero se aproximó a su destino.

De pronto, la lluvia de piedras que lo había hostigado se detuvo sin previo aviso. Los tres masacradores, obedientes a las órdenes de su capitán, se habían retirado en silencio.

Yaxaas sonrió, satisfecho. Tenía a su presa justo dónde la quería.

Era el turno de los subordinados de Näid.

Solo uno entró en escena. Los aterradores eran unos seres realmente repulsivos. Aunque de forma variada, presentaban ciertos rasgos comunes que los identificaban.

Sus cabezas, enormemente desproporcionadas, estaban coronadas de cuernos y protuberancias de distinto tipo. Sus ojos carecían de pupilas. En las fauces, llenas de centenares de dientes finos y largos como agujas, quedaba colgando la mandíbula inferior, aparentemente inerte, pero que podían mover a voluntad.

Sus extremidades inferiores eran largas, con terminaciones variadas. Su piel, cubierta de llagas y pústulas pestilentes, conseguía erizar el pelaje de cualquier abominación.

No obstante, hasta que el muchacho no se encontrase en su mismo plano de realidad no podría verlos.

Aquello no suponía ningún problema para los engendros.

Su especialidad era instilar el miedo en el corazón de los seres materiales, llevándolos al borde de la locura. Yaxaas y su reducido ejército tendrían ocasión de comprobar su poder.

El niño se encontraba ahora quieto en mitad de la oscuridad, tratando de recuperar el aliento. No podía evitar elevar su mirada hacia las altas columnas de roca, cuyas cúspides quedaban ocultas en la noche.

Si los aterradores no actuaban rápido quizá fuera capaz de pensar con claridad.

El gran lobo no iba a permitirlo.

El engendro avanzó en la espesura de la oscuridad, se colocó a cierta distancia y fijó la lechosa mirada en su presa. Como si una mano de hielo le hubiese oprimido el corazón el muchacho se giró hacia él, levantando su farol, pero no pudo ver nada.

Asustado, dio lentamente la vuelta y continuó avanzando.

El esbirro de Näid, complacido con la respuesta que había obtenido, comenzó a perseguirle.

Cuando se encontraba a un par de metros de Kalay el repulsivo ser comenzó a respirar ruidosamente a sus espaldas.

De nuevo el muchacho giró sobre sí mismo y trató de alumbrar una zona tan amplia como pudiese con su farolillo, pero allí no había nadie. Al menos nadie que él pudiese ver.

Así comenzó el juego del aterrador con el pobre niño.

Poco a poco, el engendro fue aumentando la intensidad de la sugestión, penetrando en el cerebro de Kalay para conseguir que afloraran sus instintos más primarios.

Sin que el muchacho fuera consciente de ello iba dirigiendo sus pasos hacia el sur, alejándose de su tan ansiado refugio.

Verle avanzar a través del bosque de rocas constituía un espectáculo lamentable.

El niño temblaba, respirando con dificultad. Un sudor frío perlaba su piel y le caía por la espalda. Cada paso que daba le provocaba un dolor insoportable en el hombro herido.

Finalmente consiguió llegar al límite del bosque de agujas y las interminables columnas de piedra que le provocaban sensación de claustrofobia desaparecieron. Ante él se extendía sólo la negrura de la noche.

Llegado a ese punto, Kalay cayó de rodillas.

Miró hacia atrás y un hálito helado proveniente de la espesura penetró por las rendijas del pequeño farol y apagó la llama, dejando un humeante rastro a la luz de la luna.

El muchacho estaba aterrorizado. Trató de levantarse y salir corriendo, pero su cuerpo se negaba a responderle.

A Yaxaas le preocupó entonces que el Ruhlar se hubiese excedido torturando a su presa.

No debían perder de vista el fin último de todo aquello, por más que disfrutasen cruelmente del proceso.

A pesar de las dudas de Yaxaas lo cierto era que ya era tarde para el muchacho.

El aterrador había conseguido penetrar sus recuerdos más profundos y sabía cómo espolear a su víctima.

Kalay, de rodillas, apoyado en sus brazos, notaba correr las lágrimas por sus mejillas mientras pugnaba por respirar. Sea lo que fuese que le perseguía daría allí con él. Se había acabado.

Cerró los ojos y esperó su final, encogido sobre sí mismo.

Un sonido desgarrador surcó entonces el silencio del desierto, provocando que el muchacho levantase de inmediato la cabeza.

—¡KALAY!

No podía ser. El ensordecedor grito se repitió de nuevo.

Esta vez no había dudas. Era la voz de su madre la que le llamaba desde la oscuridad que se extendía frente a él. Sonaba como si estuviese padeciendo un tormento indecible.

El muchacho se levantó al instante y salió corriendo hacia el lugar del que provenía la voz. Los débiles rayos de luna iluminaban tenuemente su camino.

El horrible lamento volvió a llamarle, dirigiendo sus pasos en la dirección adecuada. A escasos metros de donde se encontraba, finalmente, la vio. Allí estaba su madre, de pie, al borde de una de las grandes grietas que dividían las porciones.

El muchacho se detuvo en seco. Podía verla nítidamente, de pie, a unos cinco metros de él.

Era ella, sin duda, pero algo no iba bien. Su rostro estaba desencajado y tenía la cabeza ladeada de un modo antinatural.

—¿Mamá? —Musitó el niño.

La mujer, sin decir nada, alzó los brazos hacia él. El chico dio un par de pasos titubeantes hacia la que parecía ser su madre. Cuando estuvo más cerca

comenzó a percibir algo raro en sus ojos. El aterrador, viendo la indecisión del muchacho, cambió entonces de táctica.

El espectro de la mujer levantó bruscamente los brazos hasta formar una cruz y se quedó inmóvil. Kalay detuvo en seco sus pasos más, de repente, aquel ser giró sobre sí mismo y quedó mirando al vacío.

El muchacho salió a la carrera, desesperado, mientras veía caer el cuerpo de su madre, como un peso muerto, hacia la nada. Llegó justo a tiempo para agarrar una de sus manos.

Tendido en el suelo, Kalay se aferraba con todas sus fuerzas a aquella fría mano. Un dolor indescriptible le perforaba el hombro herido.

La mujer pendía, inerte, y el peso se le hacía al muchacho insoportable. Estaba comenzando a arrastrarle.

En aquel momento, con la brusquedad con la que había realizado los movimientos anteriores, la mujer levantó la cabeza, tirando un poco más del muchacho, que se aferraba como podía a la tierra del borde de la grieta, perdiendo la batalla centímetro a centímetro.

Por primera vez aquella mujer le permitía ver con claridad su rostro.

El niño gritó, horrorizado, ante aquella imagen. Podía reconocer las facciones de su madre, pero el ser al que estaba sujetando tenía las cuencas de los ojos vacías.

Aterrorizado, en un impulso involuntario, Kalay aflojó su presa, dejando caer a aquella criatura al vacío.

Yaxaas contemplaba la escena, ansioso. Había llegado el momento decisivo.

El niño, asustado como estaba, se aferraba con todas sus fuerzas al borde de aquel acantilado. Un pensamiento irrumpió entonces en su mente.

Sólo tenía que soltarse y todo aquello habría acabado.

Las miradas de todo el selecto grupo de esbirros estaban fijas en el muchacho. El aterrador ya no podía hacer más. Ahora sólo dependía de él.

El chico estaba sufriendo un gran tormento físico y su mente había sido llevada al borde de la locura. Era sólo cuestión de esperar.

Lentamente Kalay levantó la mirada hacia la mano que se aferraba a la vida. Los ojos de Yaxaas resplandecieron de emoción.

Aunque el muchacho parecía dudar se estaba decidiendo.

Vamos. Vamos. Hazlo.

En aquel momento, el niño trató de balancear su cuerpo y lanzó su brazo malherido hacia arriba, intentando asirse también con aquella mano al saliente,

pero falló en su empeño. El zarandeo de aquel movimiento hizo que los dedos del desgraciado muchacho se deslizaran por el borde.

Con lágrimas en los ojos Kalay se precipitó al vacío.

VII

El gran lobo estaba temblando de cólera.

Impulsado por sus potentes patas traseras se lanzó a la carrera hacia el pequeño precipicio formado por la grieta y saltó en su interior. Su desconcertado ejército le siguió al instante.

Cuando llegaron abajo vieron el cuerpo inerte de su presa. Un gran charco de sangre había brotado de su cabeza, impregnando las polvorientas piedras del fondo.

Del espíritu del muchacho, sin embargo, no había rastro. Yaxaas olfateaba rabiosamente el aire, con el cuerpo agazapado, las orejas replegadas y el vello de la espalda erizado.

No pensaba dejarle escapar. En cuanto encontró lo que buscaba se abalanzó a por él a la carrera.

Kalay, que tras abandonar su cuerpo se había escondido tras una gran roca, al verse descubierto abandonó su refugio y trató de huir.

A los pocos segundos ya había sido acorralado por una decena de engendros que le rodeaban a cierta distancia. Todos aquellos monstruos tenían un aspecto terrorífico y destilaban maldad por cada uno de sus poros.

El pobre niño se acuclilló en el suelo, protegiendo su cabeza con los brazos.

Fue entonces cuando Īrakä dio un paso al frente y se acercó al muchacho.

Para esta ocasión había adoptado la forma de una anciana, ricamente vestida. Con calma se acercó a su cliente y le colocó con ternura una mano en el hombro.

—No tengas miedo —le dijo con voz dulce la mujer.

El chico levantó con cautela la cabeza. Ante él, en aquel rostro surcado de arrugas, se hallaba toda la ternura y protección que ansiaba.

Kalay se perdió en los profundos ojos de aquella buena mujer y todo a su alrededor se desvaneció.

—Yo cuidaré de ti —continuó la señora, acariciándole el pelo. —Puedo darte lo que más deseas. Mira en el fondo de tu corazón. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Mi madre —musitó al instante el muchacho.

—Yo me encargaré de eso. Proveeré lo necesario para que viva como una reina, le daré su merecido a ese cerdo de Butcher y le buscaré un buen hombre que la ame con toda su alma. Puedo hacerlo —aseguró, melosa, la anciana. — ¿Es eso lo que quieres?

El niño asintió enérgicamente. Era exactamente lo que buscaba cuando huyó de su casa.

—Ah, entonces haremos un trato —rio la agradable anciana. —Un hombrecito como tú ya debe saber que todo tiene un precio ¿Verdad?

El chico volvió a asentir.

—Yo salvaré a tu madre. Puedo hacerlo. A cambio tú vendrás conmigo.

Kalay se iba enredando más y más en la red de Īrakä. Su voluntad estaba prácticamente a merced del Ruhlar.

Por suerte para el niño, una oscura sombra pasó con la velocidad del rayo a su lado. Desde el momento en que aquella presencia le tocó, el espíritu del muchacho comenzó a deshacerse en mil pétalos luminosos.

Yaxaas, horrorizado, apartó de un zarpazo al capitán de los dominadores y se abalanzó sobre el espíritu del chico, mas todo fue en vano.

El gran lobo pasó a través de él, cayendo al otro lado sin poder hacerle daño.

Un calor interior había invadido el maltrecho espíritu del muchacho. La pesadez que nublaba su mente había desaparecido y podía verlo todo con claridad.

El pobre Kalay cerró los ojos y, olvidándolo todo, se dejó llevar por aquella energía que le arrastraba. Con una sonrisa en los labios extendió los brazos y fue desapareciendo, con la certeza de que por fin volvía a casa.

La Madre lo esperaba.

MELEK

I

El día de la gloria había llegado. Hacía meses que sus compañeros esperaban aquella aurora que por fin nacía. No había ni un soplo de aire, ni una nube. El cielo violeta immaculado lo llenaba todo.

La naturaleza y la historia parecían haberse unido para crear aquella maravillosa jornada, como jamás ningún hidrógyro había conocido. Por primera vez una avanzadilla de exploradores se aventuraba al exterior de la cúpula que había protegido su civilización durante siglos.

Sin embargo, el ambiente en el interior de la tercera nave “Non Servium” de la misión de exploración “Nuevo Mundo” era tan tenso que podía cortarse con cuchillo. A pesar del éxito de su huida y de haber sobrevivido por los pelos a la persecución de los perros del Sistema, ninguno de los tripulantes de la nave podía olvidar al compañero perdido.

Abandonado por sus propios camaradas en mitad de la noche, en terreno extraño, en un ambiente hostil. Melek no podía sacar de su cabeza cómo había visto desaparecer al morador desconocido que les había salvado la vida, engullido por la oscuridad de la noche.

Tras el incidente, el capitán Lesole había ordenado continuar la marcha con total normalidad durante un par de horas. Cuando llegaron a cierto lugar que le pareció apropiado, dio orden de detener los vehículos en formación de defensa. Ningún tripulante debía salir aún al exterior. La prioridad en aquel momento era la de tratar de descansar.

A pesar de que el día había sido ciertamente largo al joven ingeniero le costó mucho conciliar el sueño. Entre las numerosas cabezadas de escasos minutos de duración que dio a lo largo de la noche se colaron terribles pesadillas.

Hubo una en concreto que se repetía con insistencia. En ella, el muchacho era engullido por el vacío más oscuro que jamás hubiese visto, ante la impasible mirada del resto de sus compañeros, que le contemplaban con indiferencia mientras se alejaban a gran velocidad.

Melek despertaba de aquellos sueños empapado en sudor y con la respiración agitada.

—Tranquilo, chico —le respondió desde la oscuridad de la nave en

morador Dokita. —Hemos vivido un día lleno de situaciones que nos han puesto al límite y, aunque tu cuerpo no sea consciente de ello, tu mente lo sabe.

El muchacho apoyó la cabeza en su casco almohadillado y suspiró. Después de aquella última pesadilla no fue capaz de volver a dormirse.

Según el protocolo que habían recibido los tripulantes no podrían desprenderse de sus armaduras de explorador hasta que se hubiesen realizado las labores de comprobación de los vehículos al día siguiente.

Ante la falta de sueño el joven ingeniero decidió dedicar el tiempo que restaba hasta el alba a tratar de ordenar sus pensamientos. Por primera vez desde que comenzase la desesperada carrera que había mantenido contra SORA se permitió acordarse de su hermana.

Lo estaría buscando, supuso. Quizá debería haber tratado de comunicarse con ella antes de embarcarse en una aventura de semejante calibre. Negó entonces con la cabeza. Establecer cualquier tipo de contacto hubiese sido demasiado arriesgado. No quería involucrarla en algo tan serio como aquello. Ya bastante había hecho por él sacándole de la escena de un crimen.

El muchacho solo esperaba que Adara no llegase demasiado lejos en sus indagaciones como para que el Sistema se viese obligado a tomar medidas. Melek nunca había querido que le sucediese nada malo. Él solo había intentado encontrar su camino, igual que lo había hecho ella.

En caso de que nunca volvieran... Adara lo superaría. Era una mujer fuerte que amaba su trabajo. Además, estaba Muz. Él cuidaría de ella.

No pudo seguir pensando durante mucho tiempo en la vida que había dejado atrás. La estridente voz del capitán Lesole resonó de repente en el interior de la nave, tocando diana. Desde aquel momento quedaba inaugurado el protocolo de seguridad 191.

Casi todo el trabajo de reconocimiento recaía de nuevo sobre los experimentados hombros del piloto de la nave. Tanto el morador Dokita como el joven ingeniero se limitaban a seguir sus órdenes lo mejor que podían y a tratar de no molestarle demasiado.

Por fin, el morador Phi se volvió hacia ellos, sonriente.

—Buenas noticias —dijo. —El blindaje de la nave está intacto, todos los instrumentos funcionan correctamente y el aire en el interior del vehículo es respirable. En cuanto lleguen los informes del resto de las naves podremos salir a dar un paseo por el nuevo mundo.

La perspectiva de verse libre de aquella cápsula que casi se convierte en su ataúd levantó enormemente el ánimo del muchacho. Sin embargo, el

morador Dokita supo captar la sombra de la duda que el piloto había tratado de ocultarle a sus compañeros.

—¿Va todo bien? —Le preguntó directamente. —Hay algo que te inquieta.

—No creo que tenga importancia —explicó el piloto, al saberse descubierto. —Es que... desde que salimos de la cúpula hemos estado recibiendo una vaga señal de ondas electromagnéticas que se repite en bucle cada media hora.

—Quizá provenga de alguna de las otras naves. No conectamos los sistemas de comunicación hasta que no nos encontramos en el exterior —recordó Melek.

—Eso mismo pensé yo, —coincidió el morador Phi. —Pero su intensidad aumenta mientras más nos acercamos al sur.

—¿A qué creéis que se deben? —Inquirió el médico, algo perdido en el campo de la física. —¿Deberíamos informar al capitán?

—No creo que sea necesario —contestó el piloto. —Es tan débil que los sistemas de la nave no notifican su existencia, la he encontrado haciendo un chequeo manual.

—¿Has intentado oírla? —Preguntó intrigado el joven ingeniero.

—Tomé la precaución de grabarla, pero es demasiado débil —insistió el piloto.

—¿No te mueres de curiosidad? —Le incitó el morador Dokita. Puede que no supiese mucho de ondas, pero conocía bastante bien a los hombres como él.

—Está bien —cedió al final. —Pero os advierto que no servirá de nada.

Dio la espalda a sus dos emocionados compañeros y tecleó un par de órdenes a la red neuronal de la nave. A los pocos segundos los altavoces comenzaron a emitir la ansiada señal.

Un ruido de radio ininteligible inundó la estancia.

Una vez pasada la decepción inicial Melek fue capaz de percibir que en medio de aquella vorágine de sonidos había un patrón que se repetía. El morador Phi tenía razón, aún estaban demasiado lejos, pero si algo tenía claro el muchacho es que esa señal contenía un mensaje. La cuestión era ¿de quién?

—Y sigue así durante tres minutos —dijo el piloto mientras cerraba el audio. —Ya os dije que no era nada. Venga, pongámonos en marcha. Hoy va a ser un gran día.

—Además, —añadió el médico, mientras se quitaba el casco de su armadura de explorador, —ya podemos desayunar.

Abrió uno de los innumerables compartimentos con los que contaba la nave y sacó tres pequeñas bolsitas rellenas de un líquido espeso de color marrón. Les pasó una a cada uno de sus compañeros y levantó el brazo.

—Por haber escapado del pozo de mentiras en el que vivíamos —brindó.

Dicho esto, le arrancó el pequeño tapón con los dientes y bebió el contenido de la bolsa con fruición. Melek le imitó lo mejor que pudo.

Aquel líquido denso tenía un olor y un sabor horribles. Al observar la mueca que hacía el muchacho al tragarlo, el morador Dokita le informó:

—Sus características organolépticas no son las mejores, pero te aportará los nutrientes necesarios para las siguientes 24 horas.

Al menos solo tendría que ingerir uno de aquellos saquitos con olor a vómito al día, se consoló el joven ingeniero.

Aún no habían terminado de tomar su pequeño desayuno cuando la voz del capitán irrumpió de nuevo en la sala. Tras un breve intercambio de informes, ordenaba inmediatamente a los tripulantes prepararse para salir de la nave.

Al oír aquellas palabras al muchacho le dio un vuelco el estómago. Era algo que llevaba esperando desde que fue informado de la existencia y el cometido de la misión. Aun así, el mero hecho de pensar en lanzarse a lo desconocido le hacía vibrar de temor y emoción a partes iguales.

Los tres tripulantes de la NS-III apuraron sus bolsas de alimento y se pusieron sus armaduras de explorador tan rápido como pudieron.

Con el morador Phi a la cabeza, los tres hombres que formaban parte del pequeño grupo de hidrógyros que harían historia esperaron la orden que les permitiría pisar territorio inexplorado frente a la compuerta de la nave.

—NS-III, adelante —se oyó claramente en cada una de sus escafandras.

El piloto manipuló un pequeño panel inserto en la pared junto a la pesada puerta lateral de la nave y ésta comenzó a abrirse con parsimonia.

Un inmenso rayo de luz lo iluminó todo, haciendo que el cristal polarizado de las viseras se oscureciese. En tan solo unos segundos Melek podría ver con sus propios ojos lo que hasta ahora solo había podido imaginar en sus sueños.

II

Provistos de sus armaduras de exploradores, creadas especialmente para la supervivencia en medio hostil, los tripulantes de la tercera NS, junto con el resto de los miembros de la expedición “Nuevo Mundo”, salieron de los vehículos para pisar por primera vez la tierra rojiza del exterior.

Melek fue el último en bajar, tras el morador Phi y el médico. Cuando por fin puso un pie en aquel terreno inexplorado una extraña emoción recorrió todo su ser. El joven ingeniero cogió aire y miró a su alrededor.

Los tres vehículos se habían detenido en caravana, formando una especie de triángulo. A sus pies, la tierra que el muchacho siempre había conocido como única alternativa al asfalto y al metal se había tornado algo más oscura.

Los alrededores del pequeño claro donde habían pasado la noche estaban, además, cubiertos de una espesa capa de hierba que les llegaba hasta los tobillos.

Melek se agachó y tomó un puñado de aquella tierra. Estaba mullida, húmeda, no como la arena seca que él siempre había conocido. Eso explicaba el vergel del que el líder les había hablado. Mientras el joven ingeniero se levantaba vio un brillo entre la vegetación que llamó su atención.

La hierba y la tierra toda estaban cubiertas de minúsculas gotitas de agua. ¿De dónde habría salido? El muchacho miró en derredor tratando de hallar la fuente del preciado líquido, mas pronto tuvo que desistir.

El capitán Lesole había dado la orden de detenerse justo allí la noche anterior porque, según pudo observar Melek, el terreno era árido desierto hasta hacía tan solo unos cuantos metros. En cuanto se topó con formas de vida, aunque fueran vegetales, el jefe de la expedición decidió que merecía la pena inspeccionarlas.

El joven ingeniero, echando la vista atrás, trató de vislumbrar a lo lejos la burbuja en la que siempre había habitado. No pudo hacerlo a simple vista, pero por suerte, la armadura de explorador contaba con una mira táctica que le aportaba varios aumentos.

Tardó unos minutos en encontrarla en el catálogo de aplicaciones de las que disponía la armadura. Finalmente, con unos veinte aumentos, pudo divisar un pequeño bulto en el paisaje.

El muchacho sintió entonces una especie de desazón. No estaba acostumbrado a encontrarse en espacios tan abiertos. A pesar de su tamaño, en la urbe de Caloris el número inmenso de moradores y sus estructuras estaban perfectamente organizados, ocupando todo el espacio disponible.

Decidió apagar la cámara de aumento, pero al hacerlo se le ocurrió una idea. El recuerdo de la señal de radio que acababan de escuchar le había dejado intrigado. Dirigió su escafandra hacia el sur y escudriñó el horizonte. Al principio no pudo ver nada reseñable pero, tras varios aumentos, una inquietante figura se recortó sobre el cielo.

“No es más que una gran elevación de tierra”, se dijo a sí mismo el muchacho. El joven ingeniero no sabía por qué, pero aquella formación rocosa le producía una sensación extraña.

La voz del capitán comenzó a sonar de nuevo, autoritaria, en el interior de las escafandras del equipo. Melek se giró en busca de su superior sin darse cuenta de que continuaba teniendo activa la mira táctica.

De repente el mundo entero le dio vueltas. No era capaz de distinguir más que un desfile interminable de colores que pasaban fugazmente ante él. Mareado, se tumbó como pudo en el suelo hasta que fue capaz de desactivar la aplicación.

Pudo oír las risas contenidas de sus compañeros mientras devolvía la visión de su casco a la normalidad.

El joven ingeniero maldijo su torpeza. Se incorporó todo lo rápido que pudo y acudió al pequeño círculo que habían formado el resto de los integrantes de la misión.

III

Melek ya sabía que la vida era dura en extremo y desde el trasfondo de lo que conocía de ella asomaban indicios de maldad que la hacían aún más espantosa. Aquel primer día en el Nuevo Mundo el muchacho pudo comprobarlo una vez más.

Cuando todos los miembros de la tripulación estuvieron reunidos, el capitán Lesole, líder de la misión, comenzó a repartir las tareas inmediatas entre sus subordinados.

La seriedad de aquel hombre y la autoridad con la que dirigía su equipo le recordaban al joven ingeniero la férrea disciplina que SORA ejercía sobre su cuerpo de centinelas.

—Bueno, señoritas, no hemos venido aquí para darnos un paseo —comenzó. —Moradores Jägare y Osindile, explorad los alrededores. Al final de la mañana quiero un informe completo de los posibles peligros que nos acechan y de todo aquello que pueda sernos de utilidad. ¿Entendido?

Los dos tripulantes de la NS-II asintieron enérgicamente.

—Morador Elmu, como el líder Mopho nos ha pedido debemos llevar pruebas de la existencia de vida más allá de los muros en los que el Sistema tiene reclusos a los hidrógyros. Fotografíe, grabe, tome muestras y haga lo que considere necesario. Es el objetivo principal de la misión. El morador Dokita le asistirá en lo que necesite.

Los dos científicos intercambiaron una mirada de complicidad. A ambos les complacía que al fin, tras ser tratados de inútiles durante la huida, se reconociese la importancia de su presencia allí.

—Morador Zacaride —continuó el autoritario militar. —Usted se encargará de la revisión externa de las naves, comprobando su estado y reparando los daños que hayan podido sufrir.

El muchacho se sorprendió gratamente de que, a pesar de su reciente demostración de torpeza, se le asignaran labores más allá de las auxiliares.

—El morador Ulka y yo supervisaremos los trabajos y estudiaremos la aplicación de los protocolos y las posibles complicaciones que se presenten durante la misión. ¡Rompan filas!

Dicho esto, el capitán dio media vuelta, dispuesto a volver al interior de

su nave.

—Con todos los respetos, Señor —intervino entonces el piloto de la NS-III. —El morador Zacaride es sólo un ingeniero de bajo rango. Apenas tiene experiencia y desconoce la complejidad de estos vehículos.

—Ah, morador Phi —exclamó el capitán, volviéndose con una extraña expresión en su rostro. —Casi me olvido de usted. Dé un paso al frente.

Algo desconcertado, el piloto obedeció. Su superior dedicó unos segundos a pasearse frente a él, observándole con desprecio.

Sin que el piloto lo notase el morador Ulka, el gigante que acompañaba al capitán, se colocó detrás de él. Con la habilidad que da la repetición le arrebató la pistola láser y le apuntó con ella a la cabeza. Mientras tanto con su propia arma el militar encañonó al morador Dokita, que ya había comenzado a bramar, indignado.

La situación era seria. Las armaduras de explorador estaban blindadas, pero un casco estándar no resistiría un tiro a quemarropa. Además, si no le mataba el disparo lo haría el contacto con el exterior.

—¡Al suelo, soldado! —gritó el capitán.

El piloto notó como la presión sobre su cuello se aflojaba. Sin discutir se tendió sobre la hierba al instante.

—Esta es la misión más jodidamente importante de la historia hidrógyra y me ha sido encomendada a mí —le espetó el capitán. —Y tú, pedazo de mierda, descubres una señal de radio que podría indicar la existencia de vida inteligente en el Exterior y decides no informar a tu superior. Podría acusarte de intento de sabotaje y deslealtad. No voy a permitir que ningún traidor como tú lo eche todo a perder. ¿Entendido? Morador Ulka, cargue.

El gigantesco soldado apretó el gatillo hasta el primer tope sin dejar de apuntar al morador Phi. De este modo preparaba una carga láser en el cañón de la pistola

—Que esto sirva de ejemplo para el resto de los tripulantes —dijo el capitán, levantando la vista y paseándola por cada uno de los miembros del equipo. —No voy a tolerar ninguna muestra más desobediencia.

Melek contuvo la respiración. Nadie se atrevía a moverse.

—¡3, 2, 1, ...Fuego!

El inconfundible sonido de un disparo láser surcó el cielo, en medio del silencio incrédulo de los asistentes. El muchacho no podía creer lo que estaba pasando.

El capitán Lesole se acercó al piloto tendido en el suelo. Asiéndole de la

armadura hizo que se incorporara y, retirando unas briznas de hierba de la hombrera de su armadura añadió:

—Ahora va a rastrear esa señal y a localizar su origen ¿Entendido? —Le espetó el capitán. —Y no se le ocurra volver a cuestionar una orden mía.

En el suelo del claro, a escasos centímetros de dónde había estado la cabeza de su compañero, el joven ingeniero pudo contemplar un pequeño agujero humeante.

NARETH

I

La joven aprendiz de *magjistare* se revolvió en su lecho. Le dolían todas las articulaciones del cuerpo y la cabeza le daba vueltas. Los seres errantes de ojos vacíos, Maara, la aldea... todo había sido un sueño ¿Dónde estaba?

Poco a poco comenzó a tomar consciencia de sí misma. Estaba recostada sobre piedra, eso seguro. Alguien había colocado un farolillo junto a ella y la había tapado con una manta.

Trató de abrir los ojos. La cabeza le daba vueltas y se sentía extremadamente débil. Aun así, reconoció al instante el techo de roca que la cubría. Estaba en Uulzalt, la cima del mundo. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Un sonido de pasos a su espalda hizo que la muchacha se pusiese en alerta. No había tiempo para hacer preguntas.

De pronto, como si su cerebro acabase de despertar de golpe, evocó toda su aventura en la cabaña, la desaparición de su mentora, el ejército de aldeanos de ojos vacíos, el desesperado ascenso hasta la cima y...

La muchacha se quedó sin respiración por un momento.

¡Lobos!

Perseguían al ganado, devoraban a los aldeanos y traían todo tipo de desgracias.

Pero no se trataba de eso. Tal como decía Maara Moma, todo aquello no era más que una historia entre las personas y los monstruos. Lo más difícil era distinguir quienes eran las personas y quienes los monstruos.

El sonido continuaba acercándose. Parecían pasos. Fuese quien fuese la muchacha no pensaba quedarse allí de brazos cruzados para averiguarlo.

La joven *magjistare* se levantó rápidamente de su lecho, tratando de no hacer ruido, y pegó su espalda a la pared de piedra.

Uulzalt era una cueva con dos aberturas, una daba a la montaña y la otra era un saliente en su otro extremo. Este se abría al vacío, con una caída de al menos un centenar de metros sobre rocosa ladera.

Por desgracia para la muchacha los pasos provenían de la entrada. No había escapatoria.

Con la espalda aún pegada a la pared se aproximó a un relieve en la roca y trató de echar una ojeada a su misterioso visitante sin ser descubierta.

Con movimientos lentos asomó tan solo una pequeña porción de su cabeza, lo suficiente como para escudriñar la oscuridad de la cueva sin ser vista. Forzó la mirada y esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Tras un recoveco de la cueva apareció entonces el responsable de las pisadas.

Nareth dejó escapar un gemido, desconcertada.

Ella esperaba ver un lobo, avanzando lentamente con sus pesados pasos amortiguados por las almohadillas de sus patas. En su lugar, vio aparecer una oscura figura antropomorfa que se adentraba en la oscuridad tambaleándose ligeramente.

La muchacha, asustada, volvió a refugiarse tras el saliente rocoso. Mientras calmaba su respiración, tratando de no hacer ruido, sopesó la situación.

Parecía que aquellas criaturas sin ojos no estaban dispuestas a dejarla en paz por las buenas; la habían seguido hasta allí. Al menos sólo se trataba de uno de ellos, pensó la muchacha, y prefería mil cascarones vacíos a tener que enfrentarse con un solo lobo.

La joven *magjistare* se preparó para la batalla lo mejor que pudo en la oscuridad. En silencio, elevó ambos brazos, sosteniendo con firmeza su vara de Rükha.

Aún no se acostumbraba a hacer aquel tipo de cosas, pero necesitaba dejar fuera de combate a la criatura el tiempo suficiente como para poder huir.

Después... bueno, ya se ocuparía de eso luego.

Los pasos de su contrincante estaban cada vez más cerca. Mientras aguardaba en la oscuridad, vara en alto, la tensión le jugó una mala pasada. Todo el cansancio y debilidad acumulados durante los últimos días hicieron mella en ella de repente.

“Sólo unos segundos más”, le imploró a su cuerpo agotado, que comenzaba ya a temblar, perdiendo la poca fuerza que le quedaba. Todos sus ruegos fueron en vano.

Mientras la vista se le nublaba y sentía como la vara de Rükha se escurría entre sus dedos pudo oír los torpes pasos de su enemigo a escasos metros de donde se encontraba. La muchacha trató de apoyarse en la pared para no caer, pero no le sirvió de nada.

Justo en el momento en el que la sombra apareció tras el recodo de roca Nareth se desplomó, inconsciente, en el suelo.

II

Nareth despertó a unos metros de donde se había desmallado tendida de nuevo sobre el duro suelo de roca. Estaba cubierta con una mugrienta manta negra y alguien había colocado un paño húmedo sobre su frente.

Giró la cabeza con esfuerzo y contempló las oscuras paredes de la cueva, iluminadas por una tenue luz anaranjada del farolillo.

A su lado, la sombra a la que había intentado atacar se aproximó trayendo algo en sus manos. La muchacha hizo un débil intento de resistirse sin ningún éxito a lo que fuera que iba a hacerle.

Con movimientos firmes aquel ser le retiró el paño que le cubría la frente y lo empapó de nuevo en agua, volviendo a colocarlo en la cabeza de la enferma.

—Parece que te ha bajado un poco la fiebre —dijo el extraño.

A la joven *magjistare* aquella voz le resultaba extrañamente familiar. Trató de fijar su mirada en el rostro del desconocido, mientras este la ayudaba a incorporarse ligeramente.

—¿Maüt? —consiguió articular Nareth al fin.

—Bébeteste esto —le ordenó el pálido muchacho, sin prestarle atención. — Te ayudará a reponer fuerzas.

La joven obedeció sin rechistar. Tenía una confianza ciega en su cuidador y, además, carecía de la fuerza necesaria para resistirse.

Maüt había sido su mejor amigo desde que la muchacha tenía uso de razón. Su carácter tímido, introvertido y callado le habían convertido en el compañero ideal para ella. Además, era el único que parecía entenderla en toda la aldea, convirtiéndose en compañeros inseparables.

No había vuelto a verle desde que Maara la arrastró en su viaje suicida hasta los límites del mundo. ¿Qué había ocurrido?

Los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente y poco a poco se fueron ordenando. La primera imagen que apareció dibujada en su mente se presentó en forma de certeza brutal: Maara Moma había muerto.

Estaba tratando de evitar la entrada del mal en el mundo y...

—¡Lobos! —exclamó entonces la muchacha, levantándose de un respingo.

—Lo sé —dijo escuetamente Maüt.

—¿Lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo? —preguntó la joven, asombrada.

—Llevas delirando un par de días —replicó su amigo. —No paras de repetirlo.

—No es un sueño. ¡Es real! —le gritó, alarmada, la joven *magjistare*.

—Lo sé —se limitó a responderle el pálido muchacho.

Nareth se quedó en silencio, sin saber muy bien qué decir. Desde que los terribles recuerdos del mal que acechaba al mundo llegaron a su memoria le pareció que lo más apremiante era advertir al resto de los aldeanos. Y allí estaba Maüt, cuidando de ella con la tranquilidad que le caracterizaba.

—¿Así que lo sabes? —le dijo en tono de reproche. —¿Y qué piensas hacer?

—Por ahora evitar que te devoren —le contestó el joven. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios ante la expresión de confusión de su amiga.

Tras unos instantes una nueva oleada de recuerdos se agolpó en la mente de la muchacha. ¡Era cierto! El gran lobo había estado a punto de acabar con ella. Pero no de un zarpazo, como hizo con su mentora. Aquel ser había conseguido penetrar en su alma, ordenándole que...

Nareth notó como la sangre acudía a sus mejillas.

¿De verdad era tan débil? Diez segundos en presencia del enemigo y ya había sucumbido. Si no llega a ser por... Aún no estaba muy segura de cómo había conseguido escapar.

—¿Tú... tú me rescataste?

El joven guardó silencio mientras recogía el cuenco de madera, ya vacío, de las manos de su amiga.

Nareth no podía quitarle la vista de encima. Su amigo siempre había sido un chico pálido y enclenque.

—Pero ¿cómo?

La *magjistare* no obtuvo respuesta del joven, que ya le había dado la espalda. La muchacha se limitó a observarle con atención mientras este revolvía en su zurrón, tratando de encontrar algo en la oscuridad tenuemente iluminada de la cueva.

Tras largo rato, Nareth reunió el valor suficiente para hacerle una pregunta que llevaba años rondándole en la cabeza.

—Maüt, —dijo la muchacha en un susurro. —¿Quién eres?

El joven se detuvo en cuanto oyó aquellas palabras. Se giró hacia su amiga muy serio y, mirándole a los ojos, sugirió:

—Ven, salgamos fuera. Te lo contaré todo.

III

Mientras se aproximaban a la cornisa, iluminada por la luz de la luna, los dos jóvenes permanecieron en silencio. Nareth caminaba apoyada en su compañero pues se sentía extremadamente débil.

Una vez que se encontraron en el borde, el muchacho la ayudó a sentarse con las piernas colgando sobre el vacío, como a ella le gustaba.

Una suave brisa les revolvió el pelo. A pesar de las circunstancias era una noche realmente agradable, pensó la *magjistare*.

La joven miró a su amigo. La severidad de su rostro dejaba entrever el esfuerzo que le estaba costando encontrar las palabras adecuadas. Nareth sabía lo que era eso, así que decidió dejar que se tomara su tiempo.

Mientras tanto, con la mirada perdida en el oscuro horizonte, se dispuso a reunir los recuerdos más antiguos de su amistad.

Lo primero que le vino a la mente fue cómo la soledad la había acompañado durante toda la primera etapa de su vida. En la herrería, en la aldea, en su propia casa, allá donde fuese.

Gracias a aquello se acostumbró a frecuentar lugares despoblados. Prefería mil veces estar sola a rodearse de personas que la ignoraban.

Entonces llegó Maüt.

Lo encontró un día soleado, merodeando por la cima en la que ahora se encontraban, más allá del cordón. Fue una de las primeras veces que se atrevió a atravesarlo.

Mientras la niña ascendía, esquivando los cadáveres recientes, el muchacho se limitó a observarla, semioculto entre los árboles, sin decir nada.

Nareth recordó que iba cargada con un manojo de girasoles. Era el aniversario de la muerte de su madre y la muchacha había tomado por costumbre llevarle un ramo de sus flores favoritas.

Quizá no era la mejor manera que un niño podía tener de celebrar su cumpleaños, pero la muchacha sentía la necesidad de compensarla por haberle hecho perder su vida en el parto.

Tras varios minutos de ascenso en los que aquel joven desconocido no le quitaba los ojos de encima la niña comenzó a sentirse incomoda. Además, no quería que el extraño muchacho presenciase su encuentro. Era un momento de

especial intimidad entre ella y su madre.

Entonces una pequeña Nareth de tan solo cinco años se dio la vuelta, con los brazos en jarra, e increpó a aquel desconocido:

—¿Por qué me miras así?

El chico se dio la vuelta, como si buscara a alguien más. Al no encontrar a nadie clavó en la chica unos ojos desorbitados.

—¿Es... es a mí? —preguntó el pálido joven, desconcertado.

—Claro que es a ti —le espetó la niña. —Los muertos no hablan.

Al volver a la realidad Nareth no pudo evitar esbozar una sonrisa, a pesar de la gravedad de la situación. Desde aquel día, a pesar de la arisca respuesta de la muchacha, aquel pálido chico y ella comenzaron a acompañarse en su soledad.

Recordó también, con cierta nostalgia, cómo tras pasar el día merodeando por la aldea, ante la mirada de desaprobación de los adultos, Maüt le comentó sin venir a cuento:

—Tú y yo no deberíamos ser amigos. Se supone que pertenecemos a mundos diferentes. ¿Lo sabes?

La niña se negó a contestar y continuó andando con paso firme, como si no lo hubiese oído.

El misterioso chico era la única persona que la entendía y no estaba dispuesta a perderle por algo tan estúpido como aquello. Se había acostumbrado a su compañía silenciosa de un modo tal que su ausencia le resultaría dolorosa.

La joven *magjistare* meneó la cabeza, apenada por aquel recuerdo. Su amistad no había sido un camino de rosas.

Hacía apenas un año, tras la muerte del hijo recién nacido de los señores Ibu, habían tenido una fuerte discusión. Su amigo había permanecido aparentemente impassible ante el dolor de los padres.

En un ataque de Ira Nareth le había gritado:

—Al menos sé que no eres un vegetal. ¡Hasta las alcachofas tienen corazón! ¡No sabes lo que es perder a alguien porque solo ocurre cuando amas a otro más de lo que te amas a ti mismo!

Maüt no contestó. Se limitó a darse la vuelta y a alejarse con paso decidido. Después de aquella noche los dos jóvenes estuvieron varios días sin hablarse.

A la impulsiva aprendiz de *magjistare* le parecía que su amigo carecía de empatía por completo mientras este trataba de hacerle entender que el

sufrimiento tenía un sentido.

—O eres parte del problema o eres parte de la solución —sentenciaba, tajante, la muchacha.

—En ocasiones tu misión consiste en ser parte del paisaje —le había contestado Maüt, suspirando. —Lo que hacemos en la tierra tiene un eco en la eternidad.

Nareth trató de contenerse, pero no pudo. El sufrimiento de los inocentes la escandalizaba de tal modo que tuvo que proyectar toda su rabia contra alguien o algo, y Maüt estaba justo en frente.

—¿Sabes? Cuando te miro no veo un aldeano confiado e inteligente. Sólo veo un muchacho cagado de miedo. Debe de ser horrible vivir paralizado por el temor ¿no? —La chica dejó que el desprecio se destilase en sus palabras.

Aunque su pálido amigo nunca se lo dijo, aquella acusación de cobardía le había herido profundamente.

—¿Sabes lo que es realmente horrible? —comenzó a decir con un hilo de voz. —No saber cuál es tu lugar en el mundo, no saber por qué estás aquí.

La muchacha le miró fijamente, ofendida. En ese momento Maüt se levantó y susurró mientras se iba:

—No puedo permitirme el privilegio de tener amigos.

Esa había sido, sin duda, la peor discusión que habían tenido nunca. Nareth se disculpó días después e hizo todo lo posible por arreglarlo.

La *magjistare* miró de nuevo al joven que estaba sentado a su lado. Maüt era su mejor amigo, un muy buen amigo. La muchacha sabía que eso no era algo que uno encontrase a la vuelta de la esquina.

De repente el joven alzó el pálido rostro hacia el cielo. Nareth estudió cada uno de sus rasgos, iluminados por la plateada luz de la luna.

Estaba preparado.

IV

—Mi nombre completo es Maüt Olum.

Nareth permaneció en silencio, mirándole. No sabía muy bien qué quería decir. Cuando le había preguntado a su amigo quién era lo último que esperaba es que le dijese su nombre.

—Está escrito en el lenguaje de Gudibna —aclaró el muchacho, viendo la expresión de indiferencia de la chica.

Esta entrecerró los ojos. Maüt... Maüt Olum... Aquellas palabras resonaron en su cabeza.

Durante su largo viaje al fin del mundo Maara había aprovechado cada descanso que hacían para tratar de enseñarle el lenguaje de la Madre. Para ello se sentaban juntas a leer diversos pasajes del Incwadi.

Maüt Olum... aquellas dos palabras le eran familiares juntas.

El idioma de la Diosa era tremendamente complicado. Se escribía sin vocales, se leía de derecha a izquierda y estaba compuesto de un sinfín de peculiaridades que lo hacían enormemente preciso, pero casi imposible de dominar sin un estudio concienzudo.

De repente la joven *magjistare* cambió su expresión, abriendo mucho los ojos. Acababa de recordar dónde había leído aquellas dos palabras juntas.

Se trataba de un pasaje del Incwadi que a Nareth siempre le había resultado inquietante.

***EN AQUELLOS DÍAS, LOS HOMBRES BUSCARÁN
LA MUERTE Y NO LA ENCONTRARÁN;
DESEARÁN MORIR Y EL ÁNGEL DE LA MUERTE
HUIRÁ DE ELLOS.***

El ángel de la muerte: Maüt Olum.

—¿Eres... eres humano?

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta —se limitó a decir Maüt.
Tenía razón.

—Pero... pero... vives en el pueblo como un aldeano más. ¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta?

—Nareth —le dijo el chico, mirándola con ternura. —Piénsalo.

De repente un velo se descorrió en la mente de la muchacha.

Nadie, nunca, había hablado con Maüt. Es más, jamás a nadie había parecido importarle que una niña pequeña anduviera correteando por ahí acompañada de un joven mucho mayor que ella.

Recordó entonces cómo sus hermanos se habían burlado cuando les contaba sus aventuras y cómo su padre movía la cabeza con pesar cuando la veía hablar con él.

El único que parecía reconocerle era el señor Alonit, pero claro, él estaba muerto.

¡Oh, por el amor de la Madre! Ahora todo tenía sentido.

Cuando Maara la vio acompañada de Maüt el día de la festividad del puesto esta le dijo que tenía los días contados. Todo el mundo sabe que las *magjistares* pueden ver a la muerte, es un privilegio que les concede la Madre. ¡Maara pensó que el ángel de la muerte había venido a reclamarle el alma!

Entre una infinitud de momentos que cobraron repentinamente sentido, Nareth revivió la noche en la que ella y Maüt se encontraban en la cocina de la cabaña tras el ataque de los lobos al señor Kikori.

Unos minutos después de que llegase su amigo aparecieron los señores Ibu implorando ayuda para su bebé. En cuanto Maara vio al pálido chico en la cabaña supo que no podría hacer nada por aquel niño.

Nareth se perdió en la espesa red de sus pensamientos.

Maüt dejó que se tomase su tiempo. Tras un largo silencio la muchacha preguntó.

—Entonces... ¿Trabajas para Ella?

El muchacho asintió. Su mirada estaba fija en el cielo nocturno.

—¿Cómo es la Madre? —Se aventuró a preguntar la *magjistare*. — Físicamente, quiero decir.

Maüt pareció sorprendido.

—Ella no tiene forma humana. De hecho, carece en absoluto de forma. Es infinita, pura energía creadora que rebosa. Por eso el mundo tiene belleza y bondad.

Nareth recordó al instante al gran lobo que había destrozado las compuertas y matado brutalmente a Maara. Ahora el mal había entrado en el

mundo.

Su amigo pareció leerle la mente.

—El mal no reinará para siempre —afirmó.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—El gran lobo quiere usurpar el lugar de la Madre —contestó. —Pero él es tan solo una criatura. Promete a los suyos librarles del yugo de la Diosa, pero lo que en realidad pretende es imponerles el suyo.

—¿Hay más cómo él? —preguntó la muchacha, horrorizada.

—Tantos como ha podido engañar —respondió Maüt. —Habrá una gran guerra entre los humanos y los Ruhlar, los esbirros del gran lobo. Este hará todo el daño como pueda. Pero el mal no prevalecerá.

—Esto se podía haber evitado si yo hubiese sido más fuerte —murmuró la muchacha. Necesitaba hacer aquella confesión. —Maara y yo fuimos hasta el final del mundo para impedir la entrada del gran lobo. Yo quería salvar a los demás, pero fracasé. Ni siquiera pude rescatar el Incwadi y...

—¿Por qué caemos? —Le interrumpió Maüt, mirándola fijamente.

Nareth levantó los ojos hasta que se cruzaron con los de su amigo.

—Para que podamos aprender a levantarnos —contestó, según le había enseñado su mentora.

Tras una pausa añadió, con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Todavía no has perdido la fe en mí?

—Nunca —respondió Maüt con una sonrisa.

MUZ

I

Con un fuerte golpe, que hizo retroceder a los moradores a su alrededor como la detonación de una granada de mano, su contrincante aterrizó, inconsciente, en el suelo pegajoso de aquel bar de mala muerte.

Al centinela nunca le habían gustado las peleas, pero en aquel momento la brutalidad y la testosterona se habían apoderado de él de una manera ancestral.

Mirando, aún atónito, a aquel tosco ejemplar de hidrógyro decidió que lo mejor que podía hacer en aquel momento era salir del antro antes de que se presentase allí algún representante de la ley.

Cruzó furtivamente la sala y se escabulló tan rápido como pudo. El aire frío de la noche golpeó sus mejillas, sonrosadas por el alcohol. Dando tumbos se dirigió a su vehículo y, una vez dentro, trató de aclarar sus pensamientos.

Lo único que consiguió al hacer memoria de las últimas horas fue que una oleada de emociones le arrollase sin piedad.

Descargó varios puñetazos contra el volante y las lágrimas acudieron a sus ojos, incontenibles.

Su compañera llevaba ya varios días desaparecida y él, tras utilizar todos los recursos que ofrecía el Sistema, no tenía nada a lo que agarrarse, excepto la certeza de que Adara se encontraba en graves apuros. Si es que continuaba con vida.

Muz siempre se había esforzado por ser un buen ciudadano. Respetaba las leyes, ayudaba a los demás en la medida de sus posibilidades, se presentaba voluntario durante las campañas de mejora de la urbe y saludaba siempre a sus vecinos.

Se había esforzado en hacer de aquella inmensa ciudad un lugar mejor porque creía en dos pilares fundamentales: la bondad hidrógyra y la confianza en SORA.

Aquel último punto había sido un claro tema de discusión con Adara, recordó con amargura. Muz sabía que SORA no era perfecta, tal y como pensaba su compañera, pero confiaba en que se tratase de un sistema de gestión lo más justo posible.

El agente meneó la cabeza.

Algo no encajaba con SORA desde hacía mucho tiempo y él lo sabía; todo el mundo lo sabía. Pero nadie quería verlo. Él mismo había cerrado los ojos una y otra vez a todos los cabos sueltos que habían dejado las investigaciones y se había empeñado en creer hasta la más débil de sus mentiras.

Ahora el Sistema se había vuelto en su contra. Se había llevado al amor de su vida sin dejar rastro y a nadie parecía importarle.

La cuestión que le reconcomía el alma era ¿Por qué?

Adara era un valiosísimo miembro del cuerpo de centinelas. Muz no conocía a nadie que confiase más ciegamente en el Sistema. ¿Qué había podido pasar?

Entonces lo recordó: Melek.

El desesperado agente no sabía muy bien en qué líos podía haberse metido el muchacho, pero según lo que Adara le había confesado unos días antes debía de tratarse de algo muy gordo.

Por lo que él sabía, su media naranja había tenido que sacar al chico de una escena del crimen. Quizá SORA lo había descubierto.

Con renovadas esperanzas probó a llamar al muchacho en su BSI. Una voz monótona le comunicó que aquel número de morador no existía. Si no podía contactar con el muchacho por el momento tendría que comenzar la investigación él solo.

No estaba dispuesto a perderla. Acababa de encontrar un hilo del que tirar, una pequeña pista desde la que comenzar a reconstruir los hechos, y pensaba agotarlo hasta las últimas consecuencias.

II

Al llegar a su apartamento Muz se dejó caer en el sofá con los brazos doloridos. Se examinó las manos y observó consternado que tenía los nudillos pelados y enrojecidos. Al menos el otro ha quedado peor, pensó esbozando una sonrisa, repleto de optimismo.

Una vez que comprobó que su BSI estaba conectada a la red de la casa se puso manos a la obra. Si Adara estaba tan preocupada por haber encubierto a su hermano no debía de tratarse de un delito menor. Por ese motivo era probable que, fuese lo que fuese, medios de comunicación se hubiesen hecho eco de ello.

A pesar de que no había tiempo que perder, el agente había decidido volver al amparo de su hogar, pues allí disponía de intimidad y de una conexión DXM, la que aportaba mayor velocidad hasta la fecha.

Se acomodó en su salón y enlazó la BSI al sistema doméstico. Al instante una enorme pantalla virtual desde la que podía controlar todos sus dispositivos apareció ante sus ojos, ocupando todo su campo visual.

Con un leve movimiento de sus dedos escogió la aplicación que quería utilizar. En Caloris no estaba permitido el uso de cualquier dispositivo capaz de obtener información de la red de forma autónoma por lo que, a pesar de los innumerables avances tecnológicos, nada podía acceder a información que el Sistema no ofreciese en su intranet. De este modo cada archivo descargado, cada documento consultado, pasaba antes por filtros de SORA.

Con un simple movimiento de su dedo índice hizo pasar ante sus ojos infinidad de canales de noticias hasta que encontró lo que buscaba. Allí estaba: “Caloris 24h”

Aquel medio informativo era tremendamente efectivo. Cualquier cosa que pasase en la gran urbe sería añadida a su sección de sucesos automáticamente.

Los agentes solían utilizarlo para ampliar información cuando recibían un aviso. Si a ellos les llegaban noticias de un tiroteo aquellos condenados reporteros ya sabían el número de participantes y, en ocasiones, el de heridos.

La clave estaba, decía orgulloso el director del medio de comunicación, en tener ojos en todos lados, al igual que SORA.

Al igual que el resto de los medios de comunicación publicaban sólo la

información que les interesaba y no era ningún secreto para el joven agente que entre sus redactores había varios censores del Sistema.

Muz acudió directamente al apartado “Sucesos” y comenzó a leer la interminable lista de titulares.

“El más alto mando de las fuerzas del orden, el General Üldine, acudirá a la sede central de SORA con motivo de la Semana del Cuerpo de Centinelas”, leyó con desgana.

“Siete centros educativos del sector 3 premiados por sus planes de formación ciudadana.” Propaganda del Sistema, pensó asqueado el agente.

“Líder de grupo terrorista afirma haber puesto en marcha una misión de exploración”. Muz entró en la noticia. Siempre le habían llamado la atención los titulares de aquel tipo. “Los servicios de inteligencia desmienten la noticia y arrestan a cuatro integrantes de la banda revolucionaria, encargados de difundir el mensaje del morador Mopho Nayaka...”

No tenía tiempo para aquello.

Continuó durante algún tiempo leyendo noticias irrelevantes, tratando de encontrar algún vestigio de información, cualquier cosa que pudiese ayudarle.

Tras casi una hora de interminables sucesos encontró lo que buscaba.

“El Cuerpo de Centinelas abate en una nave industrial del sector 4 al morador Verha Isku, uno de los cabecillas del grupo terrorista Neoprodotes.”

El último trabajo en el que andaba metida Adara y del que el agente tuviera constancia trataba de una redada dirigida contra aquella sociedad secreta.

Fue en esa misión, si no recordaba mal, donde se vio obligada a sacar a su hermano de la escena del crimen.

Muz entró en la noticia para ampliar información.

“El terrorista permanecía en busca y captura desde que fuese liberado durante un traslado por varios asaltantes, presuntamente pertenecientes al mismo grupo terrorista, y ostentaba el dudoso honor de integrar la lista de los 50 moradores más buscados de la urbe, dato cedido por la base de datos de SORA.

Según fuentes policiales, Isku fue abatido en la nave industrial en la que se escondía situada en el límite exterior del sector 4.

Hacía meses que las fuerzas del Estado le seguían los pasos y solicitaba ayuda ciudadana para dar con él. De hecho, hace escasas semanas el Sistema publicó un comunicado con los datos de Verha Isku acompañados de una fotografía, con el fin de facilitar la búsqueda de los agentes.”

“Nave industrial a las afueras del sector 4”, anotó cuidadosamente el agente.

Debía de haber decenas de aquellos locales. Buscó un mapa de la zona y trató de ajustar los filtros para obtener aquel dato. Un cuadro de texto con letras rojas le comunicó que la información que buscaba estaba temporalmente clasificada.

Desesperado como un león encerrado, daba vueltas por su apartamento, tratando de encontrar la manera de acceder a la base de datos.

Él no estaba cualificado para acceder a aquellos archivos y no podía volver a pedirle un favor a su compañero. Implicaría comprometerle demasiado.

No podía creer que la única pista que había obtenido en dos días fuese a acabar cegada tan pronto. Mientras paseaba por el despacho que compartía con su pareja un brillo metálico llenó de nuevo su alma de esperanza.

III

El ordenador de Adara era un auténtico laberinto y estaba abarrotado de archivos.

Como solía suceder con cualquier unidad de almacenamiento que cayese en manos de la joven agente, su memoria estaba llena hasta el borde y no cabía ni un archivo más.

¿Cómo lo hacía? Se preguntó Muz, abrumado.

SORA le había concedido una potente computadora que, entre otras cualidades, poseía el mejor procesador del mercado. ¿Cómo podía haber llenado los mil petabytes de memoria que traía el dispositivo? Su pareja tenía un claro síndrome de Diógenes documental.

El agente suspiró al recordar a Adara.

Lo mejor que podía hacer por ella ahora era encontrarla. Cuanto antes se pusiese manos a la obra antes hallaría alguna pista que le sirviera de punto de partida, un hilo del que tirar.

Muz conectó el moderno equipo de Adara a la intranet doméstica y al instante el dispositivo apareció en la pantalla holográfica que se proyectaba ante sus ojos. A pesar de todos los avances, a SORA le gustaba que sus agentes trabajasen con soportes físicos para un mayor control. De este modo cualquier atentado contra el Sistema no conseguiría borrar ni eliminar información útil pues toda actividad realizada quedaba registrada en múltiples lugares.

El punto de acceso a la cuenta oficial de la agente Zacaride apareció, titilante, en una esquina. Bajo el número de identificación de la centinela sólo se adelantaba un dato: la capacidad de almacenamiento utilizada.

La mandíbula del hombre cayó al comprobar las cifras. Con una expresión estúpida en el rostro pensó que la cuenta de Adara tenía que ser un auténtico laberinto y con toda probabilidad estaría abarrotada de archivos. Como solía suceder con cualquier unidad de almacenamiento que cayese en manos de la joven agente, la memoria estaba llena hasta los topes y no cabía ni un archivo más.

¿Cómo lo hacía? Se preguntó Muz, abrumado.

SORA le había concedido un potente equipo que, entre otras cualidades,

poseía el mejor procesador militar del momento, y una capacidad de almacenamiento muy superior al de cualquier equipo civil. ¿Cómo podía haber llenado los mil petabytes de memoria que traía el dispositivo? Su pareja tenía un claro síndrome de Diógenes documental.

El agente suspiró al recordar a Adara.

Lo mejor que podía hacer por ella ahora era encontrarla. Cuanto antes se pusiese manos a la obra antes hallaría alguna pista que le sirviera de punto de partida, un hilo del que tirar.

Todas las cuentas oficiales, y en especial la de los agentes de la ley, estaban vinculadas con las BSIs de cada respectivo morador. Intentar acceder al contenido de un usuario del nivel de la agente estaba totalmente fuera de las posibilidades del centinela.

A pesar de haber dedicado toda su vida laboral a patrullar las calles, durante su formación en la academia recordaba haber aprendido qué hacer en aquellas ocasiones. El protocolo redactado por los especialistas informáticos dictaba que los agentes debían extraer el disco duro y tratar de volcar el contenido a otra cuenta de usuario.

Muz no estaba muy seguro de poder hacerlo, pero dadas las circunstancias, debía intentarlo. Fijó la pantalla holográfica en su salón, frente al sofá, para que no anduviese persiguiéndole por toda la casa.

Apoyó el ordenador sobre la mesa y trató de desmontarlo con cuidado, pero los tornillos que habían utilizado para su ensamblaje eran diminutos y tenían una inusual forma de hélice. Tras dar vueltas por toda la cocina, buscando cualquier cosa que le sirviese para desatornillar la carcasa, se dio por vencido.

Empujado por el cansancio y la desesperación, el agente sacó de su bolsillo una pequeña navaja. La introdujo sin demasiados miramientos en la primera ranura que vio y comenzó a hacer palanca. Tras un breve forcejeo la carcasa de plástico cedió ante los musculosos brazos del centinela.

Muz tardó unos segundos en reconocer el disco duro, pues su tamaño era mucho menor de lo que había imaginado. Se trataba de un dispositivo de dimensiones similares a las de una tarjeta que estaba fijado a la placa base junto al resto de los componentes.

“Bueno, no ha sido tan difícil”, pensó el agente. Pero, al girarse para volver a coger su navaja, su visión periférica captó un ligero movimiento.

El centinela contempló con horror cómo en la pantalla, con los números invertidos, había comenzado una cuenta atrás. Muz se colocó frente al

holograma como una exhalación. Bajo el número de usuario de Adara había aparecido un breve mensaje:

AZ-22.10

Sello de garantía violado.

Introduzca sus credenciales de informático autorizado.

1:29

Tras aquel mensaje, la cuenta regresiva continuaba, implacable.

El centinela sabía con exactitud lo que ocurriría cuando aquel temporizador llegase a cero. El disco duro enviaría una señal de alarma a la intranet de SORA, desde donde se activaría un protocolo que inutilizaría el dispositivo y ponía en movimiento a un discreto grupo de centinelas, que acudirían raudos a su domicilio.

Muz tenía que extraer el disco y desactivar el sistema de autodestrucción si quería obtener algo de información y evitar dar la voz de alarma. Sólo había un inconveniente: el centinela no tenía la más remota idea de cómo funcionaba aquella alarma del demonio. Su única oportunidad consistía en desconectar el disco de la fuente de alimentación del ordenador y rezar para que no tuviese algún tipo de autonomía.

Con mano temblorosa introdujo la navaja por la estrecha ranura que quedaba entre el disco y la placa base y trató de hacer palanca. A pesar de la dureza del metal, la hoja del pequeño cuchillo no conseguía hacer mella en el minúsculo espacio que separaba las dos superficies.

00:48

El hombretón no podía creerlo. Había pasado más de medio minuto y no había conseguido otra cosa que llenar de muescas todo el disco. Sintió como la adrenalina corría por sus venas y, en un acto de desesperación, apuñaló el ordenador de su pareja como si de un amante sorprendido en plena traición se tratase.

Cuando el agente retiró el brazo sintió como el mango de su navaja se le escurría entre los dedos. ¡Había quedado firmemente clavada entre el disco y la placa!

Ahora sólo tenía que separarlos. Muz aplicó toda la fuerza que pudo con

sus musculosos brazos, pero el disco se resistía a ceder. Parecía ser tan tozudo como su dueña.

El hombretón estaba aplicando una fuerza tal sobre la navaja que la pequeña hoja de metal comenzó a combarse.

00:29

“Vamos, sólo un poco más” pensó el centinela, agobiado por el poco tiempo que le quedaba. En aquel instante toda la presión que estaba ejerciendo fue liberada. Con los ojos como platos Muz contempló, horrorizado, la hoja rota que sostenía en la mano. La otra mitad se encontraba atrapado entre el disco y el ordenador.

00:10

Los números parecían gritarle desde la pantalla holográfica del salón.

Desesperado, el agente se secó con rapidez el sudor que le caía sobre los ojos e introdujo lo que quedaba de su navaja en la ranura, ahora algo más amplia. Pronto descubrió que la corta longitud de su herramienta le impedía hacer palanca.

Sin perder un segundo, el centinela cogió lo primero que tuvo a mano para golpear el cuchillo, a modo de cincel.

Dio un tremendo impacto en el mango con todas sus fuerzas. El disco estaba cediendo, aún tenía alguna posibilidad. Tras un par de golpes más la ranura se había ensanchado.

00:03

Muz estaba decidido a acabar con aquello de una vez. Levantó su brazo derecho y reunió todas sus fuerzas en el siguiente golpe.

Todo pareció suceder a la vez: un fuerte sonido, un destello, y el disco duro volando por los aires. El agente se giró al instante para contemplar en la pantalla las cifras.

00:00

El centinela cayó jadeante sobre sus rodillas. Había perdido, el

dispositivo había estallado en el último segundo, invalidando cualquier utilidad que pudiese tener. Además, una patrulla de agentes se estaría dirigiendo ya hacía su domicilio y más le valía tener una buena excusa para todo aquel destrozo cuando llegase.

Derrotado, Muz dejó que los ojos se le llenasen de lágrimas. Su última oportunidad de encontrar a Adara se había desvanecido.

Mientras su mente se perdía en aquellos pensamientos, una luz parpadeante llamó su atención desde la esquina del cuarto. El centinela se secó las lágrimas con el dorso de la mano y de un salto, se plantó frente aquel resplandor verdoso.

El agente no entendía nada. A sus pies se encontraba el maltratado disco duro, con su pequeño piloto indicando que aún funcionaba. Tenía innumerables arañazos y mellas, pero se mantenía íntegro. ¿No había explotado? Él mismo había visto la explosión y escuchado la pequeña detonación.

La respuesta no se hizo esperar. En su búsqueda de una explicación razonable para aquel despropósito el agente realizó una revisión rápida del entorno. Cuando miró hacia abajo todo tuvo sentido. En su mano derecha sostenía por el cañón su arma reglamentaria: una pistola láser modelo 14M.

El hombretón, superado por la tensión del momento, la había utilizado como mazo para golpear lo que quedaba de su navaja. Un agujero humeante en la pared que se encontraba tras él confirmaba sus sospechas. Lo que había visto y oído no era otra cosa que un disparo.

Un tropel de emociones se abrió paso a través del maltrecho centinela. Pletórico, comenzó a bailar por la sala, besando una y otra vez aquel disco duro del tamaño de una tarjeta. Por supuesto, el agente Khone no tenía la menor idea de qué hacer con él.

“Pero conozco alguien que sí”, pensó, y una inmensa sonrisa se dibujó en sus labios.

IV

El joven agente, todavía excitado por la nueva posibilidad que se abría ante él, se puso un uniforme limpio y partió con presteza hasta el sector 7.

Estaba fuera de servicio y por tanto no le estaba permitido identificarse como un centinela en activo, pero en aquellos momentos lo último en lo que pensaba era en tener que vérselas con sus superiores.

Ya en su vehículo, mientras conducía amparado por la soledad de la noche, pensó en la manera más rápida y eficiente de conseguir su objetivo.

Nunca le había gustado hacer el papel de poli malo, no estaba hecho para él, pero en aquellas circunstancias Muz estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario. Cada hora que pasaba sentía al amor de su vida más y más lejos.

Tan solo unos minutos después llegó a las afueras del sector 7. El cambio en el ambiente había sido gradual desde que salió de su casa, en un agradable barrio del sector 2.

A medida que iba avanzando por la urbe, cruzando un sector tras otro, pudo notar un claro deterioro en la calidad de las construcciones, la categoría de los productos expuestos en los escaparates, así como de la condición de los ciudadanos.

Al llegar a los límites del último sector habitado el agente accionó los seguros de las puertas del vehículo para que no pudiesen abrirse desde fuera.

Las casas hacinadas, los puestos en plena calle, la ropa tendida en las ventanas, todo le indicaba a gritos que se encontraba en el barrio más pobre de la ciudad.

Si bien SORA se aseguraba de que las necesidades básicas de toda la población estuviesen cubiertas, había diferencias entre los moradores según lo buenos ciudadanos que estos demostrasen ser.

Esto se traducía en que a mayor fidelidad al Sistema más posibilidades tenías de medrar en la escala social.

A medida que se adentraba en las profundidades del sector podía apreciar con mayor nitidez las miradas de desconfianza que le dirigían los habitantes. Era un extraño en su territorio, y eso nunca traía nada bueno. Al menos no para el forastero.

A pesar de que SORA había acabado con el sector fantasma tal y como

prometió, aún estaba muy lejos de erradicar la delincuencia.

El plan de renovación urbanística consistió en desalojar el barrio y demoler todo lo que había, convirtiendo todo aquel lugar en un gran polígono industrial que favoreciese el desarrollo de la urbe.

La delincuencia, lejos de desaparecer, se había desplazado al sector 7. No obstante, este tipo de vida al margen de la ley contaba con el beneplácito del Sistema y estaba gobernado por él.

SORA se lucraba de cada gramo de droga que se vendía, de cada prostituta que se contrataba, de cada hurto y extorsión por pequeños que estos fuesen.

Si alguno de los cabecillas de los distintos “gremios” osaba desafiar las reglas que se le habían impuesto, el Sistema organizaba una tremenda redada que acababa con el problema de raíz y colocaba a un nuevo capo al frente del negocio.

Muz descubrió aquellos turbios tejemanejes gracias a un compañero, corrupto hasta la médula, que se fue de la lengua sobre cómo funcionaba las cosas allí y hasta qué punto los centinelas estaban implicados por órdenes de arriba.

Ahora que lo pensaba, el joven no recordaba haber vuelto a ver al agente Spillt después de que le confesase aquello.

V

El joven agente estaba nervioso como un adolescente enamorado. Avanzó unos pasos hasta alcanzar el estrecho callejón, en el cual yacían varias ratas muertas. Aquella podía ser la última oportunidad que tenía de hallar alguna pista del paradero de Adara.

La temperatura había descendido algunos grados, provocando que el aliento con el que trataba de calentarse las manos se condensase, formando pequeñas nubes de vaho.

Se resguardó detrás del edificio que hacía esquina, en la parte más oscura de la calle. Mientras, los habitantes habituales del barrio le dirigían miradas furtivas desde la altura de sus viviendas.

Un olor a orina se imponía en la mayor parte de las paredes, invadiendo el ambiente. A lo lejos se escucharon disparos, seguidos de dos pequeñas explosiones.

Muz se asomó al escaparate de la oscura tienda. Tras observar el interior durante algunos minutos oculto entre las sombras, determinó que en el local sólo se encontraba un individuo. Con toda seguridad era su hombre.

Se trataba de un viejo conocido del cuerpo de centinelas.

Lejos de tener la apariencia de un delincuente habitual, Kai Zocu apenas llegaba a alcanzar un metro sesenta de altura. Su constitución delgada y la palidez de su piel, unido a unas grandes ojeras, le daban una apariencia enfermiza. Su rostro nervioso y ratonil hacía difícil adivinar su edad, que podía haber sido cualquiera entre los veinte y los cincuenta años.

Cuando se aseguró de que las condiciones eran las adecuadas, el centinela abrió la puerta repentinamente y penetró en la pequeña tienda de electrónica.

—¡Agente Khone! —exclamó, sobresaltado, el dueño del decrepito negocio.

Muz se dirigió sin mediar palabra al mostrador, donde el despreciable dueño tenía varias BSIs desmontadas. En los últimos años la falsificación de aquellos dispositivos se había convertido en una práctica habitual.

—¡Oh, vaya! ¿Qué hace esto aquí? Pensé que se lo había entregado a las autoridades pertinentes —dijo el informático con cara de no haber roto un plato.

—Por lo que he oído, Kai, estás metido en algo mucho más gordo que unas BSIs liberadas —expuso, amenazante, el centinela.

—Ahora también me dedico a pasar grandes cantidades de droga, pero sigo trabajando aquí porque me encantan los trastos —dijo con sarcasmo el dependiente.

—Estoy hablando del robo de información, gilipollas. De gente importante.

—Vamos, Khone. Lo que ves es lo que hay —se quejó el hombrecillo

—¿Sí? ¿Por qué no le echamos un ojo a la trastienda?

—Oye, no hace falta... —comenzó a balbucear, nervioso, el hacker.

—A la trastienda. ¡Ahora! —gritó el agente.

—Dejé el negocio del pirateo hace mucho tiempo, ¿sabes? —alegó el informático, retrocediendo nervioso.

—¿Por qué me mientes, Kai? No me gusta que me mientan. —dijo Muz, desenfundando su arma corta. —Voy a contar hasta tres.

—Vale, vale, vale. Dame un segundo.

El comerciante sacó una llave que llevaba colgada al cuello y dirigió al agente a la parte de atrás de la tienda, guiado a punta de pistola.

Con un chirrido, el hombrecillo abrió la puerta a su guarida secreta. Muz recorrió la pequeña estancia con la mirada. Estaba abarrotada de aparatos electrónicos funcionando a pleno rendimiento. En las tres pantallas que había conectadas a ellos no paraban de desfilarse interminables secuencias de datos.

—No es lo que parece —trató de defenderse el enclenque hombrecillo.

El joven agente no tenía ni idea de qué parecía todo aquello, pero oyó tragar saliva a aquel delincuente de poca monta. Era el momento de marcarse un farol.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, pedazo de mierda? —dijo, fingiendo estar escandalizado.

—Es un negocio inofensivo.

—¿A quién le vendes esto?

—Usan nombres en clave, yo...

—¿A quién?! —gritó el agente, apuntándole de nuevo a la cabeza con el arma.

—No lo sé —rompió a llorar el pusilánime informático.

Bien, pensó Muz. Lo tengo justo donde lo quería. En aquellos momentos no le importaba lo más mínimo qué podía ser todo aquel lío de cables. Había ido hasta allí con un objetivo muy concreto.

—Vaya, vaya —dijo en un tono más calmado, dándole unas ligeras palmaditas en el hombro al asustado dependiente. —¿Sabes lo que te haría SORA si se enterase de esto?

El centinela pudo ver cómo se dibujaba una muestra de pánico en el rostro pálido del hombrecillo.

—Tranquilo, Kai. El Sistema no tiene porqué enterarse —dijo, sonriendo. —Siempre y cuando tú me hagas un pequeño favor.

El rostro ratonil del informático pareció aliviado.

—¿Cuánto crees que tardarías en descodificar este disco duro? —preguntó el agente, mostrándoselo.

Tras observarlo durante unos segundos el hacker contestó:

—Dame media hora.

ADARA

I

¡La habían tirado por la borda! No se lo podía creer. Los iba a encontrar, ya verían como sí.

“Es inútil. No lo conseguirás” susurró una voz en su cabeza.

Pero la centinela no se rindió. Siempre había sitio para un último esfuerzo. Sólo debía encontrar el modo. Manipulando la consola situada en el antebrazo de su armadura de explorador contuvo el aliento y pulsó la pantalla táctil. No ocurrió nada.

Puso de nuevo sus cinco sentidos en la causa y... ¡premio! Un potente haz de luz surcó la oscuridad que la rodeaba, desgarrándola.

Al principio la joven agente no fue capaz de ver nada. Tras haber pasado más de veinte minutos maldiciendo en la más absoluta oscuridad sus ojos precisaban un periodo de adaptación.

El foco de luz procedía de algún lugar de la armadura situado en la parte superior derecha de casco. Poco a poco el mundo que la rodeaba se fue volviendo cada vez más nítido.

Bajo sus pies se extendía una alfombra de seca tierra rojiza. El polvo que de ella procedía se había adherido a la plateada armadura en varios puntos, fruto de la brutal caída de la nave.

Adara se admiró de la dureza de las piezas y de su magnífico diseño. Había sobrevivido a ser lanzada de un vehículo que circulaba a ciento cincuenta kilómetros por hora sin más consecuencias que algunos rasguños en el duro metal.

Tras comprobar el estado de su armadura la joven centinela hizo un barrido a su alrededor. Por lo que pudo constatar a través de los cincuenta metros visibles a su alrededor se encontraba en la mitad de la nada. Todo lo que alcanzaba a ver era polvo, rocas y más polvo.

Por suerte para ella las características de aquel terreno habían permitido que las huellas de las tres naves se marcaran profundamente en el suelo. Eran fácilmente visibles y seguirlas no suponría un problema.

Pero las cosas no eran tan sencillas. Rara vez lo son.

La marca de las huellas estaba clara. La cuestión era ¿hacia qué lado iba a seguirlas?

Por un lado, se abría un nuevo mundo, ignoto, salvaje, peligroso. Avanzando a gran velocidad hacia él, alejándose a cada minuto más de la civilización, se encontraba la única familia que le quedaba. Ese estúpido de Melek se había metido en un buen lío.

Por el otro se extendía un largo camino de vuelta a casa. Allí le esperaba Muz, el mejor hombre que había conocido jamás y al que amaba con locura. ¿Dónde estaba cada uno?

Adara dirigía la mirada en una y otra dirección, sin saber qué hacer. Una oleada de sentimientos encontrados le golpeó con fuerza y las lágrimas acudieron a sus ojos.

La joven agente respiró hondo. No iba a dejar que los sentimientos tomaran el control de la situación. Exhaló despacio y se dispuso a hacer una lista de pros y contras.

Por un lado, las raudas naves avanzaban a gran velocidad. Si bien es cierto que por ahora su rastreo era sencillo aquello no le aseguraba que seguiría siéndolo en el futuro.

La misión de las naves era la de obtener pruebas de la existencia de vida fuera de la cúpula por lo que no sabía si tendrían que alejarse demasiado. Puede que allí fuera solo hubiese piedras y polvo. Sin embargo, si finalmente se decidía por aquel camino, debía encontrar a su hermano y el resto de los miembros del equipo en no más de tres días.

Afortunadamente para la agente la armadura no contaba con un depósito de aire respirable, sino que filtraba y purificaba el que obtenía del exterior.

Ese desgraciado de capitán la había abandonado a su suerte, sin provisiones de alimento ni agua. Además, no sabría cómo sería recibida si es que lograba encontrarlos.

En Caloris dejaba toda la vida que había conocido. Su trabajo, sus compañeros... y Muz.

Se imaginó por un momento a su pareja. Estaría destrozado. El hombretón era cien kilogramos de puro músculo que lloraba con las películas de amor. Adara sabía que la quería con locura y a estas alturas debía de pensar que ella le había abandonado.

En cuanto a SORA, ni siquiera tenía por qué saber que se había ido. La centinela se había quitado su BSI, dejándola en la cómoda de su habitación, justo antes de confesarle a Muz la situación de su hermano. Tras aquello había partido en su búsqueda hasta acabar perdida y sola en la mitad de la nada.

Para el Sistema, ella se encontraba en su hogar y mañana era su día libre.

Eso le daba algo de margen.

En cuanto a la posibilidad de ser ubicada en la nave del grupo terrorista, Adara creía que el riesgo era mínimo. Según oyó decir a los terroristas antes de ser arrojada al vacío, el coordinador de la misión había sido abatido en la redada.

En cuanto a sus compañeros, la agente estaba segura de que desconocían su identidad. Iba sin identificar y, si la hubiesen estado siguiendo habrían accedido a la nave por la puerta trasera que ella había abierto en lugar de tirar abajo la entrada principal.

La joven agente suspiró. Cada vez tenía más claro lo que debía hacer, pero le dolía la parte que dejaba.

Su corazón le gritaba desesperadamente que volviese sobre sus pasos a reunir los pedazos que quedasen de su fiel compañero. Necesitaba poder explicárselo todo, que él supiese que no se había marchado sin más.

Además, a pesar de que le había prometido a Melek que jamás le abandonaría, el muchacho no sabía que su hermana iba tras sus pasos. Ni siquiera era consciente de que Adara conocía su paradero.

Echó una mirada a su alrededor, tratando de orientarse. Estaba amaneciendo.

Pensó con aprehensión en su pequeño desastre. Desde la muerte de sus padres ella siempre había tratado de cuidarle y protegerle lo mejor que había podido. Ya era hora de que siguiese su camino, decidió.

Un poso amargo la invadió y las lágrimas brotaron de sus ojos de nuevo.

La centinela, acostumbrada a ser dura e implacable meneó la cabeza, descartando todos aquellos pensamientos. En una situación como aquella tenía que centrarse en lo práctico, se dijo.

Calculaba que se encontraría a unos doscientos kilómetros de la cúpula. El trayecto sería duro, pero podía conseguirlo. Caminaría día y noche hasta que llegase a su destino.

Aun así, se encontraría en el Desierto Exterior, aún lejos de Caloris. Una vez allí tenía la esperanza de poder encontrar agua y algo que comer. Si conseguía mantenerse con fuerzas hasta llegar al Dique estaría salvada.

Reunió todo el ánimo que le quedaba y dirigió el haz de luz de su casco en una de las direcciones que seguían las huellas. La claridad del sol naciente era suficiente para ver en la lejanía. Adara forzó la vista, tratando de captar algún detalle que la ayudase a orientarse.

Al estudiar el gesto de su ocupante, la inteligencia artificial del traje hizo

zoom x10. Una vez pasada la sorpresa inicial, la agente escrutó el horizonte. Una mueca de alivio se dibujó en su rostro.

Allí estaba, a lo lejos, el cráter de Caloris.

Bajó la mirada hacía las profundas huellas dejadas por las tres grandes naves. Al menos el camino sería fácil de seguir, pensó optimista.

Adara inspiró profundamente, con los brazos en jarra. Cuando soltó el aire supo que estaba preparada.

Paso tras paso, con las primeras luces del alba, Adara comenzó su regreso a casa.

II

No podía creer lo que estaba viendo.

Había estado caminando durante toda la mañana a buen ritmo sin apenas descansos. No le inspiraba mucha confianza estar sentada sola en territorio hostil, rodeada por la inmensidad.

Calculaba que habría recorrido unos cuarenta kilómetros. Ahora que el disco solar se encontraba en lo más alto del cielo darse un respiro. Estaba agotada.

Se sentó en el suelo y decidió observar el paisaje. Al principio se centró en estudiar de forma general la orografía del terreno.

Se encontraba en una inmensa llanura tapizada por completo del sucio polvo rojizo. A su alrededor se extendía el mismo paisaje durante kilómetros. Si no fuese por las profundas huellas dejadas por las naves estaría absolutamente desorientada.

Las técnicas de supervivencia aprendidas en la academia no le servirían de mucho en aquel ambiente tan distinto al de la gran urbe.

Sabía que habían abandonado Caloris por un túnel situado en la parte sur de la ciudad. A partir de ahí, el canal por el que habían circulado hacía innumerables quiebros en todas direcciones. Eso, unido a la persecución y la explosión del furgón policial habían conseguido que se desorientase por completo.

Aquello no consiguió desanimarla. Estaba acostumbrada. Desde que descubrió que su hermano era miembro de una organización terrorista y decidió mentir al Sistema por él había tenido muy pocas certezas.

La joven centinela suspiró, con la mirada perdida en el horizonte. Pensó en levantarse y continuar con su camino. Necesitaba unos minutos más pero no quería desperdiciar el tiempo. Cerró los ojos unos instantes.

Una idea de cómo emplearlo mejor apareció en su mente. Aun le quedaba mucho por aprender de aquella extraña armadura que parecía contener más de una sorpresa oculta.

Con pereza se dispuso a hacerle un chequeo completo al traje. Al elevar el brazo izquierdo hizo chocar la pantalla sin querer con uno de los salientes de la armadura. Para su sorpresa esta no reaccionó.

Adara levantó una ceja, sorprendida. El dispositivo no respondía a la presión, como ella había supuesto. Solo funcionaba ante el tacto del material con el que estaba hecha la parte de sus guantes situada sobre la yema de sus dedos.

“No está mal. Nada mal” pensó la agente mientras iba investigando las distintas opciones.

Descubrió que la visera de su casco, además de conectarse con la nave y proyectar imágenes que desde ella se enviasen, tenía la función de zoom y medía distancias, entre otras cosas.

Comprobó que la armadura tenía integrado una especie de exoesqueleto que, en caso de necesidad, podía activar. Este le proporcionaría fuerza extra cuando precisase cargar peso o golpear algo.

Descubrió con regocijo que, además del filtro purificador de aire, el dispositivo contaba con una pequeña zona de almacenaje de agua. Según le informó la pantalla tenía capacidad para transportar cinco litros. Eso haría un poco más fácil su ardua misión.

Adara trasteó un poco más con el resto de las opciones. Al final, aparecía un pequeño botón con el logo de la organización criminal. Debajo estaba escrito, “usar solo en caso de extrema gravedad”.

La centinela dudó un momento, pero luego pensó que estaba sola y desamparada en un terreno inhóspito en contra de su voluntad y, sin darle más vueltas, seleccionó la aplicación.

Al instante, un documento de vídeo comenzó a reproducirse en su escafandra.

III

“Hola.

Mi nombre es Mopho Nayaka, líder del grupo de liberación Neoprodotes, como bien sabes. Si estás viendo esto significa que algo en el transcurso de la expedición salió mal, poniendo en riesgo grave tu vida.

En este caso mis primeras para ti son “lo siento”. Nunca fue mi intención cargar sobre mi conciencia con la vida de tan valientes miembros de la organización.

Te ruego que no consideres la misión un fracaso. Como tu líder te prometo que tu muerte no será en vano. Si tan solo uno de vosotros consigue regresar podremos llevar adelante la regeneración de nuestro mundo. Si no es así, volveremos a intentarlo.

Imagino que ahora puedes estar confundido, enfadado, asustado. Sólo puedo asegurarte de que la causa que perseguimos merece todo el sufrimiento que has pasado.

Llevo años estudiando el pasado de nuestra raza, recolectando objetos aparentemente sin valor por toda la urbe, analizando la estructura de la ciudad, hasta que reuní las piezas suficientes para conocer la verdad.

SORA, un robot sin alma, nos miente para conseguir que sigamos sus órdenes como si fuésemos ganado, pero yo lo he descubierto. Sé quiénes somos, sé cuáles son las intenciones del Sistema y no vamos a permitir que nos siga utilizando como un recurso más.

Quisiera poder estar ahí en persona para agradecerte el gran sacrificio que has realizado por esta noble causa. Descansa en paz, compañero.”

IV

Fin del comunicado.

Unos segundos después la pantalla se apagó y Adara pudo volver al mundo real.

Tras meses de búsqueda por fin aquel cobarde de Mopho daba la cara. Ni siquiera dentro de la organización se le había visto. Su persona estaba envuelta en un halo de secretismo.

Al comenzar el mensaje aquel rostro surcado de arrugas le resultó familiar pero sólo cuando, en un giro, quedó patente que le faltaba el ojo izquierdo, cuando la centinela lo reconoció.

Su avanzada edad, su mirada penetrante, sus cicatrices, estaba claro. Lo único que no encajaba en la descripción era la voz, pero aun así... Adara podía esperar cualquier cosa de ese viejo demente.

Cesot “el mudo”, el morador del sector fantasma para el que conseguía los más variados objetos y grandes cantidades de información a cambio de dinero cuando era apenas una niña. Su relación comercial terminó el día en que ella y Melek presenciaron un asesinato por su culpa.

Ese hombre distante que los miraba con desprecio y jamás abría la boca había llegado a convertirse en el líder de la organización criminal más importante de la urbe, engañando a miles de personas, poniendo en jaque a los servicios de inteligencia del Sistema.

A Adara le costaba creerlo, pero ante sus ojos acababa de aparecer la evidencia. Sentía pena por su hermano, quien había decidido arriesgar su vida fiado en la palabra de un loco que a saber qué prometía a los que le seguían.

Quién sabe lo que podría hacer si conseguía derrocar a SORA y alcanzar el poder. Era un fanático.

La centinela tuvo claro entonces que, una vez de vuelta en la urbe, debía dar la voz de alarma al Sistema, desenmascarar a ese traidor y mantener la paz que habían alcanzado con tanto sacrificio.

Casi sin pensarlo trazó un plan: Se introduciría en la ciudad a través del Dique. Si alguno de sus compañeros le daba el alto haría uso de toda su autoridad para ser llevada ante sus superiores. Una vez allí trataría de hacer un trato. Si jugaba bien sus cartas podría usar la información que poseía para

volver a su antigua vida.
No anhelaba nada más.

TERCERA PARTE

YAXAAS

I

Al amanecer, la compañía entera estaba otra vez en marcha, rumbo al norte, dejando el gran muro de roca a su espalda.

Yaxaas y los Siete avanzaban en primera línea, con los aturdidores justo detrás de ellos. Los capitanes de los Ruhlar hablaban de sus planes para la batalla.

Al pasar junto a su líder Askozdik le preguntó:

—¿Dónde está ese ladino traidor de Yokubö?

—Probablemente escondido en algún lugar alejado de la reyerta —gruñó asqueado el gran lobo con los dientes apretados.

La bestia tenía un humor de perros tras el fracaso de su incursión la noche anterior. Estaba furioso por el hecho de haber perdido de nuevo una presa fácil.

Esa Zorra se estaba riendo de él. Solo de pensarlo la rabia le consumía por dentro como un fuego devorador.

Pero eso no era lo peor.

Una vez que el espíritu del muchacho, que tanto había luchado por obtener, se había desvanecido, Yaxaas montó en cólera. Se había esfumado en sus narices sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

Tan ocupado estuvo en soltar imprecaciones que no vio como una sibilina figura se deslizaba en la oscuridad y partía a la carrera hacia el campamento.

Para cuando los Siete llegaron, cabizbajos por la derrota que habían cosechado, se encontraron con que todo el asentamiento era un hervidero de nerviosismo y preocupación. Al parecer alguien había extendido la noticia de que su todopoderoso líder había sido derrotado por un niño indefenso.

El gran lobo supo al instante de dónde provenía aquella información. Cuando encontrase al gusano de Yokubö lo iba a despellejar con sus propias zarpas.

Las consecuencias inmediatas del rumor fueron dos: el descrédito de la bestia entre sus filas y que el ánimo de sus tropas decayese de manera considerable. Habían perdido la confianza en su líder.

Más aún, muchos de sus soldados comenzaron a temer a aquellos estúpidos seres duales.

La situación difícilmente podía empeorar.

Yaxaas decidió entonces retirarse a las afueras del campamento. La ira le recorría de arriba a abajo de tal modo que de no haberse ido a un lugar apartado hubiese masacrado a todos y cada uno de sus soldados. El signo más nimio de burla habría bastado para arrancarle la cabeza de un zarpazo a cualquiera de ellos.

En la negrura de la noche el gran lobo maldijo a la Madre y descargó toda su furia contra las columnas del bosque de roca en el que habían estado hostigando al muchacho hacía tan solo unas horas.

Profundas marcas de zarpas iban señalado el camino que el gran lobo iba siguiendo. Para cuando terminó no quedaba piedra sobre piedra en un radio de veinte metros a su alrededor.

Mientras recuperaba el aliento, algo más calmado, trató de enfriar su mente. Necesitaba hacer algo pronto o el plan que llevaba trazando eones se vería abocado al fracaso.

Debía hacer algo drástico, dar un golpe de efecto, si quería recuperar la confianza de los suyos. Por supuesto, esa sabandija de Yokubö recibiría un castigo ejemplar en cuanto le encontrara.

Aunque ese era su deseo más ardiente era consciente de que no podía ser su prioridad. Había que tomar medidas drásticas y debía hacerlo de inmediato.

Tras media hora de ardua discusión interna el líder de los Ruhlar se decantó por una solución. Quizá no fuese lo ideal, pero una vez se hubo decidido la determinación de la bestia era inamovible.

Al regresar al campamento se alegró al ver que la agitación de sus huestes había decrecido enormemente.

Estaba seguro de que tendría bastante que ver el hecho de que tres de los engendros voladores de Askozdik sobrevolaran el terreno.

Yaxaas ordenó al primer esbirro que vio que reuniese a los seis capitanes. Yokubö no osaría aparecer por allí si sabía lo que le convenía.

Les esperó en las lindes del campamento. Una vez estuvieron reunidos él y el resto de sus capitanes el gran lobo anunció sin preámbulos:

—Preparad cada uno a vuestras tropas. Atacaremos al amanecer.

Lo seis Ruhlar intercambiaron miradas de perplejidad. Askozdik hizo ademán de decir algo, más al ver el rostro de su señor decidió omitir cualquier comentario.

—Nuestro primer objetivo —continuó la bestia —es un pequeño asentamiento, si es que puede siquiera llamarse así, situado en los lindes

mismos del desierto. Según la información proporcionada por el despliegue aéreo se trata de una decena de construcciones. Calculo que no habrá más de cincuenta personas, a lo sumo.

—¿Cuál es el plan? —Preguntó Kandhutan, capitán de los aturdidores, abriendo sus horribles fauces.

—Esas criaturas no pueden percibirnos claramente pero sí son capaces de intuirnos si se les deja el tiempo suficiente. El trabajo de tu escuadrón será clave. El objetivo no es tanto llevar a cabo un ataque formal como acampar entre ellos sin ser notados.

—¿Nos trasladaremos a la aldea? —Preguntó Abhimaan, meneando sorprendido los cuernos.

—¡Exacto! —contestó Yaxaas. —Con los aturdidores acosando a esas criaturas día y noche será muy fácil ir llevando a cabo pequeños ataques. De este modo podremos ir conociendo a nuestro enemigo sin levantar sospechas. Os prometo que en menos de diez jornadas ese pueblucho será nuestro.

—¡Magnífico! —Exclamó Askozdik con un brillo de excitación en sus ojos de gato.

—Preparad a vuestras huestes. Esto no ha hecho más que empezar —dijo el gran lobo con una sonrisa sardónica en los labios. —¡Vamos a darle a esa Zorra donde más le duele!

II

Lub Zos, “la última” en el lenguaje antiguo, era el nombre de la desdichada aldea.

Si bien no contaba con muchos habitantes y no poseía el bullicio de las grandes ciudades, llenas de comerciantes que se situaban algo más al norte, los lubzienses podían gloriarse de una cosa: sus escasos pobladores formar una gran familia.

Siempre habían vivido según las enseñanzas de las *magjistares*, a pesar de que la última les hubiese abandonado hacía ya varias décadas, cuando partió hacia la Madre.

Los aldeanos, al ser tan pocos, se conocían entre ellos. Los niños eran educados por la toda comunidad, si alguno se ponía enfermo podía contar con que sus vecinos le llevasen comida y le procurasen lo necesario para su recuperación, en tiempo de cosecha hasta el más pequeño arrimaba el hombro. Sin embargo, todo cambiaría sin que nadie sospechase cómo en menos de quince jornadas.

El objetivo que Yaxaas había fijado para su ejército estaba claro: no descansarían hasta el último de aquello “hijos de la madre” cayese en sus redes. Aquel pueblucho de las afueras se había convertido en el campo de entrenamiento perfecto.

Lejos de ser las sofisticadas criaturas que había creído que eran, el líder de los Ruhlar descubrió que los aldeanos eran presas fáciles.

El gran lobo había decidido apartar la férrea disciplina que había mantenido hasta entonces y dejar que sus muchachos se divirtiesen a sus anchas. Si bien los engendros tardaron un poco en dominar las nuevas estrategias que debían tomar, los resultados que estaban cosechando eran más que satisfactorios.

A diferencia de los seres irracionales, los hidrógyros eran más difíciles de dominar. Su espíritu era muy capaz de oponer resistencia a las órdenes que no provenían de su interior. La clave de aquella guerra no estaba en someter a sus presas a base de fuerza bruta, sino de engañarlos poco a poco para que se precipitasen al vacío por su propio pie.

De este modo llegaron los primeros resultados.

Un sinfín de ataques bien orquestados fueron convirtiendo a la población de Lub Zos en un puñado de zombis inclinados al mal. Pronto, muy pronto, obedecerían las órdenes de Yaxaas.

III

El gran lobo llevaba cinco minutos merodeando, complacido, por los alrededores de la aldea cuando presenció una escena que llamó su atención.

Un hombre se dedicaba a dar vueltas frente a la puerta de un establo de madera vieja y pintura despostillada. De vez en cuando le daba una patada a una piedra con rabia.

Yokubö será un traidor, pensó Yaxaas, pero ha enseñado bien a los suyos el arte de inflamar la violencia en el corazón de los seres duales.

Parecía que aquel hombre se había metido en un buen lío. La puerta del redil en el que trabajaba quedaba bastante holgada y, si no se tenía cuidado al cerrarla, un golpe fuerte bastaba para que cediese. Pero él sabía a ciencia cierta que la había asegurado a conciencia. El suyo era el rebaño mejor cuidado de la aldea, maldita sea.

En todo caso, ya era demasiado tarde, le recordó el engendro que le rondaba, alimentando su ira.

Con la verja del redil abierta, solo Gudibna sabe cómo, las ovejas habían escapado durante la noche. Él pastor y sus compañeros habían pasado todo el día buscando a las cabezas dispersadas por el páramo. A pesar del registro concienzudo de la zona se habían perdido a tres, una de ellas preñada.

El patrono se había puesto hecho una furia, descargando su rabia contra el primero que apareció. Maldita la hora en que se acercó por allí, pensó el hombre.

Además de la bronca que le había caído le hizo prometer, rojo de ira y echando espumarajos por la boca mientras hablaba, que pagaría las pérdidas con su sueldo. Eso equivalía a casi cincuenta días de jornal.

“Mierda”, gritó el pastor, golpeando una bala de paja, haciendo que cientos de briznas amarillentas volaran por el aire.

Tan ocupado estaba en soltar imprecaciones que no vio aparecer la pequeña figura que se acercaba él con las últimas luces de la tarde.

—Tío Grime, —dijo la niña —la tía te está buscando.

—¿Qué tripa se le ha roto a esa ahora? —espeto el pastor.

—Dice que tenéis que hablar.

—Así que ya lo sabe... —dijo para sí el desdichado hombre. No quería

tener que enfrentarse a la mirada acusadora de su mujer.

—Todo el pueblo sabe lo que has hecho —le contestó la niña, mirándole a los ojos.

El señor Grime le sostuvo la mirada durante un segundo. La desfachatez de aquella cría le irritó sobremanera.

“¿Vas a permitirle que te hable así?” le dijo lo que él interpretó como su orgullo.

No pudo contenerse y, de todos modos, ¿a quién le importaba? Solo era una mocosa.

Con el revés de la mano le dejó bien claro que no era quién para burlarse de él. La muchacha cayó en tierra. Un hilo de sangre goteaba de su labio.

IV

La niña salió corriendo. Yaxaas la siguió hasta el bosque.

El esbirro que había estado acosando y sofocando a aquel pobre hombre se retiró.

Objetivamente no le correspondía al gran lobo aquella presa tan insignificante pero la suya era la primera gota de sangre derramada por la causa y nadie se atrevía a contradecir al gran lobo.

Además, aquella muchacha no era un espécimen corriente. En su interior ardía una rabia y unas ansias de venganza muy superiores a las que Yaxaas había visto hasta entonces.

Él sabía cómo sacarle partido.

—¿Vas a dejar que te trate así? —Le susurró al oído a la pequeña.

—Me las va a pagar —musitó la niña entre dientes.

Mientras la chica transitaba las inmediaciones de la aldea, roja de furia contenida, Yaxaas caminaba a su lado. La noche estaba cayendo.

Por el camino comenzaron a escucharse pasos que iban en dirección contraria. La niña salió entonces del sendero, para sorpresa de su acompañante. Agazapada, oculta entre los arbustos esperó en silencio.

El misterioso transeúnte era un leñador, a juzgar por su apariencia. Un burro tiraba de un viejo carro cargado de leña y el hombre llevaba su hacha al hombro.

En seguida el gran lobo supo que se trataba del padre de la muchacha. Podía leer este tipo de cosas en la mente de las abominaciones.

Yaxaas vio peligrar su plan. La niña correría en brazos de su padre para ser consolada y perdería todo lo que llevaba ganado.

Sin embargo, para su sorpresa, la muchacha no se movió. En cambio, una extraña sonrisa se dibujó en su rostro.

El gran lobo no perdió un segundo.

—¿Por qué no dejas que alguien más grande y fuerte que tú te vengue? —le susurró.

—Por supuesto que me va a vengar otro, estúpido. ¿Qué voy a hacer yo? ¿Darle un puntapié? —dijo la muchacha girándose para mirar cara a cara a aquel ser colosal.

Yaxaas no podía estar más sorprendido.

—¿Puedes verme?

—A ti y a todos tus horrendos amigos —contestó la niña con descaro.

—¿No tienes miedo? —inquirió el lobo.

—Si pudieseis hacer algo ya lo habríais hecho. Os limitáis a susurrar a los paletos para que hagan lo que vosotros queréis. Eso puedo hacerlo yo sin tantos aspavientos.

El gran lobo se alzó sobre sus patas traseras y aulló de tal modo que los animales de varios kilómetros a la redonda guardaron silencio. Después golpeó brutalmente el suelo con sus patas delanteras y gruñó a la niña con las orejas pegadas al cuerpo, enseñando sus afilados dientes.

La chica no se inmutó.

—¿Has terminado ya? —dijo cruzando los brazos. —Tengo cosas urgentes que hacer. Voy a conseguir que mi padre le parta la cara a ese gilipollas.

Dicho esto, comenzó a desandar su camino, pasando a través del lobo sin inmutarse lo más mínimo.

Yaxaas estaba realmente impresionado. Se encontraba ante un ejemplar muy peculiar, uno que podía resultarle enormemente útil. Si no jugaba bien sus cartas perdería la oportunidad.

—¿Que te parecería que ese “gilipollas” —pronunció con cuidado —no pudiese hacerte daño nunca más?

La muchacha se detuvo en seco. El lobo temió haberse precipitado.

—Te escucho —contestó ella, volviéndose con interés.

MELEK

I

Una vez más el muchacho tuvo que correr para no quedarse atrás mientras sus compañeros se dirigían cada uno a su tarea dando zancadas. El joven desfiló hasta el lugar donde se encontraba el morador Phi inspeccionando una de las naves y le puso la mano en el hombro, sobresaltándole.

De no haberse tratado de Melek el piloto se hubiese puesto a la defensiva, pero consideraba al chico miembro más débil del equipo y no le importaba bajar un poco la guardia.

—Ah, Zacaride —dijo bajando la mirada. —Eres tú.

El joven ingeniero dudó por un momento si debía preguntarle cómo se encontraba después de lo que había pasado pero la expresión de su compañero indicaba a las claras que no quería hablar de ello.

—¿En qué puedo ayudarte? —Preguntó en cambio.

—¿Puedes ocuparte del mantenimiento de las placas solares? Con todo este polvo pierden su eficiencia.

—Por supuesto —contestó Melek.

Tras dos horas de limpieza concienzuda las fuentes de energía de las tres naves estaban impolutas, listas para trabajar a pleno rendimiento. Mientras tanto el morador Phi se había dedicado a arreglar los pocos desperfectos que las balas de los centinelas habían causado en las antenas y se había recluido en el interior de la nave para tratar de averiguar la procedencia de la misteriosa señal.

Cuando Melek hubo terminado bajó de la NS-III y contempló el fruto de su trabajo, satisfecho. En ese momento la voz del capitán resonó dentro de su casco ordenando al grupo que se reuniera.

—Los científicos han terminado el reconocimiento de la zona —comenzó su discurso. —Por ahora han encontrado únicamente especies vegetales de las que creen que no merece la pena tomar muestras.

—Nuestra capacidad de transporte de seres vivos es limitada —se excusó el morador Elmu. —Además, siendo esta nuestra primera parada podemos recoger alguno de estos especímenes a nuestro regreso si no encontramos nada mejor.

El capitán Lesole hizo un gesto con la mano indicándole que se callase y

continuó:

—Equipo de exploración, informen.

El morador Jägare tomó la palabra.

—No hemos encontrado agua por el momento. Aun así, el aumento de vegetación que se produce según avanzamos hacia el sur nos hace pensar que pronto daremos con ella. Respecto al terreno tenemos dos buenas noticias. Para deleite de los cerebritos les diré que, a pesar de no haber encontrado ningún ejemplar, hemos hallado huellas de formas de vida animal.

Los dos científicos sonrieron, entusiasmados. No podían esperar para analizar a aquellos seres.

—La otra buena noticia —continuó el experto en supervivencia —es que a pocos kilómetros de aquí hay un pequeño cráter, de no más de quinientos metros de diámetro, que podría proporcionarnos protección durante la noche.

—Lo tendremos en cuenta —sentenció el líder de la misión. —Morador Phi, ¿qué sabemos de la señal de radio?

—Las antenas de la NS-III habían sufrido en parte las consecuencias del tiroteo. —contestó este con desgana. —Tras reajustar su dirección y a pesar de la debilidad de la señal creo poder asegurar que su origen se encuentra en dirección sur. No sabría determinar la distancia.

—Bien —dijo el capitán Lesole, complacido. —Preparad vuestros equipos. Partiremos hacia allí en media hora. Es una orden —añadió, dirigiéndole una significativa mirada al piloto.

Una vez disuelto el grupo Melek y el piloto fueron a recoger las herramientas que habían utilizado. El muchacho miró un par de veces el rostro de su compañero. Parecía realmente preocupado.

—¿Crees que lo haría? —me atrevió a preguntar al fin Melek. —¿Crees que sería capaz de eliminar sin más a los miembros de su propio equipo?

El joven piloto se quedó en silencio durante algunos segundos, inmóvil, antes de contestar.

—Me gustaría pensar que no.

II

Una vez dentro de la nave Melek acopló su armadura al asiento, esta vez sin tantos problemas, y luchó por parecer indiferente a lo ocurrido. Había sido sencillo no pensar en ello mientras estuvo ocupado, pero ahora que no tenía siquiera un paisaje con el que distraerse la terrible escena venía a su mente una y otra vez.

El capitán Lesole no se había limitado a imponerse. La orden había sido acompañada con un grado tal de violencia, crueldad y premeditación que hasta los dos expertos en supervivencia, moradores duros donde los hubiese, habían intercambiado miradas de preocupación.

A partir de aquel momento en la mente de cada uno de los componentes de la misión quedó claro un mensaje: la desobediencia no era una opción.

El morador Dokita había dejado de expresar sus quejas en el preciso instante en el que se produjo el disparo. No se había atrevido a abrir la boca desde entonces.

Llevaban varias horas de camino en silencio, solo roto por el aviso de recepción de la señal de radio, que se repetía periódicamente, cuando la temida voz del capitán resonó dentro de la nave.

—Ya casi hemos llegado al cráter —anunció. —Pilotos, inicien protocolo de transformación de la nave.

Con un suspiro el morador Phi comenzó a toquetear botones y a levantar y bajar palancas.

Melek notó que poco a poco fueron perdiendo velocidad hasta detenerse casi por completo.

Con una pequeña sacudida comenzó a realizarse la transformación. Al joven ingeniero le hubiera gustado poder verlo desde fuera.

La nave entera dejó de desplazarse sobre su sistema de tracción de oruga, similar al de los tanques de guerra, y se alzó sobre dos poderosas patas articuladas.

Los tripulantes, en su interior, pudieron notar como la cabina en la que se encontraban se elevaba más de metro y medio sobre el suelo. Tras unos minutos la NS-III estuvo lista para afrontar la escalada y posterior descenso al interior del cráter.

Si bien su velocidad era muchísimo menor, el desplazarse sobre dos patas tenía sus ventajas. Además, las ligeras sacudidas que producían los pasos de la máquina mecían a sus ocupantes, rebajando en parte la tensión que había en el ambiente.

Les llevó casi una hora remontar la pequeña elevación que los llevaría al borde mismo del cráter. Una vez allí nave principal se detuvo para estudiar el terreno.

Para su sorpresa Melek pudo comprobar en las imágenes proyectadas en su escafandra que el pequeño valle interior estaba desierto.

Aquello era muy extraño. Una tierra rojiza vetada por destellos violáceos lo inundaba todo. No había rastro de vegetación.

—El lugar está despoblado de toda forma de vida —informó el capitán. —Este valle nos servirá de refugio durante la noche. Acamparemos aquí.

“La colina no es tan alta como para aislar la zona, —pensó el muchacho, —y el exterior es un vergel. Quizá hay algo en el cráter que imposibilite la vida.”

El joven ingeniero compartió sus preocupaciones con el morador Dokita.

—Mmm... interesante razonamiento —comentó el médico, meditativo. — Quizá alguien debería hacérselo notar al capitán.

—Pero él ya ha tomado la decisión de pasar aquí la noche —protestó el muchacho entendiendo que se refería a él. —¡Lo ha ordenado!

La cara de Melek no podía expresar más miedo.

—Yo tampoco me atrevo a contradecirle, chico —le contestó el médico. Tras unos segundos añadió en un tono más tranquilizador —mira, tenemos las armaduras con sus filtros de aire, provisiones de sobra para un par de días y no creo que sea necesario salir de las naves. No te preocupes, no hace falta enfrentarse con el jefe.

La última frase fue acompañada con un guiño de complicidad que aplacó la conciencia del joven.

Con voz enérgica, el líder de la misión decretó por megafonía que reanudarían la marcha en cuanto estuviesen listos.

Los tripulantes volvieron a acoplarse a sus asientos. Melek agradeció enormemente el consejo del piloto que hacerlo pues la pendiente en la cara interior del cráter era muchísimo más pronunciada de lo que él había pensado.

Las naves, derrapando en ocasiones, descendieron varios metros de golpe, sin perder el equilibrio. El sistema de estabilización de aquellas máquinas era realmente prodigioso.

El joven ingeniero dudaba de que él mismo hubiese podido hacerlo mejor.

III

Cuando llegaron abajo los ocupantes de la nave se apretujaron contra la pequeña ventana del piloto para ver el espectáculo.

Por todo el fondo del cráter apareció un resplandor violáceo proveniente del mismo suelo que quedaba desmerecido en las grabaciones.

No era un brillo intenso, más bien todo lo contrario. Tanto su forma como su color variaban continuamente. A Melek le resultaba hipnótico.

Para sorpresa de los integrantes de la misión “Nuevo mundo” cuando la primera nave posó una de sus poderosas patas en el fondo del cráter la máquina perdió el equilibrio y a punto estuvo de volcar.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó el capitán Lesole. —¡Quiero una revisión completa del sistema de estabilización!

—No se trata un fallo de la nave —murmuró el morador Phi hablando consigo mismo.

—¿Por qué lo dices? —se interesó el joven ingeniero.

—Fíjate en los soportes de la nave —le indicó el piloto sin apartar la vista de la pequeña ventana que se encontraba frente a él. —Se han hundido más de treinta centímetros. No son los sistemas del vehículo, es el terreno.

Melek miró con admiración a su serio compañero. Mientras el capitán seguía vociferando, exigiendo que los mecánicos hiciesen algo, el piloto ya había resuelto el misterio.

—¿No ha oído lo que has dicho?

—No. Mientras ajustaba las antenas hice algún que otro cambio en los comunicadores. Ahora esta nave activa sus micrófonos cuando quiere.

—¿Y no se lo vas a decir? —le preguntó el joven ingeniero, divertido.

—Ya se dará cuenta él solito —contestó elevando los hombros con una sonrisa disimulada. —El capitán piensa que soy un soldado estúpido y un soldado estúpido es todo lo que obtendrá de mí.

Mientras esperaban Melek calló en la cuenta de que hacía tiempo que no oía la señal de radio. Un mal presentimiento se apoderó entonces del muchacho.

—¿La hemos perdido?

—No, no —rio el piloto. —Hemos quedado momentáneamente fuera del

alcance de la señal al descender tantos metros y estar rodeados por el borde del cráter.

Tras unos quince minutos la voz del capitán volvió a resonar por los altavoces de la nave.

—El morador Elmu ha solicitado permiso para salir a investigar el resplandor morado y para una posible toma de muestras mientras solucionamos el problema de la NS-I. Le cubriremos en caso de peligro. NS-II y III, formación de media luna.

Las dos enormes naves maniobraron hasta colocarse una cada lado de la nave principal. Tanto el morador Phi como el morador Jägare tuvieron en cuenta el cambio de terreno.

—¿Veis? Ellos también le han dado cuenta y tampoco le han dicho nada —comentó el piloto sonriendo. —Ese déspota tiene lo que se merece. Ha perdido la confianza y el respeto de su equipo. Ya no vale nada como líder.

Una vez se hubieron colocado en formación la compuerta de la nave principal se abrió con un sonido hidráulico. El morador Elmu, enfundado en su armadura de protección, comenzó el descenso ceremoniosamente.

Cuando llegó al final de la rampa de entrada hizo una pequeña pausa y, finalmente, saltó al exterior. Al aterrizar quedó enterrado hasta la mitad de la tibia. El biólogo permaneció allí un momento, inmóvil, mientras estudiaba con sorpresa la situación.

—Parece que estamos sobre un terreno fangoso, capitán —informó mientras luchaba por liberar una de sus piernas. —Quizá fue eso lo que hizo zozobrar nuestra nave.

—Premio para la señorita, —dijo en tono burlesco el piloto de la NS-III con el micrófono cerrado.

Los tres tripulantes intercambiaron sonrisas y miradas de complicidad. Era agradable tener un momento de distensión tras la despótica demostración de poder del capitán. Tuvieron que admitir que la manera que tenía el biólogo de avanzar por aquel terreno desconocido era, cuanto menos, cómica.

—Estoy acercándome a una veta en la que el resplandor violáceo es más intenso —dijo jadeante el pobre científico. —¡Vaya! ¡Esto es sorprendente!

—Exijo saber qué está pasando —ordenó el capitán.

—No es un mineral como habíamos sospechado, Señor. Es más bien un fluido. Solicito permiso para tomar una muestra.

—Permiso concedido.

El resto de los integrantes de la misión vieron como el biólogo

maniobraba de espaldas a ellos. Se agachó en aquel terreno mullido ante una pequeña aglomeración de unos cinco centímetros de ancho constituida en su totalidad por aquella sustancia brillante.

Desacopló de la cartuchera de su armadura, especialmente equipada para la investigación de campo, un tubo de unos veinte centímetros de alto y cinco de ancho y lo clavó con facilidad en la tierra. Cuando estuvo completamente insertado lo giró un cuarto de circunferencia y tiró de él con fuerza.

Dentro del tubo había quedado atrapada una muestra de terreno completamente vetada por aquella misteriosa sustancia violácea. El morador Elmu cerró el recipiente y lo levantó, mostrándolo triunfante en dirección a la nave principal.

Aun con la armadura de explorador podía verse la excitación que sentía ante el primer descubrimiento exterior que hacían. Pletórico, el científico se introdujo de nuevo en la NS-I. Estaba impaciente por comenzar el análisis de aquella sustancia.

IV

Mientras el científico regresaba a la nave con su botín, el sol había ido descendiendo en el horizonte. El capitán Lesole ya había establecido un toque de queda y llegada la hora todo el mundo debía estar descansando.

El piloto de la NS-III puso los sistemas de la nave en hibernación y se preparó para reponer fuerzas. El día había resultado agotador y, a pesar de que la imagen de aquel estúpido de Ulka apuntándole con su propia arma a la cabeza no dejaban de aparecer en su mente, trató de cerrar los ojos y descansar.

Pronto, el silencio que inundaba la nave se vio interrumpido por los sonoros ronquidos del morador Dokita. Era admirable ver la capacidad para conciliar el sueño que tenía el buen doctor. Sus compañeros habían empezado a sospechar que podría quedarse dormido de pie en el interior de la armadura.

El morador Phi sonrió a la oscuridad que le rodeaba. Estaba a punto de empezar utilizar el viejo truco de contar ganado cuando un pequeño piloto rojo se encendió a su izquierda.

Sorprendido, el piloto se irguió en su asiento. Frunció el ceño: los sensores de la nave habían captado algo. Trasteó durante algunos segundos en el panel de control más cercano y su expresión se acentuó.

—Qué extraño... —murmuró en la noche.

Ahí estaba. La señal de radio había reaparecido con más intensidad que nunca.

V

El morador Elmu tuvo que trabajar contra reloj en su cabina laboratorio para poder hacer una breve observación al microscopio de su pequeño tesoro.

Extrajo la muestra del tubo con cuidado, pero antes de que pudiese llegar al portaobjetos en el que iba a trabajar una pequeña gota de aquel material cayó al suelo.

“¡No!”, pensó el científico. Aquel acto tan estúpido podía acarrearle serios problemas, especialmente con el capitán Lesole al mando.

Todo lo rápido que pudo cogió un hisopo y limpió la pequeña cantidad de fluido. En menos de un segundo no había ni rastro de la muestra. Nadie tenía porqué saber qué había pasado.

Con más cuidado, tratando de dominar la excitación que hacía temblar sus manos, continuó trabajando con aquel curioso material. Lo preparó, lo introdujo en el portaobjetos y la observó bajo veinte aumentos. Aquella sustancia parecía a la vez viscosa y etérea, haciendo virutas en el aire mientras trabajaba con ella.

Miró por encima de su hombro y se asomó a su microscopio levantando la escafandra de su casco, incumpliendo el protocolo. Este dictaba que los tripulantes de la nave en la que se fuesen a exponer sustancias del exterior debían portar la armadura en todo momento hasta que se completase su análisis, pero con la escafandra puesta no había manera de trabajar en condiciones.

Gracias a la libertad de movimientos que tenía con el casco abierto observó como aquella sustancia estaba formada por aglomeraciones irregulares y mal definidas. Cuanto más grandes eran más brillo desprendían.

Eso explicaba la poca homogeneidad del material, pensó el científico. Estaba contento y excitado por haberse atrevido a incumplir las normas.

Mientras el capitán no se enterase todo iría bien. A fin de cuentas, ¿qué podía pasar?

NARETH

I

En el primer recodo que formaba la complicada entrada a Uulzalt la estaban esperando sus misteriosos acompañantes. Eran tres jóvenes pálidos y delgados, versiones ligeramente más poderosas de Maüt. Llevaban las mismas espadas, pero había algo en ellos que no acababa de encajar.

Sus vestiduras, lejos de parecerse a las gastadas ropas de su amigo, eran limpios uniformes de lino. Irradiaban una pulcritud tal que parecía que sus pies jamás hubiesen pisado la tierra.

“Quizá es la primera vez que lo hacen”, pensó la muchacha para sí.

—¿Eres tú la *magjistare* que ve?

—¿Lo soy? —preguntó Nareth, dirigiendo una mirada suplicante a Maüt.

Este asintió con la cabeza.

—Gracias a la Madre —dijeron los extraños. —No tenemos mucho tiempo. Como ya sabéis el mal ha sido desatado en el mundo y ahora campa a sus anchas. Mi nombre es Ainaar Olum, y mis compañeros son Gamot y Kuhaam Olum. Hemos sido enviados a buscarte.

Los aludidos hicieron unas leves reverencias con la cabeza.

Al oír aquello la joven elevó los ojos hacia los tres hombres, esperanzada. Por fin podría deshacerse de la carga que hasta aquel momento había pesado sobre sus hombros.

—¿Vais a ayudarnos? —dijo. —¿Tenéis un ejército?

En el rostro de los interpelados se dibujaron unas sonrisas cargadas de nostalgia.

—Lo tenemos, pero no en este mundo —explicó Ainaar. —No es esa nuestra misión. Hemos venido a transmitirte un mensaje, una palabra revelada por la Madre.

A Nareth le comenzó a dar vueltas la cabeza.

Una cosa es ser *magjistare* atendiendo a los enfermos y trayendo las nuevas vidas al mundo en su pequeña aldea y otra cosa muy distinta era recibir un mensaje de la mismísima Gudibna. Maara no la había preparado para aquello.

—Te equivocas. La señorita Moma lo hizo lo mejor que pudo. —Dijo el joven. —Sabía que estabas destinada a algo grande, aunque no le fue revelado

el qué. Por este motivo puso todo su empeño en enseñarte las antiguas escrituras y las lenguas arcanas.

La joven iba a asentir, pero quedó paralizada al darse cuenta de lo que implicaba la respuesta que le acababan de dar. Aquellos seres podían leerle el pensamiento.

Cuando se recompuso de la sorpresa elevó una breve oración de agradecimiento a la Madre por su mentora. Los tres jóvenes esperaron respetuosamente a que terminase.

—Bien —pronunció al fin la chica en voz alta, abriendo los ojos. —
¿Cuándo empezamos?

—Aún no —enunció Ainaar, que parecía el líder del grupo.

Nareth no entendía qué quería decir. ¿Acaso no acababan de decir que no había tiempo que perder?

Los extraños escucharon aquellas frases tan claras como si la muchacha las hubiese pronunciado en voz alta. Como única explicación Ainaar echó una mirada furtiva sobre su hombro añadió:

—Este lugar no es seguro.

II

Se levantaron ráfagas de aire frío mientras el grupo avanzaba con decisión, a veces vadeaba con decisión, por aquellas grutas laberínticas que le llevaría a un lugar alejado de los oídos del enemigo.

Nareth estaría dispuesta a atravesar las paredes a patadas si con eso consiguiese llegar de una vez a su destino. Llevaban horas andando, inmersos en la oscuridad de la noche. Estaba agotada. Agotada.

Ella ya había hecho todo lo que podía hacer. ¿No iban a dejarla descansar nunca? Si tenía que volver a enfrentarse a ese gran lobo moriría sin remedio.

Quizá fuese cierto que tenía los días contados, como le había dicho Maara. Desde luego, si alguien podía saberlo ese era Maüt.

Con estos lúgubres pensamientos rondándole la cabeza llegó la joven *magjistare* a su destino, precedida por sus cuatro acompañantes que tuvieron la deferencia de no hacer ningún comentario.

A pesar de la luminosidad que apareció de repente Nareth no pudo evitar que los ojos se le abriesen como platos. Tras el último recoveco del camino la red de túneles se abría paso hasta una caverna colosal.

La abertura no terminaba a ras del suelo, sino a una decena de metros sobre él, lo que permitía tener una buena vista de la increíble escena que apareció ante sus ojos.

El interior de la gruta estaba iluminado con antorchas. En su parte superior había un gran agujero por el que penetraba la luz de la luna. En su base, justo debajo de la abertura se extendía un pequeño lago, rodado de pequeños huertos. Más lejos del centro aparecían medio centenar de casitas, junto con alguna otra edificación más grande. Un pequeño rebaño de cabras completaba el cuadro.

—Descendamos —dijo Ainaar.

Nareth bajó la vista. A sus pies, fijada a la roca con enormes anclajes, colgaba una escalera de cuerda gruesa. La joven comenzó a descender por ella, peldaño a peldaño, seguida por los cuatro Olum. Maüt cerraba el grupo.

No había recorrido más de un tercio de la distancia que le separaba del suelo cuando un revuelo de campanas llenó toda la cueva.

La *magjistare* se giró a tiempo para ver como un nutrido grupo de gente

salía de las construcciones y se dirigía a la puerta del edificio principal.

Se trataba de una reunión pintoresca. Cada uno de aquellos individuos iba vestido por completo de blanco con una larga túnica que le llegaba hasta los pies. Todos llevaban puesta una capucha que ocultaba parcialmente su rostro y todos, sin excepción, eran mujeres.

Con actitudes que iban desde la somnolencia al alarmismo, pasando por la preocupación moderada, las habitantes de la cueva tenían los ojos fijos en aquel grupo de intrusos que había aparecido en mitad de la noche.

—No te pares, por favor —le urgió Gamot.

La joven bajó a toda prisa lo que le quedaba de escalera. Para cuando llegó al suelo, una de aquellas mujeres se había adelantado a las demás y les esperaba, con una sonrisa en los labios y un destello de preocupación en el rostro.

—Bienvenida —dijo la mujer, dirigiéndose a la joven con voz cristalina.

—¿Gracias? —carraspeó esta. Un silencio incómodo tomó el control de la situación así que añadió: —Disculpen la irrupción en plena noche. Necesitábamos un lugar seguro en el que guarecernos.

—¿Necesitábamos? —La voz de aquella dama de mediana edad sonaba consternada. Con disimulo echó una rápida ojeada por encima del hombro de la *magjistare*.

Nareth la imitó. Vio el rostro de sus acompañantes, quienes intercambiaban sonrisas de complicidad. “Todo esto es una locura, claro”, pensó la muchacha. “El problema es que ahora yo también formo parte de ella”.

—No puede veros, ¿verdad? —preguntó a los Olum, algo molesta.

—¿Ver a quién? —preguntó la desconcertada mujer.

La pobre trataba de mantener la calma, pero cada vez estaba más segura de que aquella chica destartada que había aparecido de repente no era más que una loca que se había perdido en las montañas.

—Dile quién eres —le ordenó Ainaar.

—Mi nombre es Nareth Nim. Soy... soy la *magjistare* que ve.

La expresión del rostro de la mujer pareció transfigurarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el rubor acudió a sus mejillas. Se llevó las manos a la boca y musitó.

—Gracias a Gudibna. ¡Al fin has venido!

III

A la *druzyna*, así se llamaban aquellas mujeres, le tintineaba la cuerda llena de nudos que usaba a modo de cinturón mientras conducía a Nareth por los estrechos caminos entre las casitas hasta llegar a un portón de madera.

La muchacha se fijó en lo viejo y gastado que estaba el escalón de piedra sobre el que se apoyaba el portón. Las *druzyñas* debían de frecuentar mucho aquel lugar.

La amable mujer, que tendría unos treinta años, se llevó un dedo a los labios indicándoles que guardaran silencio. Al menos se lo indicó a la *magjistare*. Después se giró y abrió el portón ceremoniosamente.

Ante los ojos de los visitantes apareció una espaciosa nave de techos altos. Estaba imbuida de un aroma especial que penetró en el cerebro de Nareth, provocando que una paz que no había conocido antes irrumpiese como una ola en su mente, arrastrando todas sus preocupaciones con ella.

El edificio estaba tenuemente iluminado y todo en él invitaba al recogimiento. Pegadas a ambos lados, en las paredes, había dos hileras de asientos.

Las *druzyñas* permanecían allí, de pie, en silencio, dándole la espalda a los extraños. Todas y cada una de ellas estaba girada hacia la parte trasera de la nave. En ella, elevada sobre un par de escalones, había una zona plagada de velas que resaltaban la importancia de aquel lugar.

Entonces Nareth lo vio, allí, presidiéndolo todo. No era en absoluto como lo recordaba, pero la muchacha estaba segura de que estaba en lo cierto, a pesar de que sus sentidos pareciesen no estar de acuerdo.

—El Inewadi —susurró, fascinada.

Este ejemplar distaba mucho de parecerse al ajado libro que había pertenecido a las *magjistares*, pasando de una a otra, custodiado por ellas de generación en generación. Sus hojas estaban en perfecto estado, los lomos bien encuadernados, las cubiertas aún rígidas, los grabados exhibiendo plenamente su color.

—Pero aún hay más —le confió Ainaar, conociendo sus pensamientos. — Este ejemplar está completo.

—¿Completo? —le preguntó la muchacha, sorprendida.

¿Acaso al libro que había estado estudiando con su mentora, leyendo y releiendo su contenido una y otra vez, le faltaban partes?

Pero Nareth no tuvo mucho tiempo para pensar en aquello ya que las *druzyñas*, como una sola mujer, comenzaron a cantar. Sus voces se elevaban como incienso en presencia de la Madre.

La muchacha cerró los ojos, soltó todo el aire y se dejó mecer por aquel mar en calma que eran los cánticos de aquellas mujeres. Reconoció algunos de los himnos que ella y Maara habían entonado alguna vez juntas y se le antojaron simples bocetos al lado de aquella armonía de voces.

Aunque la letra de los cánticos estaba en el lenguaje antiguo la muchacha fue capaz de distinguir algunas frases, oraciones de esperanza que le introdujeron en su alma la certeza de que, a pesar de todo, el mal no podría vencer jamás.

Cuando los salmos terminaron la *druzyna* que había salido a recibirles avanzó hasta el Incwadi y, sin tocarlo, proclamó un solo pasaje.

***BIEN SÉ LOS PENSAMIENTOS QUE TENGO PARA TI,
ORÁCULO DE LA MADRE,
PLANES DE PAZ Y NO DE DESGRACIA,
PARA DAR ESPERANZA A ESTA GENERACIÓN.***

Tras un breve momento de silencio, la mujer hizo una profunda reverencia ante el libro sagrado salió de la nave, seguida del resto de las habitantes de aquella cueva.

Nareth quedó allí sola con los Olum. Su corazón estaba en calma como una balsa de aceite.

La mano de Maüt se posó sobre su hombro. Al girarse pudo ver como cuatro rostros con sendas sonrisas tranquilas la observaban. Ainaar tomó la palabra.

—Vamos. Ahora debes escuchar.

MUZ

I

Había pasado exactamente media hora cuando el informático le devolvió el disco duro desbloqueado, listo para ser insertado de nuevo en un ordenador.

—¿Ve, morador Zocu? —dijo el agente, dirigiéndole una mirada burlona. — No ha sido tan difícil, ¿verdad? Muchas gracias por liberar el dispositivo. Por supuesto, SORA no debe enterarse de nada de esto o ambos pasaremos una buena temporada a la sombra. Ahora descanse, Zocu. Estar continuamente en la línea entre la legalidad y el delito es agotador, por lo que tengo entendido.

—Espera, ¿qué? —respondió el hacker, poniéndose algo más pálido de lo habitual. —¿El Sistema no está al corriente de esto?

—Por supuesto que no —Muz no entendía muy bien qué quería decir. — Es ilegal.

Con un rápido movimiento, nada habitual en él, el informático le agarró el antebrazo derecho, obligándole a elevarlo a la altura de sus ojos para poder escudriñarlo. Encontró lo que buscaba en la muñeca del agente.

—¡Serás idiota! —le gritó, sujetando en alto la BSI de centinela que llevaba.

Parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas. El informático le soltó el brazo con una mezcla de ira y desprecio.

Muz abrió la boca para contestar a aquella falta de respeto, pero le dio tiempo a articular palabra. Sin previo aviso el raquíptico delincuente le embistió con una fuerza inusitada para su constitución, derribándolo.

Mientras caía, el agente pudo oír el sonido que producía un pequeño proyectil al impactar contra la pared.

¡Alguien les estaba disparando!

Rápido como un rayo, Kai Zocu se levantó y cerró la puerta de la trastienda justo a tiempo, pues las campanillas de la entrada anunciaron que sus atacantes ya estaban dentro.

Ignorando a Muz, que aún estaba tirado en el suelo, el dependiente se precipitó contra una de las numerosas pilas de cajas que tenía amontonadas por toda la habitación.

Muz trató de levantarse, jadeante. La sangre le golpeaba con fuerza los

tímpanos. Como agente de la ley se había enfrentado a numerosas situaciones peligrosas, incluso a algún tiroteo, pero nunca nadie le había disparado por la espalda. ¡Habían intentado matarle, maldita sea!

—¿Quieres ayudarme, joder?! —le gritó Kai, histérico.

El hombrecillo seguía empujando con todas sus fuerzas una pila de cajas que con toda probabilidad pesaba lo mismo que él. El agente se puso en pie, aún aturdido por la situación, y levantó sin apenas esfuerzo la torre de cajas.

Debajo había una trampilla.

—Ábrela, ¡Vamos! —le apremió Kai.

El informático desconectó todos los cables que pudo a tirones y en un abrir y cerrar de ojos se había colado por la abertura.

Mientras tanto, la puerta de la trastienda comenzó a recibir una oleada de empujones que amenazaba con derribarla.

Sin dudar un segundo Muz se dispuso a seguir a su improvisado compañero. Apoyado en sus fuertes brazos se dejó caer por la trampilla. Las bisagras de la puerta comenzaban ya a combarse.

El joven agente estaba a salvo. Al menos lo hubiera estado si no se hubiese quedado atascado en la portezuela.

—¡Mierda! —gritó impotente.

La salida de emergencia estaba diseñada para el estrecho cuerpo del informático y los enormes hombros de Muz se negaban a pasar.

En la trastienda otro empujón hizo que la puerta se desplazara ligeramente sobre sus goznes. El pobre agente trataba desesperadamente de introducirse por la trampilla. Si no lo conseguía sus atacantes entrarían y le encontrarían enterrado como un topo, sin posibilidad de defenderse. Les había puesto su cabeza en bandeja.

Muz empujó hacia abajo con todas sus fuerzas, pero los movimientos que podía realizar estaban muy limitados. A pesar de todos sus esfuerzos solo consiguió introducirse un par de centímetros más en el agujero.

Con un potente golpe la puerta de la trastienda finalmente cedió y un corpulento hombre cayó tras ella. Llevaba el uniforme del cuerpo de centinelas. Muz vio como el individuo trataba de levantarse mientras otra cabeza simiesca asomaba por el dintel, escudriñando la oscuridad.

El joven agente siguió intentando descender, sin éxito alguno. En la penumbra de la habitación pudo ver cómo los ojos del segundo centinela se posaban sobre él, dibujando en su rostro una sonrisa estúpida.

Muz tragó saliva. Estaba perdido.

Sin embargo, la fuerza de la gravedad se vio considerablemente incrementada de repente para el agente Khone, quien acabó por caer por la trampilla.

El informático, que se le había colgado de las piernas del agente, se incorporó de un salto y cerró portezuela, que tenía un grueso pestillo instalado en su interior.

Antes de que el joven agente pudiese articular palabra, Kai le agarró la cara con ambas manos, obligándole a mirarle.

—Ahora no hagas ruido —le dijo llevándose un dedo a los labios. —
Sígueme.

II

Si a Muz Khone lo hubieran educado para ser ingeniero habría visitado las fábricas y hospitales provistos de las últimas tecnologías y habría observado los mejores diseños. Se habría maravillado ante la fluidez del movimiento de los modernos robots antropomorfos, habría memorizado los planos más ingeniosos de la base de datos de SORA y habría estudiado con atención hasta el último de las aleaciones de metales actuales.

Mientras el resto de los moradores agradecerían los avances conseguidos por el Sistema con una mezcla de orgullo ajeno y comodidad él habría estado tomando notas.

Pero no era un ingeniero. Era un agente de las fuerzas del orden y estaba maravillado de la capacidad de aquel raquíptico informático para infringir la ley y eludir las consecuencias.

Recorrieron varias decenas de metros en silencio por aquel oscuro túnel hasta que el camino se bifurcó. Kai no dudó un solo segundo en tomar una decisión: izquierda.

—¿Qué hay al otro lado? — preguntó el Muz, que le seguía con los hombros encogidos.

—Lo mismo que en este: más túneles —respondió el ratero sin volverse a mirarle.

—¿Todas las galerías van a dar al mismo sitio?

—No. Yo no he dicho eso. Muchos son corredores ciegos. Otros dan a diversas salidas dentro del sector 7. Un enrevesado camino lleva a un refugio subterráneo con agua y comida suficientes para sobrevivir unos cuantos meses. Ya sabes, por si necesito desaparecer —le explicó el informático.

Si hubiera llevado sombrero Muz se lo hubiese quitado ante aquel hombrecillo. Estaba claro que se encontraba ante un maestro. La premeditación de la huida, la amplitud de su negocio, todo indicaba que el hombrecillo no había perdido el tiempo. Probablemente tendría un botín mayor que el que el agente vería en toda su vida.

“Pero no tiene el respeto de los suyos”, pensó el hombretón mientras le veía recorrer los túneles, encorvado como una rata. “Por eso sigue viviendo en ese antro.”

Kai Zocu vivía en un ambiente peligroso, cargado de violencia. Si había sobrevivido en él era gracias al increíble intelecto que Muz acababa de descubrir tras su rostro lleno de tics nerviosos. Una pequeña llama de admiración hacía él prendió en el interior del joven agente.

Él, en el transcurso de sus obligaciones como centinela, siempre había tratado a aquel hombrecillo con educación. Quizá por eso había decidido ayudarlo en lugar de encerrarlo en la trastienda con aquellos dos matones.

—Ya hemos llegado —dijo Kai. Señalando con el dedo una tapa de alcantarilla que se encontraba a unos tres metros sobre sus cabezas añadió: -
—Saldrás a las afueras del sector 7.

—¿Tú no vienes? —preguntó el agente, extrañado.

—¿Después de lo que habrán encontrado en mi tienda? Ni loco —dijo con una sonrisa. No había indicios de rencor en su rostro. —Conviene que desaparezca una buena temporada.

—Gracias —contestó Muz, tendiéndole una robusta mano. —De no ser por ti sería hombre muerto.

El hacker pareció sorprendido ante el sincero agradecimiento de un agente de la ley.

—Vete ya —dijo como única contestación. —Si esos bestias se empeñan abrirán la trampilla a cabezazos. No quiero que me encuentren en un punto ciego cuando lo hagan.

Sin esperar respuesta, el ratonil hombrecillo se fue correteando por la maraña de túneles. Muz suspiró. Al fin y al cabo, tenía razón, no convenía permanecer quieto durante mucho tiempo.

En joven agente subió por la escalera de mano y sin mucho esfuerzo salió por el alcantarillado. Se encontró de repente con el frío de la noche en una callejuela oscura.

Frotándose los brazos para protegerse del frío comenzó a andar sin saber muy bien a donde se dirigía.

Un potente resplandor le cegó de repente.

Muz parpadeó con fuerza y trató de taparse la cara con las manos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la potente luz distinguió su proveniencia.

Dos vehículos del cuerpo de centinelas le cortaban el paso.

III

—Muz Khone —vociferó un agente de la ley bajándose del coche patrulla, con su mano izquierda sobre su arma.

El joven centinela se giró hacia el otro extremo de la calle para valorar sus posibilidades de huir. Dos vehículos más le cortaron el paso. Parapetados tras ellos otros tres agentes le esperaban con actitud amenazadora.

Muz volvió a mirar al centinela que se le acercaba. Lo conocía. Se trataba del agente Tham, un policía corrupto que no le tragaba. Para él solo era un compañero estúpido que no aceptaba sobornos. Muz sabía que aquel cabrón debía de estar disfrutando de la escena.

—Tenemos una orden de rastreo de tu BSI. Debo pedirte que te quedes ahí —continuó, señalándole con el dedo. —Levanta las manos. Ya conoces el procedimiento.

—¿Por qué me detienen? —preguntó el hombretón, preocupado.

Varios rostros en las ventanas de los edificios adyacentes le otorgaron algo de esperanza. No podían llevárselo sin más si había testigos.

—No te estamos deteniendo —le contestó el centinela con su estúpida cara inclinada hacía un lado.

Muz odiaba que hiciese eso. Era el colmo de la chulería.

—Aunque estamos en ello —le susurró cuando estuvo lo suficientemente cerca, echándole el aliento en la cara. —¿Te importa que te cacheemos?

—¿Tenéis una orden?

—¿Una orden? ¿Para qué la necesito? —se jactó el policía. —Te he preguntado educadamente si podía registrar tus bolsillos y tú has dicho que sí. Todos estos centinelas lo han oído.

El agente Tham lo miró con una sonrisa de superioridad mientras ordenaba a un hombre obeso de mediana edad que se encargase del registro. Este se acercó al sospechoso con pasos torpes.

—Vamos —le dijo en un murmullo. —Las manos contra la pared.

Muz obedeció sin rechistar mientras el pusilánime hombre le realizaba un cacheo superficial y le obligaba a girarse.

—Es el procedimiento, ya lo sabes —se disculpó mientras le revisaba los bolsillos.

—¿Cómo? ¿Un registro ilegal es el procedimiento? —le espetó Muz.

—Shhh... por favor —le susurró el agente. —No le des excusas.

Tras decir eso, se retiró dándole paso a su superior.

—Agente Diffuant, ¿ha encontrado usted algo? —preguntó.

—No, señor.

—Por supuesto que no —le gritó. —¡Foca inútil! Yo te enseñaré a hacer un registro.

Sin previo aviso se acercó a Muz y le dio un rodillazo en el estómago. Una vez que se encontró en el suelo le realizó un enérgico cacheo. Tras unos segundos de magreo se levantó, satisfecho, con una bolsita llena de un polvo blanco.

—Ya te tengo, exagente del orden Khone —dijo con tono triunfal. —Acusado por un delito contra la seguridad del Sistema y en posesión de drogas. Eso son por lo menos cinco años.

—Esa bolsa la has puesto tú —contestó Muz mientras le levantaban del suelo.

—¿Qué has dicho, pedazo de mierda? —le encaró el agente Tham. —Yo no he puesto ninguna prueba para librarme de ti.

El brillo en sus ojos dejaba entrever cuánto estaba disfrutando con aquello.

—Me has faltado al respeto —le acusó, y añadió haciendo una señal con la cabeza al agente Diffuant. —Espósalos.

Muz notó como los brazos de aquel gordinflón se cerraban con fuerza sobre sus hombros. El agente Tham rebuscó entre las herramientas de su cinturón hasta que encontró lo que buscaba.

Lo sacó lentamente, sin apartar la vista del detenido, con una sádica sonrisa en los labios. Todo aquello era una escenificación bien estudiada por aquel cretino para infundir terror. En el caso de Muz lo había conseguido.

En la mano del agente reposaba un dispositivo negro. Se trataba de un Inhibidor sináptico, más conocido entre los centinelas como Switch. Una vez colocado en la nuca de cualquier morador, el artilugio propulsaba un decena de finísimas agujas que llegaban hasta la médula espinal, interrumpiendo desde allí toda actividad neuronal.

El resultado era por todos conocido. El detenido caía en aquel mismo instante en un estado de coma profundo. Era como si su cerebro se hubiese apagado. Más tarde, en las instalaciones del Sistema, el morador en cuestión volvía a ser reconectado, en teoría sin grandes efectos secundarios.

Por supuesto, la utilización del Switch estaba reservada para los delincuentes más peligrosos, en crímenes especialmente graves y en casos de gran resistencia a la autoridad. El problema era que la determinación de estos supuestos quedaba a juicio de cada agente y, en este caso, el agente Tham estaba encantado de poder utilizarlo.

Cuando este se acercó, dispuesto a desconectar el Muz se resistió con vehemencia. Si se dejaba esposar estaría perdido. Gracias a su entrenamiento no le supuso un gran esfuerzo desestabilizar al grandullón que, ocupado en esposarle, no esperaba el ataque.

—¡Joder! ¡He dicho que lo sujetes! —gritó el agente Tham a su subordinado, lleno de ira.

Devolvió el Switch a su cinturón y sacó la porra. Tendría que reducirle a la vieja usanza primero. Muz conocía a las personas como Tham. Se dejaban llevar por sus impulsos con facilidad. Eso le otorgaba cierta ventaja.

El agente Diffuant, recuperado de su sorpresa, se aferró a Muz como un oso, obligándole a pegarse a su cuerpo para poder sujetarlo mejor. El detenido se preparó para la pelea.

En el momento exacto en el que el violento atacante descargaba su porra contra él, Muz se inclinó hacia adelante, apartándose de la trayectoria del golpe y ocupando su lugar con la estupefacta cara del agente Diffuant.

Tras el impacto entre la porra y el desdichado centinela, los brazos que rodeaban a Muz se volvieron flácidos.

Mientras el obeso agente se desplomaba, Muz aprovechó la ocasión para girar sobre sí mismo, librándose de él, y propinándole una patada en el pecho a ese cabrón de Tham, que ya volvía a la carga.

Este cayó de espaldas, llevándose con él la puerta de uno de los vehículos policiales, que estaba abierta.

Uno de los centinelas, que observaban la escena desde el otro lado de la calle, desenfundó su fusil de Gauss y apuntó con él al joven ex agente. Lo tenía a tiro cuando la mano de su compañero sobre su hombro le detuvo.

—¡No, no, no, no! —le dijo. —Está desarmado.

El agente acompañó sus palabras con una significativa mirada hacia las ventanas del edificio tras las que cada vez se agolpaban más curiosos.

El interpelado apartó el arma de mala gana, desenfundó su porra y se dirigió hacia el detenido, seguido por su compañero.

Muz, al verlos aproximarse, trató de encararlos de uno en uno. Cuando el primer agente estuvo lo suficientemente cerca, se inclinó hacia delante y le

pateó con fuerza la rodilla, haciéndole caer.

Tras eso tuvo el tiempo justo para apartarse del ataque del segundo centinela, que había salido en ayuda de su socio.

Libre por el momento de las manos de aquellos dos centinelas Muz trató de evaluar la situación. Cuando levantó la vista, la expresión de furia del agente Tham captó por completo su atención.

Este había vuelto a desenfundar el Switch. De un salto se colocó delante de su adversario, dispuesto a colocarle el dispositivo de una vez por todas. Ya tendría tiempo de desahogarse cuando su detenido estuviese inconsciente.

Muz, con rápidos movimientos, levantó los brazos e inclinó el torso hacia atrás, esquivando el envite del agente Tham. Cuando se enderezó tenía a su contrincante desprotegido y al alcance. Con un giro sobre sí mismo apresó la muñeca del centinela entre las suyas y con una vuelta más le obligó a desprenderse del dispositivo, que cayó rodando al suelo.

Mientras tanto, su visión periférica le alertó de que un nuevo atacante se acercaba. Soltó al agente Tham, que se retorció entre gritos de dolor, y trató de escapar de la trayectoria del golpe que venía hacia él.

Si bien no tuvo tiempo de esquivarlo, al menos pudo colocarse para recibirlo con el antebrazo en lugar de con la cabeza. Un dolor palpitante le ascendió por la extremidad, invadiendo su sistema nervioso desde la muñeca hasta el hombro.

Haciendo caso omiso del dolor, Muz juntó los brazos y los bajó con fiereza, clavándole el codo justo debajo del esternón al agente que le había atacado, dejándole encogido en el suelo, pugnando por respirar.

Sin perder un segundo, el hombretón se ergió y trató de correr hacia el Switch para destruirlo. Cuando lo tuvo en las manos lo lanzó violentamente contra el suelo sin perder un segundo. La carcasa se resquebrajó en varios puntos, pero no pareció sufrir grandes daños.

Muz se dispuso a pisarlo con todas sus fuerzas, pero una enorme presión en su cuello le impidió hacerlo. Mientras él había estado ocupado en destrozando aquel dispositivo del mal, el traidor de Tham había desenfundado su porra y la estaba usando para asfixiarle, oprimiéndole el cuello desde detrás.

El muy desgraciado estaba haciendo fuerza con ambas manos y no tenía intención de parar. Muz luchó por liberarse de la presa sin éxito. Su oponente, a diferencia del agente Diffuant, estaba en forma.

La falta de oxígeno le estaba empezando a pasar factura cuando una idea iluminó su mente, obnubilada por la hipoxemia.

En aquella posición no podía zafarse de la porra, pero aún podía intentar librarse de su oponente.

Reunió todas las fuerzas que le quedaban y las empleó en empujar todo su cuerpo hacia atrás. Los dos hombres dieron varios pasos trastabillantes hasta chocar con el muro del edificio más cercano. Una vez allí Muz dirigió un golpe contundente a las costillas del agente.

Este tosió con fuerza y disminuyó por un momento un poco la presión de la porra. Muz aprovechó aquellos valiosos segundos para coger una enorme bocanada de aire antes de que el garrote volviese a asfixiarle.

Por más que intentaba zafarse de él tirando de los brazos del agente Tham hacía adelante no conseguía aflojar la presión más que por periodos de tiempo muy cortos.

Su cuerpo, que también tenía memoria, tomó las riendas de la situación. Él había tenido acorralada a Adara en aquella posición en uno de sus entrenamientos. La diferencia es que ella había conseguido liberarse en menos de un minuto. ¿Cómo lo hizo?

La evocación del amor de su vida le recordó porqué se encontraba en aquella situación y le llenó de fuerza. Rápidamente cambió de estrategia. Dejó de forcejear con su oponente, con el que estaba igualado en habilidades y, en lugar de eso, dobló el torso hacia la izquierda mientras subía la pierna de ese mismo lado.

El resultado fue un tremendo golpe de rodilla en el hueso temporal, que hizo que su oponente perdiese la fuerza y le permitió soltarse. Tras aquello, un gancho lleno de rabia hizo que el agente Tham perdiese el conocimiento.

Muz evaluó la situación. Había tres centinelas en el suelo y uno más permanecía en pie.

El agente Diffuant le miraba, aterrorizado, con la cara llena de sangre. Un gesto amenazante fue suficiente para que se rindiese, levantando las manos.

Unos tímidos aplausos hicieron el Muz levantase la vista hacia el edificio. Sus habitantes le estaban agradeciendo de aquel modo el haber acabado con aquellos desgraciados que les extorsionaban a cambio de protección.

El ex centinela, jadeando, vio que una de las mujeres que había permanecido pegada a la ventana presenciando toda la escena estaba haciéndole señas. El hombretón siguió con la mirada la dirección que le marcaba y se quedó blanco.

Ahí estaba. Ahí había estado todo el tiempo. Una de las cámaras del Sistema le apuntada directamente.

Mierda, pensó. No tardarían en llegar refuerzos.

Se quitó por fin su BSI, recogió los restos de Switch y los arrojó con fuerza contra la pared. Después, salió corriendo de la escena del crimen tan rápido como pudo.

El ojo que nunca duerme de SORA le persiguió entre las callejuelas nocturnas.

ADARA

I

Veinticuatro horas después se produjo el cambio final en el paraje. Fue muy repentino. Adara observó cómo el aire de aridez y desolación que lo envolvía todo caía como un velo para dar paso de inmediato a una discreta expresión de verdor a lo lejos.

A la joven agente le resultó difícil contener los deseos de correr y rodar por aquel tapiz de hierba, pero su necesidad de reservar energía era mayor que las ganas de demostrar su alegría y tuvo que luchar por refrenarse.

Después de aquella transformación del paisaje cuya monotonía llevaba contemplando horas, Adara comenzó a observar con curiosidad aquella pradera. Ante sus ojos tenía una auténtica explosión de vida extracaloriana.

Había una posibilidad de que ella fuera la primera hidrógyra que contemplaba algo semejante, pues las naves habían pasado por aquella zona a gran velocidad, envueltas por la negrura de la noche.

Andando todo lo rápido que le permitían sus maltrechas piernas la centinela se fue adentrando en la espesura. La hierba cubría una amplia extensión de terreno y no tuvo que internarse muchos metros para que le llegaba a la altura de la cintura.

Adara avanzaba acariciando los tallos verdes con la mano. A pesar del cansancio y la probabilidad real que había de no sobrevivir a aquella aventura, el verse inmersa en el mar de hierba que ondeaba, mecido por el viento, consiguió llenarla de calma.

La mujer se detuvo un momento, miró al cielo violáceo, y respiró hondo. Una paz que hasta aquel momento solo había encontrado en los ojos de Muz la inundó cálidamente. Se permitió entregarse por segundos a aquella sensación.

Cuando despertó de su ensoñación decidió que había llegado la hora de hacer un alto en su marcha y sentarse a descansar. Al fin y al cabo, habían pasado más de seis horas desde su última pausa.

Un poco más adelante había un pequeño claro. A la joven le gustó su localización ya que no tenía que alejarse mucho de las profundas huellas dejadas por las naves.

Adara caminó lentamente hacia él, creando a su paso un surco de hierba aplastada. Nada más llegar, la joven agente se tiró en el suelo mullido y rodó

hasta quedar mirando al cielo. Aquella sensación de paz se convirtió en un oasis en medio de la dura prueba por la que estaba pasando.

Con el cielo violáceo ocupando todo su campo visual Adara respiró hondo y se atrevió a cerrar los ojos. Su cuerpo le pedía a gritos que le permitiese al menos dar una cabezada. Su cerebro se negaba, advirtiéndole que corría el riesgo de dormir durante demasiado tiempo y desaprovechar las horas de luz.

Su lucha interna se vio interrumpida por un pequeño golpecito que sintió sobre su pecho. Sobresaltada, la centinela abrió los ojos e inclinó la cabeza.

Posado sobre su armadura se encontraba un ratoncito, que la miraba con sus enormes ojos de roedor.

Su pelaje era rojizo, muy similar al de la tierra que Adara llevaba recorriendo ya casi dos días. Unas orejas inmensas rodeaban su diminuta cabeza como un halo. Dos afilados incisivos asomaban de su boca y no paraba de olisquearla con el morro.

La agente sonrió una vez pasada la alarma inicial. La totalidad de aquel animal cabía en la palma de su mano. A excepción de su peculiar color y reducido tamaño aquel ser del Exterior no distaba mucho de las ratas que poblaban las cloacas de Caloris.

Imbuida por la tranquilidad del momento Adara levantó su mano derecha con cuidado con intención de acariciar a aquella adorable criatura. En cuanto el roedor percibió el movimiento sufrió una horrible transformación.

Con el ceño fruncido retrajo los labios, mostrando sus afilados dientes. Pegó las enormes orejas al cráneo en actitud agresiva y arqueó el lomo. Cada uno de los pelos de su cuerpo estaba erizado.

Pero eso no fue lo peor. Detrás del animal, por encima de su cabeza, apareció una robusta cola articulada que se curvaba hacia adelante. El apéndice culminaba en un horrible aguijón.

Adara contuvo la respiración y no se atrevió a mover un solo músculo. Sin embargo, su oponente no necesitó más provocación. Antes de que la centinela pudiese reaccionar el roedor se impulsó con sus potentes patas traseras y se abalanzó sobre su rostro.

Su víctima cerró los ojos, esperando el peor de los dolores. Por suerte para ella, los ingenieros del grupo terrorista habían contado con un generoso presupuesto. La visera de su traje aguantó el envite sin más desperfecto que un pequeño punto blanco. La joven agente confiaba en que aquella marca no hiciese más vulnerable el cristal de su casco en el futuro.

Por suerte para ella la cercanía del ataque obligó a su sistema nervioso a reaccionar al fin.

Se incorporó de un salto justo a tiempo para ver como el roedor, en actitud nada amistosa, echaba su cabeza hacia atrás, emitiendo un agudo chillido a gran volumen.

Mientras Adara retrocedía sin darle nunca la espalda a aquella alimaña, pudo presenciar algo que hizo que se le erizase el pelo de la nuca.

De los lindes del claro comenzaron a emerger más de aquellas criaturas. Acudían a la llamada de alerta de su congénere a gran velocidad y en menos de un segundo más de un centenar de roedores cercaron a la centinela, acorralándola en el centro de la explanada desierta.

Sin nada con lo que cubrirse la joven agente optó por quedarse inmóvil. Apenas se atrevía a respirar. Un millar de ojos la observaban, rodeándola, en actitud expectante.

Con todos los músculos en tensión Adara trataba de abarcar en su campo visual el mayor número posible de miembros de aquella plaga. Aun así, sabía que quedaban muchos más a su espalda. Un movimiento en falso podría desencadenar un ataque fatal.

Los roedores parecían nerviosos, formando una única masa amorfa que vibraba cada vez con mayor intensidad. La centinela tenía que hacer algo y rápido.

Tras meditarlo unos segundos decidió tratar de salir de aquel claro tan lenta y calmadamente como le fuese posible. Intentando controlar sus nervios, que estaban tensos como un resorte, desplazó su centro de gravedad hacia atrás y comenzó a levantar uno de sus pies con cuidado.

En cuanto el enjambre, que actuaba como un único ser, percibió el movimiento de su enemigo vibró con mayor intensidad, alzando al aire sus colas ponzoñosas. Adara volvió a quedarse inmóvil, con el pie levantado, tratando de mantener el equilibrio.

La tensión era tal que podía haberse cortado con un cuchillo. Un movimiento en falso podía originar una tragedia. Adara tomo aire y contuvo el aliento, preparándose para reanudar su huida a cámara lenta.

Un ruido estridente dio al traste con su débil estrategia.

“Riesgo de hipoxia detectado. Frecuencia cardiaca: acelerada. Nivel de oxígeno capilar: bajo” exclamó una voz robótica dentro de su casco.

El impacto de aquel aviso terminó de tensar los nervios de la joven agente, provocándole una reacción refleja increíble. Aquella voz la asustó de

tal manera que, sin quererlo, cogió impulso y dio un tremendo salto.

Adara, aun en el aire, vio avanzar hacia ella la horda de roedores con sus amenazantes colas curvadas en actitud agresiva y se vio obligada a cambiar de estrategia.

Nuevo plan: correr por su vida.

Aterrizó a casi dos metros de donde se encontraba, en medio de un enjambre de roedores que apenas se molestó en apartarse.

Sin perder ni un solo segundo, la agente inició una frenética carrera sin saber muy bien hacia dónde. En aquellos momentos lo único que importaba era no detenerse.

Dando grandes zancadas para tocar lo menos posible el suelo la mujer trató de huir. A pesar de llevar una gran velocidad podía notar como sus pies se apoyaban continuamente en algo blando. No importaba. Decidió seguir corriendo pasase lo que pasase.

Un dolor punzante le recorrió entonces toda la pierna. Su origen estaba detrás del muslo, donde una de aquellas alimañas había conseguido clavar su horrible aguijón.

Adara trató de evadirse del dolor fijando todos sus sentidos en un punto del horizonte. No existía nada más. La mente en blanco y todo su cuerpo trabajando en el objetivo, esa era la clave.

Después de aquella picadura vinieron muchos más, seguidas de innumerables mordiscos.

Adara no sentía como se le desgarraba la carne así que supuso que las resistentes fibras de la armadura estaban aguantando. Sin embargo, el dolor punzante que le provocaba cada ataque era muy intenso.

Un nuevo envite de los agresivos roedores fue a dar justo detrás de su rodilla. Si bien los afilados incisivos del animal no lograron perforar la tela sí que obligaron a la joven agente a doblar la pierna.

Ella trató de recuperarse y seguir corriendo, pero en cuanto su rodilla tocó el suelo decenas de ratas comenzaron a treparle por las piernas. Fuertes dolores recorrieron su cuerpo, aprovechando cada juntura de su armadura para tratar de hacer el mayor daño posible.

La centinela se desplomó en el suelo.

Centenares de aquellos seres recorrían todo su cuerpo, lanzando dentelladas y clavando sus aguijones cada vez que tenían ocasión. Sus agudos chillidos eran insoportables.

A pesar del dolor, Adara trató de ponerse en pie, mas todos sus esfuerzos

fueron en vano. Cada vez que se incorporaba un ataque en el lugar adecuado la hacía caer de nuevo.

Le era imposible levantarse, aplastada por aquel enjambre lleno de ira. La tela de su armadura no resistiría eternamente y el ejército de ratas no parecía cansarse en absoluto.

En cuanto comenzasen a abrir brechas en la armadura el traje perdería su estanqueidad. La extraña atmosfera del Exterior penetraría en él y moriría asfixiada. Con suerte. Lo más probable era que aquellas ratas dieran buena cuenta de su cuerpo mucho antes.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano la joven agente se concentró en arrastrarse poco a poco, tan lejos como pudiera. Avanzando centímetro a centímetro por la hierba baja, rodeada por completo de pelo rojizo, dientes y agujijones, la centinela reptó durante varios minutos que a ella le parecieron eternos.

Al límite de sus fuerzas se dejó caer una vez más en el suelo. El dolor era insoportable, los chillidos insufribles.

Adara apenas podía moverse. Dentro de la armadura ya habían saltado todas las alarmas. Resonaban estridentemente en el interior de su escafandra. No sabía cuánto tiempo más podría resistir.

Aun así, continuó adelante con la fuerza de voluntad que la caracterizaba hasta que los músculos de sus piernas, agarrotados, dejaron de obedecerle, inmersa en la masa de pelo rojiza.

Cerró los ojos, trató de ralentizar su respiración y se quedó quieta esperando el final.

“¿Así que es así cómo acaba todo?”

¡No! No podía rendirse. Su historia no podía acabar así. Si iba a morir lo haría plantando cara.

Recordó que aún tenía un arma.

Si bien su efectividad contra el ejército de roedores iba a ser prácticamente nula al menos podría cobrarse unas cuantas vidas antes de sucumbir.

Bajó la mano hacia la cartuchera en la que se encontraba la pistola láser y trató de desenfundarla.

Mierda.

En la posición en la que se encontraba le era imposible. Estaba rodeada por el enjambre de ratas, tumbada de lado. Tenía el cuerpo encogido en posición fetal para tratar de proteger la visera y las partes más frágiles de la

armadura con las extremidades. El arma estaba atrapada contra el suelo y su propio peso le impedía extraerla.

Las alimañas continuaban royéndole el traje. Podía oír cómo correteaban de allá para acá, pisoteándose unas a las otras, buscando un hueco libre en el que clavar sus afilados agujones.

Por suerte para Adara, durante sus erráticos movimientos, alguno de aquellos roedores pasó sobre el panel de su antebrazo, activándolo.

¡Claro! Lo había tenido delante todo el rato. Su armadura de exploración no solo era una protección, sino que contaba con todo tipo de herramientas.

Con esfuerzo seleccionó el módulo de sobrecarga. Este dispositivo incluido en la armadura le otorgaba una fuerza diez veces superior a la que ella pudiese ejercer.

Adara activó la herramienta y deseó con todas sus fuerzas que funcionase.

La joven agente hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y trató de concentrarse.

“Vamos”, pensó. “Lo has hecho miles de veces”.

Se colocó como pudo en la posición correcta, contuvo la respiración y saltó, ignorando el dolor, con la espalda arqueada.

En un abrir y cerrar de ojos la centinela se encontraba en el aire, incorporándose de un salto de aquel montón de alimañas. Varios roedores salieron disparados en distintas direcciones.

Bien. Ahora debía pensar rápido. Para cuando los pies de la joven tocasen el suelo aquellas bestias se habrían organizado de nuevo.

Con un ágil movimiento de su brazo derecho Adara desenfundó el arma y apuntó con ella a la marea de pelo rojizo que pretendía devorarla, pero no disparó.

Para su sorpresa, justo antes de caer en un océano de hierba alta que la cubrió por completo pudo presenciar lo que en aquel momento le pareció un milagro.

Ante sus ojos todos y cada uno de aquellos roedores que unos segundos antes la estaban atacando con una agresividad tremenda, se habían dado media vuelta y se iban por donde habían venido.

La agente quedó tumbada entre la maleza, pistola en mano, tratando de recuperar el aliento. El paisaje se había vuelto verde y tranquilo en torno a ella.

¡Eran territoriales! Sólo tenía que salir de su claro y cesaba tanta furia como habían sido capaces de demostrar, hasta el punto de casi acabar con la

vida de la agente.

Sin saber muy bien por qué, Adara comenzó a reírse a carcajadas dentro de su casco.

Era tal su alegría que ni siquiera se dio cuenta de la pequeña brecha que aquellos malditos roedores habían conseguido hacer en su traje.

CUARTA PARTE

YAXAAS

I

El gran lobo se encontraba en medio de un asombroso proceso. Las estratagemas que habitualmente utilizaba para engañar a las abominaciones habían quedado obsoletas y las nuevas técnicas que había desarrollado para aquellos seres tan especiales iban mucho más allá de los individuos.

Sus nuevas presas, que se hacían llamar a sí mismos humanos, se organizaban en grupos que nada tenían que ver con lo que Yaxaas había observado en otros animales.

A diferencia de las manadas o los rebaños, dentro de las familias se entablaban relaciones muy profundas entre los individuos que hacían muy difícil el trabajo de los Ruhlar.

Abhimaan y los suyos tuvieron que emplearse a fondo, hostigando día y noche a cada uno de aquellos aldeanos. Mientras algunos de aquellos seres resistían de manera heroica los embates del enemigo gracias al apoyo que encontraban en los suyos, otros fueron cayendo paulatinamente en las trampas que les habían tendido. Fue así como el gran lobo se percató de la importancia de aquellas agrupaciones que las abominaciones llamaban familia.

Por eso Yaxaas tenía claro cuál debía ser su primer objetivo. Sus esbirros ya habían iniciado diversos ataques aquí y allá por toda la aldea y él se estaba encargando personalmente de que todos y cada uno de ellos se encaminasen en la dirección correcta.

Los aturdidores tuvieron que hacer un gran esfuerzo para disgregar todas las familias que pudieron. Como su líder esperaba los individuos que consiguieron aislar no tardaron en caer en las espesas redes que tendían las huestes del lobo.

Tras unas largas jornadas de ataques continuados a los pobres aldeanos Yaxaas comenzaba por fin a ver los primeros frutos. Estaba disfrutando de su obra como nunca lo había hecho.

Un brillo de triunfo inundaba su mirada cada vez que ocurría ante sus ojos uno de los terribles desenlaces que con tanto anhelo había preparado.

Pronto, muy pronto, podría devorar hasta el último de aquellos seres.

Se regodeó pensando que, si era capaz de obtener aunque solo fuese una captura delante de sus esbirros, estos recobrarían la fe en él y, enardecidos, se

lanzarían a la batalla como un ejército imparable.

Yaxaas había ordenado que cuando cualquiera de los aldeanos estuviese preparado para recibir el golpe de gracia se le avisase de inmediato. Askozdik y sus engendros voladores serían los encargados de recabar y transmitir toda la información necesaria.

Las primeras noticias no se hicieron esperar.

El lascivo campesino al que los Ruhlar habían conseguido volver loco había reunido por fin el valor suficiente para hacer algo que los esbirros de Abhimaan le habían metido en el corazón, convirtiendo su oscuro deseo hacia aquellas muchachas en realidad.

También habían conseguido que la anciana sin familia, pero muy querida en el pueblo, olvidase que tenía los días contados. Näid y los suyos la habían engañado para que se preocupase sobremanera por el futuro y se entregase en cuerpo y alma a acrecentar su pequeño tesoro.

La joven a la que su amado y su hermana pequeña habían roto el corazón fue la siguiente de caer en sus redes tan solo unos días después. La pobre chica se había convencido de que el amor que sentía justificaba todas y cada una de sus acciones.

Precisamente por amor se había metido en líos otra muchacha de la aldea. Sin embargo, en esta ocasión la trampa fue tendida a los pies de su compañero, aunque sería ella quien sufriese las consecuencias.

En otro lugar, dentro de una modesta cabaña algunos siervos de Īrakä habían conseguido que un padre de familia se aficionase a la bebida. El caso sería derivado al gran lobo una vez que el gusto se convirtiese en dependencia.

Yaxaas dedicaría toda una noche a aquella obra de arte. Sin embargo, con lo que más había disfrutado con diferencia había sido con su proyecto personal.

Esa pequeña niña descarada le intrigaba sobre manera. Estaba claro que podía verle, podía verlos a todos, y ni siquiera se inmutaba.

Pero lo que atraía profundamente al gran lobo de aquella muchacha no era su valor, sino su perversidad. La chica poseía un nivel de maldad que Yaxaas jamás había visto en ninguna abominación.

Sus actos y pensamientos destilaban crueldad. La bestia sabía cómo sacarle provecho.

II

—¡Me has empujado, zorra! ¡Qué asco das!

La niña, que había remontado el camino a la carrera siguiendo las indicaciones del gran lobo, había encontrado a su tío orinando contra una de las paredes del granero. Al lanzarse contra él había conseguido que se mease encima, despertando así la ira de su tío.

A Yaxaas le brillaron los ojos en la oscuridad. El padre de la cría llegaría de un momento a otro. La situación era inmejorable.

El estúpido paleta se giró y agarró del brazo a la muchacha, dispuesto a volver a golpearla. Tan lleno de rabia se encontraba que no alcanzó a oír el tarareo despreocupado que se acercaba hacia ellos.

Kibria sí que lo escuchó. Lo estaba esperando.

Sin que al hombre le diese tiempo a reaccionar la muchacha se puso a llorar y a gritar, desesperada. Ante aquel despliegue de alaridos con la voz de su hija el leñador, que se aproximaba por el sendero con paso tranquilo, abandonó su carga y salió corriendo hacha en mano. Lo que presenció cuando llegó le heló la sangre.

Ante sus ojos, el marido de su hermana con los pantalones por las rodillas tenía agarrada a su hija, que lloraba desconsoladamente.

Al verle al fornido leñador, el patético hombrecillo soltó a la muchacha y se apresuró a vestirse.

—No es lo que parece – musitó.

Kibria, ocultando su satisfacción por cómo estaban saliendo las cosas, corrió a refugiarse tras las fuertes piernas de su padre, con los ojos llenos de lágrimas de cocodrilo.

En aquel momento, el hielo que había paralizado la sangre del fornido leñador se tornó en fuego que le devoraba por dentro.

Sin perder un segundo avanzó hacia el ser indeseable que tenía delante, sujetando firmemente su hacha.

Con el primer golpe partió el esternón aquel pedófilo, convirtiendo sus torpes explicaciones alarmadas en gorgoteos ininteligibles. El segundo hachazo se dirigió al cuello, haciendo enmudecer el griterío.

El leñador continuó asestando duros golpes al cuerpo inerte de su cuñado

hasta que la ira dejó de nublarle el pensamiento. Jadeando, con el rostro, los brazos y el torso llenos de sangre contempló el cuerpo que había descuartizado.

En aquel momento la consciencia de sus actos cayó sobre él como plomo. El hacha resbaló de su mano ensangrentada, completamente teñida de rojo, y sus mismas piernas flaquearon, postrándolo de rodillas.

Detrás de él Yaxaas había contemplado toda la escena, divertido.

El espíritu del asesinado había emergido lentamente de su envoltura corporal. El granjero, contempló durante algunos segundos, con la cara desencajada, el amasijo de sangre, tripas y huesos en los que se habían convertido sus restos mortales. Cuando fue capaz de levantar la cabeza se encontró con unas fauces enormes que se abalanzaban hacia él.

El gran lobo estaba entusiasmado. En cuanto aquel estúpido ser había pasado a su plano de realidad, Yaxaas lo contempló con interés.

Aquel no era como las otras abominaciones que había conocido. Su espíritu era pesado, más tangible que los demás. Yaxaas decidió no perder ni un segundo más. Quizá aquella era la clave.

La bestia abrió sus enormes fauces y, para su sorpresa, atrapó al asustado granjero.

De una sola dentellada le arrancó la cabeza. Un par de bocados más fueron suficientes para acabar con la presa. Ya tendría tiempo de pensar con más detalle en porqué este no se había desvanecido entre sus fauces más adelante.

Mientras tanto, en su propio plano de realidad, el leñador no podía dejar de pensar en lo que acababa de hacer. Su mirada se dirigía una y otra vez de sus manos al cuerpo maltratado y sin vida de su cuñado. No podía creer que él fuera el artífice de tal brutalidad.

“Está justificado,” se decía a sí mismo. “Él iba a hacerle una cosa horrible a mi hija. ¡Ya le estaba haciendo daño!”

Aún de rodillas dirigió una mirada desesperada a la muchacha. Necesitaba desesperadamente tranquilizar su conciencia.

Kibria, lejos de parecer una niña asustada, permanecía de pie donde él la había dejado. El llanto había desaparecido y una extraña sonrisa ocupaba la mayor parte de su rostro. Sus ojos brillaban ahora con emoción contenida.

Esa fue la primera vez que el leñador tuvo miedo de su hija.

Antes de que pudiese levantarse del suelo esta tomó la palabra.

—Tranquilo, —dijo con una voz sedosa. —Ningún aldeano tiene porqué

saberlo. Yo te diré cómo ocultarlo y no se lo contaré a nadie.

El hombretón sintió cierto alivio que se desvaneció como un sueño cuando Kibria añadió:

—Si te portas bien.

Yaxaas contemplaba pletórico la antinatural escena. Aun no sabía cómo, pero presentía que esa niña sería un poderoso arma para la destrucción de su especie.

El gran lobo jamás había visto nada igual: su absoluta falta de empatía, el odio y la ira que ardían en su interior, la maldad y la crueldad que usaba sólo para divertirse.

La bestia se acercó despacio a la muchacha, quien observaba satisfecha como su padre marchaba hacia el desierto, con su horrible carga oculta en su carreta.

—¿Te ha gustado? —le susurró, tratando de no asustarla. —Puedo darte mucho más.

—¿Quién eres? —la chica se giró para mirarle directamente a los ojos.

La bestia decidió no mentir en aquella ocasión.

—Mi nombre es Yaxaas, líder de los Ruhlar. Soy el nuevo Rey del mundo.

MELEK

I

Los tripulantes de la NS-III se despertaron antes del amanecer y para la salida del sol estaban dispuestos a partir. O al menos lo así fue hasta que se les informó del estado del morador Elmu.

Al parecer el científico se encontraba indispuesto. Junto a la mala noticia se les dio la orden de esperar hasta que se solucionase la situación.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Melek al médico del equipo, que se encontraba a su lado en la nave. —Ayer parecía estar bien.

El joven ingeniero estaba inquieto. Quería salir de aquel lugar cuanto antes. Ya desde el día anterior tenía la sospecha de que en el cráter había algo que les era tremendamente hostil.

—No te preocupes, muchacho, —le tranquilizó el morador Dokita. — Puede haber sido cualquier cosa. Quizá estuvo toda la noche en vela analizando su nuevo juguete. Quizá la excitación ante la gloria que le espera si se le cataloga como el descubridor de un nuevo mineral le haya indispuesto levemente. Ya sabes que nuestro compañero no es de constitución fuerte.

Un pequeño temblor en la voz del médico dejó entrever sus propias dudas. Preparado ya en su puesto, el piloto de la nave meneaba la cabeza, preocupado. No le convencían las explicaciones tranquilizadoras del doctor. Además, la aparición nocturna de la señal radiofónica le había dejado inquieto.

—Ojalá tengas razón —suspiró.

II

La realidad que estaban viviendo los tripulantes de la NS-I era bien distinta a la que habían notificado.

Esa mañana, a la hora fijada por el capitán Lesole, una alarma sonó en el interior de las tres naves. Pocos minutos después, tanto él como el morador Ulka estaban en pie, preparándose para un nuevo día.

El líder de la expedición conectó los sistemas de comunicación y estableció las primeras órdenes de la mañana.

No estaba de buen humor. Le dolía bastante la cabeza, la neblina del sueño se negaba a abandonarle y extraños sueños le habían atormentado durante toda la noche. Quizá se debiera al hecho de haber dormido encerrado en su armadura.

Deseó que ese científicucho hubiese realizado de una vez todos los análisis protocolarios. Si la sustancia era segura podrían prescindir de tantas medidas de seguridad.

—Morador Elmu, quiero un informe completo de la muestra que recogió ayer. Prioridad 1 ¿Entendido? —ordenó sin girarse a mirarle, muy ocupado en su panel de mandos.

—Capitán... —contestó el morador Ulka. —Creo que debería ver esto.

Un matiz en la voz del gigante hizo sospechar al ex-centinela que el día no iba a comenzar como él había esperado.

Cuando hizo girar su asiento descubrió una escena macabra.

Su enorme compañero no podía apartar la mirada del científico, quien yacía inmóvil en su puesto. A juzgar por el leve temblor que podía percibir a través de la armadura algo horrible había pasado.

—Morador Ulka, explíquese.

El gigante no respondió. Se limitó a señalar con la cabeza hacia su inmóvil compañero. Lentamente el capitán se levantó de su silla y se acercó con la determinación de descubrir qué estaba pasando. Estiró el brazo para girar el asiento del científico y encarar el problema.

—Será mejor que no lo toque —le recomendó con voz temblorosa la masa de músculos que tenía por guardaespaldas.

El capitán dirigió una mirada suspicaz al gigante que se apretaba contra la

pared opuesta de la nave. Cuando hicieron la selección de la tripulación no le había dado la impresión de que el morador Ulka fuera un hombre asustadizo.

Con cautela puso un pie en el asiento y lo empujó hasta que lo hizo girar. Cuando vio el estado del científico tuvo que contener una arcada.

Ante él yacía el cuerpo sin vida del morador Elmu. Al menos lo que quedaba de él.

El capitán, cuando fue capaz de reaccionar y sin apartar los ojos del horrendo espectáculo que tenía delante, pulsó el botón que activaba el intercomunicador y anunció que sufrirían un ligero retraso.

A pesar de la tremenda turbación interior que le estaba produciendo la situación el ex-centinela supo templar la voz de manera que no levantase sospechas en el resto de las naves.

Ante él, aun sentado en su silla, reposaba el cuerpo sin vida del morador Elmu. Aun enfundado en su armadura y la visera de su casco se había desintegrado.

Sin embargo, el capitán apenas se dio cuenta de esta pérdida pues el rostro del científico había desaparecido por completo. En su lugar quedaba una masa sanguinolenta con restos de carne y algún que otro punto en el que el hueso se hacía visible.

Antes de que el capitán Lesole pudiese preguntarse qué había pasado, un destello violáceo titiló en los contornos de la que había sido la cara de su subordinado. Entonces él, al igual que el morador Ulka, retrocedió hasta pegar su espalda contra la pared.

El primer instinto del militar fue salir de la nave, pero al girarse para abrir la compuerta encaró la pequeña ventana del puesto del piloto. El resplandor violáceo brillaba aquí y allá, repartido en todo el mar de barro en el que se encontraban. Estaban rodeados.

El líder de la misión Nuevo Mundo respiró hondo un par de veces y trató de poner en orden sus pensamientos y acallar sus emociones.

El resto de las naves no había reportado ninguna anomalía por lo que, fuese lo que fuese aquella maldición morada, no había podido atravesar el potente blindaje de las “Non Servium”.

El morador Elmu había salido al exterior portando su armadura, que se había hundido en aquel lodo letal casi hasta las rodillas. La coraza que cubría sus piernas estaba intacta por lo que podía deducir que el blindaje había sido efectivo. Esto tranquilizó en cierto modo al capitán. Estaban fuera de peligro.

—El muy idiota debió de abrir la visera anoche —murmuró. —

Partiremos en cuanto estemos preparados, —dijo, meneando la cabeza ante la estupidez de su subordinado.

—¿Qué vamos a hacer con el cuerpo? —preguntó el morador Ulka, visiblemente afectado.

—Haremos avanzar primero a las otras dos naves —contestó el capitán tras meditar la respuesta unos segundos. —Las seguiremos a cierta distancia y en cuanto estemos fuera de su campo visual abriremos la compuerta y arrojaremos el cadáver por la pendiente. Que lo que sea que ha comenzado a devorarlo termine con él.

El gigante le dirigió una mirada que al capitán le pareció más larga de lo habitual.

—¿Algún problema, soldado?

—No, Señor.

—Bien. No quiero tener que recordarle quién está al mando de esta misión.

III

Los Principios de la misión Nuevo Mundo (PNM) eran un documento detallado en el que se especificaba un protocolo a seguir para cada escenario posible. Sólo de este modo podrían alcanzar los objetivos de la expedición, a saber: La demostración de la existencia de vida fuera de la urbe, documentación gráfica de la cúpula que les mantenía con vida y desmantelamiento de las mentiras del Sistema.

Los veintinueve puntos que se desarrollaban en el texto habían sido asumidos como imprescindibles para el éxito de la misión por todos los participantes. Sin embargo, el capitán pensaba que, bajo la presión de encontrarse en un entorno hostil, lo firmado anteriormente podía carecer de valor alguno.

Esta era la razón por la cual Lesole había preferido ocultar la muerte del científico al resto del grupo. Consideraba a algunos miembros del equipo bastante inestables y pusilánimes y quería evitar tener que tomar medidas disciplinarias.

Los PNM habían sido dictados por un comité de expertos que tenían claro que el fin tan alto que perseguía la misión Nuevo Mundo justificaba la utilización de cualquier medio que fuese necesario para conseguirla.

Una vez redactados los presentaron ante el gran Mopho. Sin su autorización no valdrían para nada. De este modo, los PNM se convirtieron en la principal guía para el capitán quien, además del documento que todos asumieron, recibió un texto de más de doscientas páginas con directrices sobre cómo proceder en situaciones delicadas sin perder de vista el objetivo.

Según la formación que había recibido, el abandono del cuerpo sin vida de un integrante de su equipo era la opción más acertada. No podía arriesgarse a que aquella sustancia morada afectase a más miembros de la misión.

Una vez que volviesen a la urbe y destapasen la red de mentiras en la que SORA había enredado a la población el morador Elmu sería honrado como un héroe que ayudó a traer la luz a los hidrógyros.

El capitán Lesole no tuvo ningún tipo de miramiento cuando en pleno ascenso abrió la compuerta y pateó la espalda del difunto científico, quien cayó rodando ladera abajo hasta llegar al lodo del fondo, donde se hundió

lentamente.

El siguiente paso consistía en sellar el pequeño laboratorio portátil dónde el científico había trabajado con la muestra letal.

Esta tarea fue encomendada al morador Ulka. Mientras tanto el capitán podría dedicarse a pilotar la nave. El manejo de maquinaria pesada siempre conseguía relajarle. Poner toda su atención en una tarea hacía que las preocupaciones se cayesen de su mente como si fuesen de plomo.

Poco después de alcanzar el borde y comenzar el descenso la voz de su subordinado le sacó de su terapéutico trabajo.

—Señor, tenemos un problema.

—No puede ser peor que el que ya hemos solucionado esta mañana — espetó sin apartar los ojos de la pequeña ventana que tenía delante.

—Yo creo que sí.

Preocupado al oír aquellas palabras detuvo el vehículo y dio orden a las otras dos naves de que les esperasen en cuanto terminasen el descenso. El morador Ulka le esperaba, en pie, junto a la sección que acababa de sellar.

El capitán observó el interior del pequeño habitáculo a través de la puerta transparente que ya era totalmente impenetrable.

Por su mente habían pasado imágenes del laboratorio completamente invadido por aquella horrible sustancia morada.

Su alivio fue colosal al contemplar con ojos incrédulos un laboratorio perfectamente ordenado, con sus paredes blancas impolutas. Sobre la mesa, colocada sobre una gradilla, se encontraba el tubo de ensayo que contenía la muestra violácea, cerrado herméticamente.

—¿Y bien? —increpó al soldado, molesto por haber sido interrumpido.

—Junto a la silla, Señor. En el suelo.

El capitán dirigió una rápida mirada a la zona señalada. Los ojos se le abrieron como platos y su mandíbula quedó colgando estúpidamente.

Allí, justo en el lugar que le había señalado Ulka, había un agujero de bordes irregulares, de unos cinco centímetros de diámetro.

No lo había distinguido a simple vista debido al grueso metal que componía la capa externa de la nave. El blindaje exterior de las máquinas las había protegido de aquella sustancia que todo lo devoraba, pero los habitáculos interiores estaban completamente expuestos.

El capitán maldijo el nombre del científico y a toda su estirpe. Le hubiese estrangulado con sus propias manos si no estuviese ya muerto y semienterrado en aquel lodazal.

No solo se había saltado el protocolo, sino que había sufrido una incidencia grave mientras trabajaba y el muy estúpido no había creído necesario comunicárselo a su superior. Se merecía lo que le había pasado, maldita sea.

Dadas las circunstancias tendrían que abandonar la nave y reubicarse en las otras dos “Non Servium”. Aquel no era plato de buen gusto para el capitán.

El costo de cada una de aquellas máquinas era exorbitante. Además, debería explicar al resto del equipo qué había sido del inútil morador Elmu.

Tras darle vueltas al problema durante unos minutos una idea se instaló en su mente y una cruel sonrisa se dibujó en el rostro del militar. Vaya, no todas las consecuencias eran tan malas. Parecía que alguien le había susurrado la solución al oído.

Por delante tenía una misión que cumplir y un equipo rebelde. Quizá podía darle la vuelta a la situación en su propio beneficio.

Estaba decidido. Una vez llegaran abajo reajustarían las naves y continuarían avanzando. Cumplirían los objetivos de la misión costase lo que constase. No había nada más importante.

El capitán Lesole estaba dispuesto a llegar hasta el final, aunque tuviese que hacerlo solo.

“De hecho, quizá sea mejor así”, pensó el desquiciado militar.

IV

El piloto respiró hondo y maldijo sus poca habilidad para ocultar sus sentimientos. Había tenido que acarrear con aquel problema desde siempre. Su cara podía leerse como un libro abierto y él no tenía manera de evitarlo. El morador Dokita le repitió la pregunta.

—¿Te encuentras bien? Estás como ausente. —El médico le miraba con atención, preocupado.

El morador Phi valoró sus opciones. No podía mentir sin ser descubierto, eso lo tenía claro. Por otra parte, aquel par de pringados que tenía por compañeros parecían buena gente, a pesar de su torpeza. Además, ambos le habían mostrado su apoyo tras el incidente con el capitán.

Sí, merecían saberlo.

—Está bien —dijo al fin, —pero tenéis que prometer que nada de lo que os muestre ahora llegará a oídos de ese energúmeno de Lesole.

Melek y el morador Dokita intercambiaron una mirada de alarma, pero asintieron al unísono.

—Puede que él ya lo sepa y todo esto forme parte de una especie de conspiración —reflexionó el piloto en voz alta. —En ningún caso conviene que se sepa cuánto sabéis.

—¿De qué estás hablando? —Preguntó, asustado, el joven ingeniero.

El piloto soltó aire lentamente, tratando de no dejarse llevar por la emoción.

—Creo que estamos metidos en algo mucho más grande de lo que pensábamos o nos han hecho creer.

—¿Algo más grande que descubrir el Exterior y la exuberante vida que alberga? —inquirió, incrédulo, el médico del equipo.

—Mucho más. Anoche, mientras dormíais, los sensores volvieron a recibir la señal, esta vez con mucha más energía. Escuchad.

Melek sintió cómo algo se movía en su interior, una mezcla de miedo y emoción. El morador Phi tecleó algún comando y por los altavoces de la nave se extendió el supuesto mensaje.

—Yo solo oigo ruido —se quejó, decepcionado, el médico.

—No, no, —exclamó el joven ingeniero, concentrado. —Las “palabras”

del mensaje están claramente delimitadas, aunque no se entienda nada a causa de las interferencias.

—Interferencias que he conseguido eliminar —añadió, con orgullo a pesar de la preocupación, el piloto de la nave.

—¿Y? —preguntó ansioso el muchacho.

En esta ocasión el morador Phi solo tuvo que pulsar un botón, vigilando el rostro de sus compañeros a medida que se emitía el mensaje. El ruido seguía siendo alto, pero las palabras podían entenderse con claridad.

“Prodotes. Señal de radio 1132/19. Forzados a cerrar las puertas durante el ataque. Amenaza nuclear. Última localización enemiga 34° 51'52" S, 57° 54'37 O. Vigilando. Niveles de energía caen 14%. Visibilidad 10... Prodotes. Señal de radio...”

—Y así hasta tres veces cada media hora —sentenció el piloto, deteniendo la grabación.

—¿Qué significa eso? — Preguntó el muchacho. —Los Prodotes se extinguieron hace miles de años.

—O eso nos han hecho creer —murmuró, abrumado ante lo que implicaba aquel mensaje, el médico del equipo.

NARETH

I

—Para llevar a cabo la dominación sobre los seres espirituales y no espirituales el gran lobo debe recobrar su antiguo poder. En el último libro del Incwadi la Madre reveló cómo tratará de hacerlo —comenzó a contarle Ainaar.

—Por eso los secuaces de esa alimaña han puesto tanto empeño en destruirlo —añadió Gamot.

Nareth suspiró.

Se encontraba sentada sobre una roca, a orillas del pequeño lago de aguas cristalinas que se encontraba en el centro de la cueva. La luz anaranjada del amanecer comenzaba a inundar poco a poco el interior. El ambiente no podía inspirar más paz y, sin embargo, la joven *magjistare* se sentía tremendamente inquieta.

Algo le decía que los tres Olum no se estaban tomando tantas molestias con ella para dejar que volviera a su hogar cuando todo aquel retiro terminase.

—Si te vas ahora no habrá hogar al que volver, Nareth —le dijo Kuhaam, tomándole de la mano.

La muchacha recordó que sus compañeros podían leerle el pensamiento. No acababa de acostumbrarse a aquella violación de su intimidad, aunque a esas alturas no le importase demasiado. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Miró a Maüt, quien asintió con tristeza, confirmando las palabras del Olum.

—Muy bien, —se rindió la joven. —¿Qué queréis de mí?

II

Los tres Olum condujeron a la muchacha entre palabras de ánimo hasta una pequeña barca, varada en la orilla. A su lado yacían los remos. Tanto estos como la embarcación estaban hechos de la madera blanquecina que la muchacha tan bien conocía: era madera de Rükha, la misma con la que había sido tallada su vara.

—Os dejaremos intimidad en esta ocasión, —le explicó Maüt, deteniéndose a cierta distancia.

—Vamos —le apremió Ainaar, viendo la expresión asustada de la muchacha. —Te están esperando.

Nareth suspiró, se aferró a su vara y avanzó con paso decidido hacia la nave. A medio camino percibió un claro movimiento en el interior de la barca. La muchacha se detuvo por un momento, pero una voz le invitó a continuar.

—Acércate, Nareth Nim.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó la joven *magjistare*, desconfiada.

—Muchas cosas le son reveladas a quien está dispuesta a escuchar.

Una figura, envuelta en el manto blanco que portaban las *druzynas*, salió de entre las redes. La muchacha la reconoció enseguida.

Se trataba de una vetusta mujer a la que el resto de las habitantes de aquella cueva parecían profesar un gran respeto. Nareth había observado que ella era la encargada de comenzar los salmos y todas las demás mujeres se inclinaban frente a ella antes de salir, en orden, al finalizar los cánticos.

A pesar de su corta estatura, del leve temblor de sus manos y de estar más arrugada que una pasa, la *druzyna* estaba envuelta en un aura de poder y dignidad que la joven *magjistare* sólo había visto en otra persona.

—¿Eres...? ¿Eres Maara Moma? —Se atrevió a preguntar.

—Mi nombre es Hallel, querida —le contestó con dulzura la anciana. — Ven, ayúdame. Tienes mucho que aprender y muy poco tiempo para ello.

Nareth empujó la barca y, una vez que estuvo a flote, se subió a ella de un torpe salto.

—Toma los remos, —le ordenó la *druzyna*. —Yo te indicaré cómo usarlos.

Tras unos minutos de ejercicio que dejaron a la muchacha extenuada ella y

su nueva mentora se encontraron en el centro del lago. La anciana le indicó que dejase de remar con un de su mano.

—Gudibna elige en cada generación a un número de hombres y mujeres encargados de enseñar los mandatos de la Madre a todos los habitantes del mundo, —comenzó Hallel sin rodeos. —Maara Moma era uno de ellos. Ella, además, supo ver esta elección en ti, Nareth Nim.

La *druzyna* hizo una pausa para confirmar que la chica le estaba siguiendo.

—Tú y el resto de los escogidos tenéis la misión de hablar al corazón de las gentes, ayudarles en lo que esté en vuestra mano. Es importante que recuerdes siempre que tú no puedes salvar a nadie por ti misma. Tu trabajo se limita a deshacer la red de engaños del Enemigo para que puedan ser libres.

Nareth asintió con la cabeza. Maara ya le había hablado de aquello en varias ocasiones.

—Eones atrás, en otro tiempo, el mal reinó en el mundo —continuó la anciana. —El Enemigo campaba a sus anchas, sembrando destrucción y violencia de un modo que ni siquiera somos capaces de imaginar. En su orgullo se creyó capaz de derrotar a la Madre.

Nareth vio cómo Hallel meneaba la cabeza, apenada, mientras le hablaba con la vista fija en el fondo del pequeño bote.

—Pero no lo era —se atrevió a añadir la muchacha.

—No, pero fue capaz de sembrar devastación. Sus frutos fueron la desolación y miedo.

La joven *magjistare* se puso blanca, creyendo saber quién era ese Enemigo del que tanto se le estaba hablando.

—El gran lobo reunió un considerable número de seguidores y se sublevó. Su intención era provocar tanto dolor como fuera posible y para ello atentó contra el don más apreciado que la Madre había hecho a la creación: la vida. Tras años de guerra al fin pudo llevar a cabo su golpe maestro. Atrajo sobre la tierra una enorme roca incandescente que cayó desde el cielo, destruyendo todos los seres animados que una vez poblaron estos suelos.

La anciana detuvo un momento su relato. Parecía meditar el significado de todas aquellas palabras.

—Después de la devastación, los Olum lucharon contra el gran lobo y sus esbirros —continuó. —Tras años de guerra continua el bien venció, y el gran lobo al fin fue encerrado, dejando a sus huestes humilladas y sumidas en la más absoluta desesperación.

La más notable de las *druzynas* hizo una larga pausa. La muchacha pudo contemplar entonces su rostros surcado de arrugas. Permanecía en silencio, con la mirada baja. La joven *magjistare* supo por la gravedad de su expresión que la historia no acababa ahí.

—Pero el gran lobo ha escapado —afirmó Nareth con aplomo. —Yo le he visto.

La anciana levantó la cabeza y clavó la miradas en la muchacha que tenía delante, dejando ver por primera vez unos pequeños ojos blancos sin pupila. Solo entonces la joven *magjistare* se dio cuenta de que era ciega.

A pesar de la imposibilidad de que la *druzyna* pudiese verla Nareth se sintió profundamente escrutada por la mujer. Parecía sorprendida de que alguien como ella, una joven enclenque y asustadiza, hubiese podido ver a la bestia y vivir para contarlo. Finalmente se encogió de hombros. La Madre tiene una manera muy particular de escoger a los suyos.

—Ahora el mal ha sido desatado en el mundo y ha reunido nuevamente a sus huestes —continuó Hallel, confirmando lo que la *magjistare* había dicho. —Debes saber que sus ataques serán feroces, pero no desesperes. No estás sola.

Lejos de sentirse reconfortada la joven comenzó a temblar ante los acontecimientos que debían sobrevenir.

—Gudibna te ha elegido —trató de animarla la anciana. —Maara Moma lo sabía. A ella se le dio a conocer que tenías el don de la visión y no rehuyó la tarea de formarte para tu misión aun sabiendo los peligros que conllevaba para ella.

La Nareth recordó entonces el fin de su maestra y una sonrisa teñida de tristeza acudió a sus labios. Maara había perdido la vida por ayudarla a cumplir con su deber. La muchacha solo esperaba poder estar a la altura de aquella tarea.

—Es necesario que conozcas todas estas cosas y no las olvides —le advirtió, para terminar, Hallel.

La joven no supo por qué, pero el simple hecho de llegar al final de la historia apagó en cierto modo sus miedos.

—No es mi intención engañarte, es posible que pierdas la vida en la batalla —dijo tras unos minutos la anciana. —Por eso es importante que aprendas a defenderte del enemigo. Voy a revelarte su nombre, pero no lo repitas hasta que llegue el momento oportuno. Como te enseñó Maara las palabras tienen una fuerza inmensa. Pronunciar su nombre en voz alta sería

invocarlo.

La *druzyna* introdujo la mano derecha en un saquito que llevaba anudado al cinturón. De él extrajo una pizca de ceniza blanca. Con pulso tembloroso se puso a escribir en el aire.

Ante la atónita mirada de la joven *magjistare*, Hallel iba soltando diminutas partículas de ceniza que, en lugar de caer, permanecían flotando, obedientes, en el lugar que la anciana les había asignado.

Cuando terminó una terrible palabra quedó escrita en el aire.

YAXAAS

El corazón de la joven *magjistare* se encogió al leer aquel nombre. Sentía como una mano de hielo oprimía su pecho. Su terror era tal que ocultó por completo el prodigio que acababa de presenciar.

—Cuando todo termine darás gracias a la Madre por los grandes prodigios que verán tus ojos —le prometió la anciana. —Los que trabajaron por el mal, aquellos cuyos espíritus pertenecen al gran lobo, serán devorados por él. Para el resto de los seres humanos, de cualquiera de las dos naciones, los límites del mundo se derrumbarán. Congregados como un solo pueblo comenzarán una nueva vida.

—Espera, espera —le interrumpió Nareth, confusa. —¿Dos naciones?

—Existe una gran ciudad más allá de la montaña, —le explicó la *druzyna* con paciencia. —La urbe de Caloris, la llaman. Se ha convertido en una cueva de injusticia y violencia.

—¿Más allá de la montaña? —La muchacha no daba crédito a las palabras que acababa de escuchar. ¿Toda una civilización habitaba a escasos kilómetros de su aldea y nadie se había dado cuenta?

—Se ha encontrado siempre oculta tras la cima de Uulzalt, ignorada por tu gente. En Caloris se cometen todo tipo de abominaciones. La sangre de los inocentes mancha sus calles sin que a ninguno de sus habitantes le preocupe lo más mínimo. Su espíritu está corrompido hasta la médula.

—¿Qué pasará con ellos? —quiso saber la *magjistare*.

—Llegado el momento, los pocos despiertos que queden serán llamados a salir tras sus muros. La ciudad será destruida y con ella perecerán todos los que se negaron a abandonarla.

La muchacha estaba aterrada por las cosas que había escuchado. Miró a la anciana, buscando consuelo. Hallel, con una sonrisa en los labios pero con el

semblante serio, añadió:

—Tranquila. La Madre no nos ha dejado indefensos. Nos dio el don de las palabras.

“Perfecto”, pensó Nareth con sarcasmo, “le daré a un lobo devora almas de diez metros un buen discurso y se irá con el rabo entre las piernas.”

Pero, una vez más, la joven *magjistare*, tuvo que tragarse sus pensamientos.

III

El agua que las rodeaba estaba tranquila como la superficie de un espejo y a la muchacha aquello la ponía nerviosa. Se había criado en las montañas y no se sentía cómoda tan lejos de tierra firme.

Sin mediar palabra, Hallel se puso en pie con brusquedad, provocando que la barcaza se moviese un poco hasta que volvió a estabilizarse. Con movimientos lentos y estudiados levantó una de sus manos al tiempo que de su garganta salieron una serie de sonidos guturales:

—¡Deevaar!

La muchacha contemplo con incredulidad cómo, ante sus propios ojos, un muro de agua se elevaba del plácido lago, siguiendo la trayectoria marcada por el brazo de la *druzyna*. Una suave corriente de agua mecía la embarcación levemente. Los dedos de Nareth se aferraron a la tabla de madera sobre la que estaba sentada.

—¡Fel! —Dijo la anciana, con la firmeza de quien da una orden.

Ajena al terror que estaba provocando en su acompañante, Hallel apuntó con la mano libre directamente al suelo de la barca. Aquel gesto provocó un pequeño terremoto en el bote, que comenzó a ascender con parsimonia.

Tras unos minutos, y para horror de la joven *magjistare*, se habían elevado lo suficiente como para poder ver por encima del improvisado muro de agua. Pero no se detuvo ahí.

La columna líquida que las sostenía continuó creciendo más y más hasta alcanzar una veintena de metros. Cuando la muchacha se atrevió a abrir los ojos pudo contemplar cómo el agua huía de las orillas del lago para formar parte de pilar de fluido que las sostenía en vilo.

Al fin, a una orden de la *druzyna*, el ascenso se detuvo. Las dos mujeres quedaron suspendidas en las alturas. Con la tranquilidad que la caracterizaba, la anciana tomó de nuevo asiento en uno de los banquitos de madera de la barca.

—¿Conoces estas palabras? —preguntó.

Nareth trató de tranquilizarse. Los fuertes latidos que martilleaban en sus sienes le impedían pensar con claridad.

—Es el lenguaje de la Madre, —probó.

Hallel asintió, complacida.

—Veo que mi hermana te ha enseñado bien —dijo, sonriendo al adivinar la expresión de sorpresa de la muchacha. —En el último libro del Incwadi, aquel que desconoces, se explica que la creación entera está al servicio de la Madre. Nosotras somos sus hijas y, por tanto, se nos ha dado poder para reinar sobre todo lo creado.

La joven *magjistare* recordó otro versículo en el que se ponía en labios de la Diosa las siguientes palabras: “Hija, tú estás conmigo siempre y todo lo mío es tuyo.”

—Entonces... ¿yo también podré hacer cosas semejantes? —preguntó Nareth, abrumada.

—Y aún mayores. Has de aprender si quieres salir victoriosa. El gran lobo aprovechará cada oportunidad para intentar acabar contigo. Ya te ronda, rugiendo, buscando el momento propicio para devorarte. Te has convertido en una poderosa enemiga para él, pequeña.

La muchacha miró a su nueva mentora, sintiéndose más pequeña que nunca.

—Vayamos a tierra firme. Se acerca la hora de alabar a la Madre.

La *druzyna* extendió ambos brazos hacia adelante y dijo con voz clara.

—¡Bylgja!

La joven *magjistare* reconoció al instante la palabra y se aferró a la barca. Su significado en la lengua común era “ola”. En cuanto la anciana terminó de pronunciarla, la columna de agua se inclinó hacia adelante.

Rápida pero suavemente la barca llegó a la orilla, quedando varado en tierra cuando las aguas volvieron a su lugar habitual. Nareth, que se había quedado sin aliento tras el viaje, permaneció en el bote, tratando de recuperarse.

Hallel, que ya se encaminaba hacia el santuario para dirigir los salmos le gritó:

—Vamos, niña. No tengo todo el día.

Nareth sonrió al recordad cómo Maara había utilizado aquellas mismas palabras cuando la acogió bajo su protección.

De un salto, la muchacha salió de la barca y corrió tras su nueva mentora.

IV

La mente de Nareth estuvo dispersa durante toda la celebración de alabanza a la Madre. El éxito de la guerra estaba asegurado, pero en ningún lugar estaba escrito que ella debiese sobrevivir. El recuerdo del gran lobo la sobrecogía y sentía un gran peso sobre sus hombros.

Cuando terminaron los oficios y abandonó la seguridad del santuario, la joven se sintió muy pequeña.

—Ven, vamos a dar una vuelta.

Era la voz de Maüt la que la había rescatado de sus pensamientos. La muchacha se estaba hundiendo en ellos, rodeándose cada vez más de las aguas oscuras del miedo.

—Yo no... —comenzó a excusarse la joven *magjistare* cuando se hubieron alejado un poco.

—Ella te ha elegido a ti —le interrumpió su amigo.

—No tiene sentido —replicó Nareth en un suspiro, meneando la cabeza. —Tengo más defectos que virtudes. Mírame: cada poco estoy tirada en el suelo, sucia, llena de heridas por las numerosas veces que he caído. No consigo mejorar. Es imposible que la Madre pueda utilizar a una persona tan débil y torpe. Estoy cansada de pedir perdón. Me he bebido mis propias lágrimas de tanto llorar, Maüt. Se me han acabado ya las palabras para decirle a Gudibna que yo no soy digna de esta misión.

—Solo tengo un mensaje de Ella para ti —le contestó el Olum tras unos minutos. —Tú eres exactamente la persona que la Madre necesita. Tú eres la chica que ha elegido para liderar su ejército. Te ha dado un papel en esta guerra que nadie quiere, un papel que carece de prestigio entre los tuyos: te ha proclamado líder de un ejército débil. Tu misión es hablar a cada uno de esos corazones y decirles que ellos son el arma más mortífera que Gudibna tiene en sus manos, que el Enemigo les tiene miedo porque sabe lo poderosos que pueden llegar a ser si se abandonan en las manos de la Madre. Por eso te acechan las dudas, por eso el gran lobo te codicia. No quiere que descubras quién eres en realidad.

Nareth estaba sorprendida por aquella manera de hablar de su amigo.

—¿Y quién soy? —preguntó, intrigada.

—Tu eres la solución para este mundo, descienes de una dinastía de reyes, has sido creada para derribar a esos seres monstruosos.

—¿Por qué me dices estas cosas? Me conoces desde siempre, ¿no puedo ser yo! —replicó la muchacha.

—¡Sí eres tú! Has escapado del gran Lobo, eres poderosa y lo serás más cuando aprendas lo que Hallel tiene que enseñarte. Si pudiste ver al enemigo cara a cara y vivir para contarle fue gracias a la Madre. Sabes que no lo hubieras logrado con tus propias fuerzas, sino que lo has hecho con las de Gudibna. Estuviste a punto de sucumbir a su poder.

Nareth recordó con dolor sus manos aferradas al mago de la hoz, dispuesta a quitarse ella misma la vida solo porque aquel ser se lo estaba ordenando. Ni siquiera había podido presentar resistencia.

—Por eso eres poderosa, —la consoló Maüt. —Forma parte de la Profecía. En ella se dice que donde hay debilidad aparecerá la ayuda de la Diosa.

Maüt hablaba con la desesperación de aquel que tiene la verdad y no es creído.

—Tú eres la escogida —concluyó. —La persona que necesita Gudibna para estos tiempos oscuros, para acabar con todos esos monstruos que tiranizan a los hombres por todo el mundo. Tu eres la solución que la humanidad está pidiendo a gritos. Ahora, como tu amigo, te pido que no renuncies a tu misión.

Nareth sintió como Maüt tomaba su mano entre las suyas. Mirándola a los ojos con dulzura añadió:

—Yo creo en ti.

MUZ

I

Mientras huía de la escena del crimen no pudo evitar recordar una y otra vez un caso que le tuvo inquieto durante varios días cuando lo escuchó.

La agente Satya fue condenada oficialmente por el Sistema por decir en el transcurso de un debate informal que las medidas tomadas por SORA no podían prevenir el aumento de criminalidad que estaba dando en los sectores más desfavorecidos.

Algún morador en el cumplimiento de lo que él consideraría su deber denunció este hecho a las autoridades, a pesar de que la centinela se encontraba fuera de servicio y de expresar en todo momento una opinión propia. Sin embargo, el Sistema no tardó en tomar medidas.

Tras conocerse la noticia, el Doctor Green, director del proyecto de investigación de prevención de la criminalidad del departamento de Estudios de Población y Seguridad dijo en un comunicado oficial que las evidencias que podían aportar apoyaban las observaciones de la agente Satya.

A los pocos días el Doctor Green fue relevado de su puesto en el centro y, tras unos meses de reeducación, se incorporó de nuevo a la sociedad como un sumiso formador de futuros maestros a quienes enseñaba con especial vehemencia la importancia de contrastar sus datos con el Sistema antes de hacer ninguna declaración.

La agente Satya no tuvo tanta suerte. Fue conminada a desdecirse públicamente y, frente a su negativa, el Sistema la apartó durante unos meses del ejercicio de sus funciones, suspendiéndola de empleo y sueldo.

Pasado el periodo de castigo no se volvió a saber nada de ella. Muz recordaba haber tratado de averiguar su paradero en una ocasión. Lo único que consiguió fue una contundente nota de sus superiores en la que se le sugería que se metiese en sus propios asuntos.

Si eso habían hecho con un miembro de las fuerzas de seguridad del Sistema por unas declaraciones poco afortunadas ¿Qué iba a ser de él si se dejaba atrapar?

Ahora se le podía acusar de hackeo de los datos de carácter confidencial cedidos a una centinela de élite en el desempeño de sus funciones, resistencia a la autoridad y agresión a varios agentes de la ley.

Eso si no habían escuchado sus conversaciones a través de la BSI, en cuyo caso habría que añadir los delitos de encubrimiento y obstrucción a la justicia. En teoría el Sistema no tenía acceso a las grabaciones de los micrófonos, que solo funcionaban durante las llamadas y las notas de voz.

Muz sabía a ciencia cierta que aquello no era verdad. Había podido comprobarlo en numerosas ocasiones. Todo aquello incrementaba enormemente su preocupación.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? Quizá se había dejado seducir por el sueño de encontrar a Adara y volver a su antigua vida.

A medida que avanzaba en aquella misión suicida se hundía más y más en el fango que cubría las cloacas del estado y cada vez estaba menos seguro de poder salir de allí con vida.

II

Llevaba corriendo unos veinte minutos, huyendo de sus excompañeros, cuando se atrevió a disminuir el ritmo.

Jadeando, se ocultó bajo un paso elevado y trató de retomar el aliento y acallar las voces histéricas que le gritaban en su cabeza que era hombre muerto.

Se había metido en un buen lío, lo sabía.

Hacía apenas un par de días era un respetado agente de la ley de clase media alta que vivía una vida apacible sin grandes problemas. Ahora era un prófugo de la justicia y la única opción que tenía para salir de aquel enredo era una huida hacia adelante.

En una sola noche había acabado con su vida tal y como la conocía. No habría más despertares, ni paseos ni entrenamientos junto a la mujer que amaba. Se terminaron las bromas entre compañeros, las palmaditas en el hombro, la satisfacción por el trabajo bien hecho. Echaría de menos a su familia, sus amigos y, en definitiva, todo lo que le había proporcionado una buena vida.

Ahora su prioridad era no ser atrapado con el fin de poder descubrir qué había sido de la agente especial Zacaride. Se prometió que no descansaría hasta lograrlo.

El recuerdo de Adara le llenó de melancolía.

Vapuleado por el cansancio, se vio obligado a apartar de su mente los indicios cada vez más firmes que le llevaban a pensar que su pareja ya estaba muerta y que todo cuanto estaba haciendo, todos los riesgos que estaba corriendo, eran completamente inútiles.

No tuvo tiempo de intentarlo pues, entre la niebla que envolvía aquel paso elevado, vio aparecer al agente Tham, que avanzaba agachado, tratando de hacer la menor cantidad de ruido posible.

Muz, con el corazón en un puño, se ocultó, pegando su cuerpo a uno de los pilares en los que se había apoyado para recuperar el aliento y aguardó, inmóvil. Forzando la vista distinguió una forma en la mano del agente. Por la manera en que la empuñaba debía de ser un fusil de Gauss.

Con pasos cautos, Muz se deslizó alrededor de la columna hasta quedar

oculto tras ella. Si cerraba los ojos podía oír el ruido de las pisadas que estaban cada vez más cerca.

En condiciones normales el hombretón hubiese deseado que aquel poli corrupto pasase de largo sin descubrirle para que él pudiese huir en dirección contraria tan pronto como fuese prudente hacerlo.

Sin embargo, tras los acontecimientos que habían transcurrido en las últimas horas algo en el interior de Muz había muerto.

El hombre que se encontraba agazapado contra la columna de aquel paso elevado no era el mismo que el afable agente de la ley que se esforzaba por hacer del mundo un lugar mejor. El dolor y la injusticia habían forjado un nuevo carácter muy distinto del anterior en el centinela.

Este fue el motivo por el que el morador Khone se vio a sí mismo esperando a su víctima en silencio mientras con una mano tanteaba el suelo en busca de algún objeto contundente. Encontró una botella vacía en medio de un charco de líquido hediondo.

Muz aferró su improvisada arma con fuerza y esperó, con los cinco sentidos puestos en aquellas pisadas que estaban cada vez más cerca. En cuanto vio aparecer el arma desenfundada de su perseguidor sus instintos tomaron el mando de la situación.

Sin pensarlo siquiera el joven ex-centinela asestó un brutal golpe en la cabeza de aquel desgraciado. La botella se hizo añicos y el agente Tham dio unos pasos trastabillantes antes de caer al suelo.

Muz lo observó con cautela.

Presentaba una fea herida en el cuero cabelludo que sangraba con profusión, pero el muy cabrón había resistido el golpe y trataba de levantarse del suelo.

El hombretón, aun con el cuello de la botella en la mano, se apresuró a abalanzarse sobre aquel cuerpo ensangrentado mientras este concentraba todas sus energías en tratar de apuntarle con el arma.

El sonido seco de un disparo rompió el silencio de la noche.

Cegado por la adrenalina e ignorando la sangre que brotaba de su hombro, Muz agarró a aquella escoria y la arrastró tras de sí hasta la columna. Apoyándose en ella trató de estrangularle sin éxito con su brazo sano. Su oponente se movía como una lagartija, consiguiendo tomar bocanadas de aire una y otra vez.

Muz forcejeó con él, tratando de colocar los brazos alrededor de su cabeza, como había aprendido durante su entrenamiento militar. Cuando lo

consiguió, un movimiento brusco fue suficiente para que la resistencia que oponía el morador Tham cesase para siempre

El exagente Khone miró el cuerpo sin vida de su compañero que yacía entre sus brazos. El remordimiento y las dudas sobre cómo había podido llegar a aquello comenzaron a invadirle, pero el nuevo Muz se encargó de hacerlas callar.

No había tiempo para sensiblerías. No podía perder de vista su objetivo: encontrar a Adara y traerla de vuelta a casa.

Debía decidir cuál sería su siguiente paso y debía hacerlo rápido.

Mientras arrastraba el cuerpo sin vida el agente corrupto a la zona más oscura y apartada de los transeúntes que pudo encontrar, Muz repasó la situación.

En aquellos momentos SORA no podía rastrearle, pues se había deshecho de su BSI, pero el Sistema disponía de una grabación reciente. Además, no podía usurpar el dispositivo de identidad del agente Tham. Como centinela Muz sabía muy bien esos trastos contaban con un complejo sistema de seguridad que mandaba una alarma a SORA en caso de ser utilizada por algún morador al que no estaba vinculado.

¿Qué debía hacer? La mente Muz reunió todas las piezas del puzle y dio con la solución.

Diez minutos después, un centinela uniformado cuyo número de placa lo identificaba como Akrat Tham salía de las sombras con paso rápido y la mirada fija en el suelo.

III

Ante los ojos de Muz se alzó un monstruoso edificio con decenas de ventanas surcando su decrepita fachada. En su interior, sobreviviendo como podía, se encontraba Faisha Bas, una joven prostituta politoxicómana a quien el agente había ayudado en numerosas ocasiones.

A pesar de que, a decir verdad, aquella mujer era un despojo de la sociedad, el hombretón había sabido ver tras aquellos ojos enrarecidos por la droga los restos de una niña asustada a quien la vida le había asestado sus golpes más duros.

Muz, a las puertas de aquella mole de hormigón, aun no tenía muy claro cómo iba a proceder.

Lo más probable era que Faisha no se hubiese enterado de su situación, pero el joven agente sabía que, en ocasiones, el Sistema enviaba peticiones de colaboración ciudadana a las BSIs de todos los moradores.

Sabía que la joven prostituta pasaba apuros económicos y que en aquel momento SORA debía de ofrecer una cuantiosa suma por su cabeza, pero confiaba en que el buen corazón de la muchacha le devolviese todos los favores que le había hecho durante los últimos años. Si es que no los había borrado de su memoria con el último viaje.

A pesar de las dudas que atenazaba su mente el joven agente bajó la cabeza y se dirigió a la entrada del edificio, tratando de evadir tantas cámaras de vigilancia como le fuese posible.

Por suerte para él, el difunto agente Tham era un fiel amante de todos los vicios, por lo que su presencia en aquella ubicación no llamaría la atención por el momento.

El ambiente en el interior del edificio no podía ser más deprimente. El fugitivo subió las escaleras, esquivando a una pareja que estaba manteniendo relaciones sexuales en el rellano y a un par de drogadictos que estaban apoyados en la pared, con la baba colgando de la comisura de los labios, sentados junto a un charco de vómito.

A Muz le sorprendió que ninguno de aquellos despojos humanos le prestase atención, a pesar de ir vestido como un agente de la ley.

Aunque, haciendo memoria cayó en la cuenta de que ni a él ni a ninguno

de sus compañeros de integridad intachable se les había ordenado nunca patrullar por aquella zona. Parecía que los centinelas formaban parte de aquella vorágine de delincuencia y vicio.

Ahora lo entendía. El Sistema solo enviaba a aquel lugar a los agentes corruptos que hacían las veces de capos de la mafia, controlando el crimen organizado desde dentro.

El exagente Khone suspiró. Aquellos desgraciados, extorsionados y maltratados por aquellos que debían protegerles, le llenaron de compasión, pero ahora no tenía tiempo para ocuparse de ellos. Meneando apenado la cabeza llegó finalmente a su destino.

Tercer piso, número veintiuno.

El corazón le galopaba en el pecho. En su cabeza se reproducía una y otra vez la imagen de unos agentes abalanzándose sobre él según tocase la puerta.

Muz inspiró profundamente un par de veces antes de atreverse a llamar. Golpeó la gruesa plancha de metal y esperó con todos los sentidos preparados.

Tras unos segundos oyó cómo los pasos de alguien que andaba arrastrando los pies se aproximaban. La mirilla se iluminó por un momento y Muz oyó el inconfundible sonido de una cerradura abriéndose.

En cuanto el demacrado rostro de Faisha apareció tras la puerta el joven se abalanzó sobre ella. Colocó una mano sobre su boca y con la otra la sujetó con firmeza.

En los ojos de la demacrada prostituta apareció un atisbo de terror, pero no el dolor que provoca la traición, como el ex-centinela había esperado.

La pobre chica había sufrido tantas desdichas a lo largo de su corta vida que su alma había optado por entrar en un estado de aturdimiento permanente para poder sobrevivir. Pocas cosas podías ya hacerle daño a aquella muchacha.

Sin dejar de taponarle la boca, Khone levantó su mano derecha, se colocó un dedo sobre los labios y señaló la BSI que llevaba en la muñeca, indicándole que permaneciese en silencio.

La joven asintió con la cabeza y Muz la liberó con cuidado. Cuando le pareció estar seguro de que no iba a ponerse a gritar se quitó la BSI, la envolvió en un calcetín que encontró tirado en el suelo y la metió en el congelador.

Una vez tomadas estas medidas se dirigió hacia su anfitriona.

—Lo siento, —se excusó. —Tenía que estar seguro.

—¿De qué vas? —le espetó la muchacha.

—¿Tienes un ordenador? —preguntó el agente, ignorando su indignación.

—Eh... Sí, creo que hay uno por ahí, pero no sé si funciona.

Muz siguió la vaga indicación que le había dado y entró en una habitación que parecía un vertedero.

El panorama era desolador. Había ropa tirada de cualquier manera aquí y allá, platos sucios sobre lo que debía de ser una mesa, restos de comida en los lugares más insospechados. Hasta juraría que le había parecido que se movía algo en una de las esquinas.

Haciendo de tripas corazón comenzó a revolver los montones de basura.

Buscaba la computadora frenéticamente, arrojando los objetos a la otra punta de la habitación con furia. La moradora Bas le observaba con curiosidad, apoyada en la puerta de la habitación.

—Si esto es un registro no vas a encontrar nada —murmuró.

—No es un registro Faisha, necesito un ordenador —le contestó Muz, al borde de las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sorprendida.

—Se la han llevado —respondió el agente con brusquedad.

—No sé a quién se han llevado, pero si ha sido SORA ya puedes darla por muerta.

—¿Que sabrás tú? —Muz se volvió, y la fulminó con una mirada llena de ira. —Solo eres una puta yonqui. Si te metiese un tiro ahora mismo el mundo me lo agradecería.

La muchacha no se inmutó. Estaba acostumbrada a recibir aquel tipo de trato.

—¿Era alguien importante?

El hombretón suspiró.

—Sí, lo es.

—Lo siento.

Las palabras de Faisha eran sinceras, pero Muz ya no la escuchaba. Mientras hablaban habían encontrado lo que buscaba.

Rescató un viejo ordenador portátil bajo una pila de ropa que olía a orín y, sin perder un segundo, conectó el disco duro de Adara que había llevado con él todo el tiempo. Como Kai Zoco había prometido, en esta ocasión no se le pidió ningún tipo de contraseña para acceder a él.

Muz se acomodó sobre el mohoso colchón de Faisha. Los oxidados muelles del somier chirriaron bajo el peso del hombretón. Probablemente habría alguna silla debajo de cualquiera de aquellas montañas de basura, pero

dedicarse a buscarla era una pérdida de tiempo.

Sin prestar la menor atención a su anfitriona se dispuso a bucear en las profundidades de la vida profesional de su pareja.

La cantidad de archivos que contenía aquel disco duro era inmensa. Tenía que utilizar algún método de cribado. Decidió centrarse en los últimos meses. Si no encontraba nada ya tendría tiempo de echar la vista atrás.

No tardó en darse cuenta de que las referencias al tema “7.10-FIP” eran frecuentes en los nombres de los documentos. Dirigió en aquella dirección su investigación. Tras leer varios archivos Muz fue capaz de sacar algunas conclusiones.

Al parecer “7.10-FIP” era el nombre en clave que SORA había asignado al grupo armado rebelde conocido por el vulgo como “Neoprodotes”.

Si el exagente no recordaba mal Melek se había metido en algún lío relacionado con un grupo terrorista. ¡Eso era! Adara estaba preocupada por él, esa fue la última conversación que mantuvieron.

Durante las siguientes horas Muz leyó todo lo que pudo encontrar referente a los Neoprodotes en los archivos de aquel disco duro. Faisha le observaba, yendo de acá para allá, mordiéndose las uñas con su habitual tic nervioso.

Tras varios intentos frustrados de conversación, la prostituta se sentó en el suelo junto al único hombre que la había tratado bien y comenzó a fumar alguna sustancia de olor sospechoso.

A Muz todo aquello le daba igual. No podía dar crédito a lo que estaba leyendo.

Él, como casi toda la población de Caloris, había visto en alguna ocasión los panfletos y pintadas del grupo terrorista, en el que exponían algunas ideas propias de un demente. Para la gran urbe su líder, el gran Mopho, no era más que un demente que había conseguido hacer parte de su locura a las mentes más débiles del lugar.

Esta era la razón por la cual el exagente dudaba de la veracidad de lo que tenía delante. Según los archivos ofrecidos por el mismísimo Sistema aquel perturbado con aires de grandeza tenía razón y podía probarlo si se le daba la oportunidad. Ante los ojos del exagente pasaban extrañas imágenes que no sabía muy bien cómo interpretar.

En ellas aparecían miembros de una raza desconocida para él en estancias extravagantes y en lugares similares a sus invernaderos, en los que inmensas plantas no dejaban ver el techo. Pálido, descubrió que esas imágenes

provenían de un mundo lejano, situado en algún lugar en el cielo.

Pero eso no era lo peor. Los documentos que trataban sobre lo que había más allá del Dique eran demoledores. Todo aquello en lo que Muz había creído alguna vez era una mentira. Informaciones de ese calibre requerían un tiempo de asimilación, pero el exagente carecía de él.

Continuando con su lectura encontró por fin algo que podía ayudarle a entender qué estaba pasando.

Él, como el resto de los moradores, recordaba la horrible emboscada que el grupo terrorista había tendido al cuerpo de centinelas. Aquel día ambos bandos sufrieron numerosas bajas.

A la luz de aquellos documentos Muz supo que la única superviviente entre los agentes de la ley había sido Adara.

Ahora todas las piezas del puzle encajaban. Melek también había estado, ella había cubierto sus huellas y le había sacado de escena antes de que pudiesen arrestarle.

Pero ¿Qué había sido del muchacho? Cuando fue a su apartamento no había encontrado a nadie.

El siguiente archivo catalogado como confidencial le dio la respuesta.

Al parecer, SORA había descubierto que Mopho tenía pensado enviar una misión de exploración al Exterior que traerían las pruebas necesarias para que los moradores de Caloris viesan con claridad las enormes verdades que él había revelado. El anuncio fue hecho el día siguiente a la desaparición de Adara.

En aquel momento, en el mundo real, alguien llamó a la puerta con rudeza. Muz, sobresaltado aguzó el oído y dirigió a Faisha una mirada interrogante.

La aludida se levantó con dificultad y se dirigió a la puerta con lo que seguramente ella consideraba sigilo. Se asomó a la mirilla y tras unos segundos volvió a la habitación.

—Es un cliente —le susurró a Muz.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—Dile que se vaya —le exigió.

—Eh, ¿de qué vas? —Se enfadó la joven. —Esta es mi casa. Además, necesito el dinero.

—Te pagaré un servicio completo si te deshaces de él.

La muchacha pareció dudar, pero el agente Khone nunca le había engañado así que aceptó el trato.

Muz se sintió mal por haber mentido a la muchacha. A esas alturas todas sus cuentas estarían bloqueadas y cualquier intento de pago desvelaría su posición, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Volvió a concentrarse en la investigación, tratando de ordenar toda aquella información nueva. Ahora todo tenía sentido.

Melek había participado en aquella horrible redada en la que Adara se había visto obligada a encubrirle. Aun así, el Sistema había descubierto la implicación del joven en el grupo terrorista y este se había visto obligado a huir. Por ese motivo no había nadie en su apartamento ni sabían nada de él en el trabajo cuando había tratado de encontrarle.

Viéndose acorralado Melek había decidido tomar la única opción que tenía: tomar la mano tendida por su líder.

Dentro de Caloris no hubiese sobrevivido: nadie puede esconderse de SORA. Así pues, se había enrolado en una misión al exterior con la esperanza de que a su vuelta las cosas cambiaran. Si es que lograba volver.

Su hermana, mientras tanto, utilizando todos los medios a su alcance habría localizado al muchacho y probablemente estuviese al tanto de sus planes, por lo que habría acudido a rescatarlo.

¡Un momento!

Las noticias decían que la misión “Nuevo Mundo”, como Mopho la había llamado, se había iniciado según lo previsto. ¡Eso significaba que el amor de su vida se encontraba más allá del Dique!

Muz hubiese entrado en shock si una serie de ruidos extraños no hubieran reclamado su atención con urgencia.

El agente Khone habría sido capaz de reconocer aquellos sonidos en cualquier parte. Se trataban, sin duda, del disparo de una pistola láser y el estampido de un cuerpo inerte contra el suelo.

Le habían encontrado.

Sin pensárselo dos veces el hombretón cerró el ordenador y se dirigió corriendo hacia la ventana con la esperanza de sobrevivir a la caída desde un tercer piso.

Posó sus fuertes manos sobre el cristal, pero nunca llegó a abrirlo.

En lugar del aire frío de la noche fue un colosal agente uniformado el que le golpeó en la cara. Mientras otro centinela aunaba fuerzas con él para reducirlo, un tercero comenzó a recitar con voz monótona el protocolo.

—Morador Khone, ha sido catalogado como “Enemigo del Sistema”, por lo tanto...

Las palabras de aquel agente se perdieron tras el sonido de los latidos del corazón de Muz, que palpitaban en sus sienes.

Lo único a lo que podía prestar atención era al horrible disco dentado que le estaban acercando con precaución. Cuando sus dos captores consiguieron apresarlo boca abajo contra el suelo supo que era el final, pero aun así trató de resistirse. El peso de aquellos hombres sobre su espalda era tan firme que le impedía respirar.

Tras unos segundos sintió un intenso dolor en la nuca. La imagen de Adara, tendiéndole la mano en busca de ayuda, engullida por la oscuridad de un ambiente inhóspito llenó su mente. Sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia.

Después, todo se volvió negro.

Muz Khone, enemigo del Sistema, había sido desconectado.

ADARA

I

Durante unos minutos Adara trató de recapitular la información que poseía hasta el momento.

Si se presentaba ante aquel grupo paramilitar sin una buena excusa su líder la mataría. Pero si llevaba consigo una buena historia y su parentesco con Melek pudiese engañarles. Debido a su investigación Adara poseía un conocimiento sobre la organización terrorista más amplio que mucho de sus miembros. Jugaría bien sus cartas y rescataría a su hermano. Al menos eso esperaba.

Por supuesto, tendría que ganarse la confianza de los tripulantes y puede que la aceptasen como el último mono que debería hacer las peores tareas y cuya presencia es prescindible, pero merecería la pena.

Si conseguía que el plan de aquellos locos fuese un éxito puede que consiguiesen cambiar la mentalidad de la población y, finalmente, derrocaran a SORA. Quizá ella tuviese algún lugar en aquel nuevo orden. Puede que incluso retomase su antigua vida.

Ahora que había descubierto el módulo de sobrecarga de su armadura podía desplazarse a mucha mayor velocidad sin apenas esfuerzo. Había podido comprobar también que las baterías se recargaban durante el día. Debía de llevar instalado algún mecanismo de obtención de energía solar.

A todo aquello se sumó el descubrimiento de que el traje contaba con un depósito de agua de dos litros de capacidad que se iba rellenando con la humedad que captaba del ambiente, filtrada, condensada y esterilizada.

Lo único que debía preocuparle era el estado de la batería, aunque a aquel ritmo duraría aun varios días.

Su suicida plan original había mejorado enormemente las expectativas de supervivencia. Con todos aquellos avances daría con la misión de exploración en algo más de un día.

Una vez allí, solo tendría que jugar bien sus cartas y ofrecer sus amplios conocimientos y habilidades a la causa.

Si conseguía congeniar con ellos, aquellos Neoprodotes le proporcionarían el sustento necesario para cruzar de nuevo el Dique y llegar a

la gran urbe de Caloris.

Adara suspiró. Todo eso no serviría de nada si SORA decidía ejecutarla nada más llegar. Confiaba en que aquella gente tuviese un buen plan B. Además, el cuerpo le dolía horrores tras la tremenda paliza que le había dado aquel grupo de roedores. Esperaba sinceramente que nadie se enterase nunca de ese humillante episodio de su aventura en el Exterior.

A pesar del dolor la centinela avanzaba a buen paso, siguiendo los profundos surcos que habían dejado las tres naves a su paso. Hacía algunas horas que el cráter al que se dirigían las huellas había aparecido en el horizonte, animándola a continuar.

Apartó por un momento sus planes para el futuro inmediato y decidió pensar en algo más reconfortante.

La idea de Muz llenó por completo su mente. Su espalda ancha, sus brazos fuertes, sus ojos color miel que la llenaban de paz, el olor de su perfume preferido, todas aquellas sensaciones surgían de la nada cuando pensaba en él.

Sin que la centinela se diese cuenta una sonrisa se dibujó en sus labios, abriéndose paso entre las marcas de cansancio.

¿Estaría buscándola?

Sí, claro que sí.

En el mundo loco en el que vivía, en el que no podía confiar en nada ni en nadie, Adara solo tenía dos certezas respecto a su pareja. Estaba segura de que Muz la amaba con todo su ser y estaba aún más segura de que no existía un hidrógyro en Caloris, y probablemente tampoco en el Exterior, que fuese más cabezón que él.

Su hombretón no cesaría en su empeño por encontrarla.

El peso de la preocupación se instaló entonces en el pecho de la centinela. Sólo esperaba que no se metiese en demasiados líos.

Quizá el Sistema había fingido su muerte y Muz se encontraba en aquellos momentos llorando su ausencia. Adara se mordió el labio y deseó que así fuese. Estaría destrozado, sí, pero a salvo. Era un hombre fuerte, seguro que se repondría. Además, tenía un corazón de oro, no le sería difícil encontrar a alguien.

Los ojos de la centinela comenzaron a nublarse por las lágrimas. A pesar del amor incondicional que Muz le demostraba a diario Adara había vivido siempre bajo una tremenda inseguridad. Ahora más que nunca necesitaba perderse en los fuertes brazos de su pareja, oír de sus labios que todo iría bien, aunque ya no fuera cierto.

Ella era la élite de la élite, había llegado a lo más alto en su carrera profesional, y ganado decenas de galardones. Sin embargo, en lo más profundo de su ser sabía sin el menor atisbo de duda que aquel soldado raso que se dedicaba a patrullar las calles sin apartarse lo más mínimo de su código moral era mucho mejor que ella.

A decir verdad, si no fuera por Muz estaría totalmente perdida. Él y Melek eran los únicos motivos que tenía para seguir adelante.

Por suerte para Adara, un brillo en la base del lejano cráter consiguió sacarla de la espiral de tristeza por la que estaba cayendo.

Tras varios minutos manipulando la pantalla táctil situada en su antebrazo izquierdo consiguió que el zoom de su visera funcionase.

Cuando logró enfocar el objeto que lo producía Adara se quedó de piedra. No podía creer lo que estaba viendo.

Aquel descubrimiento lo cambiaba todo.

II

Aún se encontraba lejos del objeto en cuestión, y caminaba con rapidez por el terreno rojizo, levantando nubes de polvo a su paso.

Empezaba a caer la tarde cuando lo vio con sus propios ojos por primera vez, brillando entre las sombras. Entonces se dio cuenta de lo cerca que la tenía. Estaba a los pies de un cráter que, ahora que lo miraba bien, era muchísimo más pequeño de lo que Adara hubiese esperado.

No se detuvo en aquellos pensamientos, pues lo que tenía delante, aquel cuerpo que había visto brillar en la lejanía, llamaba su atención poderosamente.

A pesar de ser un objeto que Adara ya había visto antes, estaba fascinada, pues ahora desprendía un fantasmal brillo violáceo.

Hacía exactamente cuatro días desde que saliese de Caloris, anclada en contra de su voluntad a una nave, alistada por sorpresa en una misión suicida.

Por eso no podía creer lo que tenía delante. Debía de estar soñando y aquella luz morada parecía confirmar la irrealidad de la escena.

Adara cerró los ojos y respiró profundamente. Era una mujer adulta, no creía en fantasmas ni en cuentos de viejas. Debía mantener la mente fría.

Comenzó a repasar las consecuencias de lo que tenía delante y, cuando cayó en la cuenta de lo que significaba la realidad le golpeó como un muro.

Ante sus ojos, envuelta en aquel brillo ominoso, se encontraba una de las naves “Non Servium” en las que habían partido hacia lo desconocido.

¿Qué hacía allí?

Quizá la habían apostado en aquel lugar como almacén de recursos para las otras dos naves, quizá su misión era estudiar el terreno circundante al gran cráter que contenía su civilización. O quizá la estaban esperando a ella.

La centinela trató de recordar si en el transcurso de su viaje anclada a una de aquellas moles de metal alguna de las otras naves había dado la vuelta, regresando al pie del cráter del que habían salido en precipitada huida.

No, era imposible. En seguida se habían visto rodeados por la oscuridad de la noche y cada nave contaba con un potente fanal que alumbraba su camino. Además, ella fue en todo momento en sentido contrario a la marcha. Si cualquiera de aquellos vehículos hubiese vuelto sobre sus pasos lo habría

visto.

Por otro lado, en todo momento podían apreciarse perfectamente los tres pares de surcos que se hundían en la tierra.

Adara suspiró, sintiéndose la hidrógyra más estúpida del mundo. Maldijo, levantó los brazos, pateó el suelo, gritó dentro de su escafandra y se prodigó en multitud de muestras de rabia. No podía creer que precisamente ella se hubiese desorientado de aquel modo.

Recordó entonces dónde se encontraba.

En aquel lugar inexplorado y extraño de nada servían las técnicas de orientación que le habían enseñado en la academia, sobre el inmenso mapa de la urbe.

Allí no había calles ni edificios. Los espacios abiertos, los paisajes lejanos, eran desconocidos para ella.

Finalmente decidió aceptar la situación y replantear su estrategia. Era indudable que en algún punto de aquellos tres días que llevaba caminando se había extraviado, errando la dirección en la que seguía las marcas de las NS.

Lo más probable es que el cambio hubiese sucedido tras el ataque de lo que Adara había dado en llamar la marabunta roja.

Suspiró, meneando la cabeza. La visión de aquella nave le gritaba a la cara que llevaba un día y medio andando en la dirección equivocada.

A esto se le sumaba que fue tras el ataque de los roedores cuando descubrió el módulo de sobrecarga de su armadura. Esta mejora le había permitido aumentar a más del doble su velocidad de marcha.

Había llegado a un punto de no retorno. La batería de su traje de explorador no aguantaría el tiempo necesario como para volver a casa si no la recargaba.

El rostro de Adara se iluminó por un momento. ¡Claro! ¿Cómo no había caído antes? Si los trajes habían sido diseñados para ser usados durante todo el tiempo que durase aquella misión, sus miembros debían de tener algún modo de cargarlas. La respuesta debía de encontrarse en el interior de aquella nave.

Pero la sonrisa que se había dibujado en el rostro de la agente quedó congelada. Al contemplar más de cerca aquella mole de metal, con su fantasmagórico brillo violáceo escapando por cada una de sus juntas, en el cerebro de la centinela del cuerpo de élite saltaron todas las alarmas.

Algo iba mal. Un halo de maldad parecía rodear toda la estructura. Solo con mirarla Adara supo que no encontraría a nadie en su interior. Al menos no

a nadie con vida.

Objetivamente la nave no tenía mal aspecto. Parecía que podía acabar ella sola con un escuadrón de centinelas. Sin embargo, si Adara fijaba la vista con más detenimiento sobre las juntas, podía ver cómo la sustancia morada las impregnaba, haciéndolas parecer endebles.

Sólo había una manera de comprobarlo, pensó la joven agente.

Buscó en el suelo que la rodeaba una piedra del tamaño adecuado y la lanzó sin miramientos contra aquella nave maldita.

Adara esperaba recibir un sonido metálico cuando el proyectil impactara sobre la resistente pared del vehículo. En lugar de eso, la roca atravesó el blindaje como si de un papel se tratase. Por los bordes del orificio comenzó a filtrarse aquella sustancia infernal.

Ahora estaba claro porqué la expedición había decidido abandonar una de sus tres naves. Aquella masa violeta había corroído en metal.

Según sus cálculos la misión “Nuevo Mundo” debía de llevarle más o menos un día de ventaja. Vaya, pensó, el poder de corrosión de aquel elemento brillante era impresionante.

La centinela cayó entonces en la cuenta de un detalle que hizo que se alejase de aquel lugar maldito todo lo rápido que le permitieron sus piernas. La cantidad de barro morado que había en el interior de la nave era enorme y desde lejos podía percibirse el brillo a través de todas las juntas de la nave.

Nadie en su sano juicio tomaría una muestra de un material desconocido de semejante tamaño. A Adara solo se le ocurría una razón para explicar aquel desastre.

La sustancia en cuestión no era un compuesto inerte, sino un ser vivo que, alimentándose del metal de la nave se había reproducido hasta causar aquel desastre.

A juzgar por el estado íntegro de las patas mecánicas parecía que el blindaje era efectivo contra él, pero al corroer los materiales desde el interior lo había dejado reducido a una fina y endeble capa.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos Adara realizó un chequeo de su traje. El ordenador que incorporaba le informó de que el blindaje de su armadura se encontraba en perfecto estado.

La centinela suspiró aliviada, deseando que así fuese. No obstante, no podría estar segura hasta que pasasen las horas. Sólo le quedaba esperar.

Recuperada del susto, la joven agente valoró sus opciones a la luz de los últimos acontecimientos. Tratar de volver a Caloris era un suicidio en toda

regla. Además, a la vista de lo que acababa de descubrir era evidente que su hermano no se había embarcado en el paseo hacia la gloria que le habían prometido.

Aquel nuevo entorno era hostil y Adara no estaba muy segura de que esa panda de terroristas supiese muy bien lo que estaba haciendo.

En la mente de la centinela, estructurada tras años de servicio militar, se creó un nuevo objetivo: encontrar a Melek y devolverlo a casa sano y salvo.

Más valía que se pusiese en marcha si no quería fracasar en su empeño.

Necesitaba alcanzar una de aquellas naves y recargar su armadura antes de que fuese demasiado tarde. Si no lo conseguía los perdería a los dos.

Con el ánimo renovado y la determinación dibujada en el rostro, pensando que quizá no todo estaba perdido, que podía rescatar a Melek, que volvería a perderse entre los brazos de Muz, Adara inició de nuevo su marcha hacia lo desconocido.

Caminaba siguiendo los surcos que la llevarían hasta su hermano con la cabeza erguida y paso apremiante. Recibió aquel revés del destino como una bendición, una oportunidad de luchar por lo que más amaba.

Empezaba una nueva aventura.

*A mis padres,
que me entregaron
lo más valioso que tienen.
Nunca olvidéis lo mucho que os quiero.*

Gracias por leer

Gracias por valorar mi obra y dejar tu opinión. Como escritora independiente estos simples gestos son muy importantes para mí.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:

Email: myriamahidalgo@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/Myriam-Alonso-Escritora>

Página web:

<https://myriamahidalgo.wixsite.com/myriamahidalgo>

Ah, casi se me olvida, ¡suscríbete a mi lista de avisos y llévate un libro de regalo!



Nací en Zamora en 1990 y desde pequeña he sido lo que se podría llamar un ratón de biblioteca. Crecí en una familia maravillosa y estudié para tener la profesión más bonita del mundo: la enfermería.

A pesar de haber devorado miles de historias jamás pensé en escribir una. Sin embargo, un día me animé a escribir un pequeño cuento para uno de mis hermanos que lo estaba pasando mal. Las palabras, que son mágicas, fueron creando la historia, alimentándola, hasta convertirla en esta trilogía que ha nacido para ser contada.

A día de hoy tengo dos obras publicadas:

- El declive de Caloris
- Las sombras de Caloris